

LUIS ENRIQUE AZAROLA GIL

LA HUELLA DE MIS SANDALIAS

Viajes - Problemas Sociales - Literatura

:: y Crítica - Crónicas de la Guerra ::

: :::: : Política Internacional : :::: :

EDICIONES AZAROLA GIL

TALLERES GRAFICOS "CUNEO"

CARLOS PELLEGRINI 677

BUENOS AIRES

800
LUIS ENRIQUE AZAROLA GIL

AC 75

.A85

LA HUELLA DE MIS SANDALIAS

Viajes - Problemas Sociales - Literatura

:: y Crítica - Crónicas de la Guerra ::

: === : Política Internacional : === :

EDICIONES AZAROLA GIL

TALLERES GRAFICOS "CUNEO"

CARLOS PELLEGRINI 877

BUENOS AIRES

EL ALTO

Este libro es la expresión de emociones e ideas vividas en veinte años de peregrinaciones por el mundo . Es el material disperso en diarios y revistas que se concentra hoy en un volumen, tal como salió de la pluma juvenil o de la mente del hombre maduro. Mi espíritu se complace al apercibir la línea de su evolución, pero no se reconoce el derecho de rectificar las curvas y vacilaciones de los primeros pasos.

No se hallará en estas páginas ningún valor literario o filosófico: ni en las descripciones, deficientes e ingenuas, al “descubrir” Europa; ni en los episodios de la grande guerra; ni en el examen de los complejos problemas que la sucedieron. Las reuno porque son los jalones de una cuesta que no se sube dos veces, y las huellas impresas en la marcha por mis sandalias rotas.

Buenos Aires, mayo de 1924.

VIAJES

EN BERLIN

Cabeza de imperio

Berlín, abril de 1904.

De paso por esta gran capital, donde se confunden las reliquias de la historia y las creaciones del progreso moderno, he hallado campo para hacer algunas observaciones y tema para la primera de mis correspondencias. Preciso es, sin embargo, limitarse a escribir hoy sobre generalidades, pues en los pocos días de mi permanencia he tenido que abarcar el conjunto, sin haber podido particularizarme aún con uno de los tantos asuntos que se prestan a la reflexión y al estudio.

La profunda división de clases que existe en Alemania ha producido un inevitable desequilibrio moral entre ellas. En las clases elevadas, hay una cultura superior; en el pueblo bajo, carencia completa de ella. Esta desigualdad ha existido siempre y persistirá mientras no desaparezcan las barreras que separan a la nobleza del resto de la nación. Desde este punto de vista no vacilo en afirmar que hay aquí todavía muchas preocupaciones explicables en la edad media, pero imposibles de aceptar en los tiempos actuales, en que las doctrinas democráticas se miran como el corolario obligado de la libertad. El matrimonio de un noble con una mujer de la clase media, determina inevitablemente un escándalo social,

Alemania no es un país cosmopolita. El extranjero no puede inmiscuirse para nada en los asuntos internos del imperio ni juzgar sus instituciones; mas bien dicho, hay cierta prevención contra todo lo que no es "de casa". Alemania tiene carácter propio, instituciones propias, métodos propios; muy poco es lo que imita. Y guay del extranjero que se permita apreciaciones sobre los principios políticos o sociales de la confederación! El destierro inmediato, sin proceso, es la consecuencia de una conducta semejante. El mes pasado, veinte estudiantes rusos que habían sido expulsados de su patria a causa de sus ideas avanzadas, y que estaban asilados en Berlín, fueron conducidos en un tren rápido hasta la frontera de Francia por haber censurado en alta voz el principio de la monarquía.

Pues bien: a pesar de la vara de hierro que rige a esta nación, sus hijos están perfectamente conformes. Nadie se rebela contra esa dependencia; a nadie se le ocurre clamar por concesiones o derechos al pueblo. Con excepción del partido socialista—casi sin influencia, fuera del Reichstag—y de algunos polacos, todos se descubren al paso soberbio de su emperador y se inclinan reverentes ante la nobleza. Es que el espíritu del viejo feudalismo aún vive en el organismo político-social de la moderna Alemania.

Existe en todo el país un antisemitismo radical, no solo en las clases populares, sino en las más elevadas del imperio.

Esto es realmente indisculpable, tratándose de un pueblo protestante que debería caracterizarse por la tolerancia religiosa. Sin embargo, es todo lo contrario. Son aberraciones de carácter colectivo y social, como la que existe en Estados Unidos—país que siendo genuinamente democrático y que ha llevado la instrucción al más alto grado conocido hasta ahora—mantie-

ne latente en sus entrañas un odio agresivo contra la raza negra. En Alemania, si bien no es, perdonable, es en cierto modo explicable esa guerra sin cuartel a los judíos: la secular avaricia de que se les acusa, es positivamente cierta; unen a ella un afán de explotación y de lucro que repugna; chupan la sangre del infeliz que cae en sus garras, sin la menor compasión a sus gemidos; para obtener un servicio, una prebenda, se arrastran agobiados y suplican menguadamente; la dignidad y el decoro parecen desconocidos para ellos cuando se trata de coger la piltrafa. Pero cuidado con el judío que logra escalar el poder en cualquiera de sus esferas! Es entonces cuando se venga de los ultrajes recibidos, de las ofensas aceptadas en humillante silencio, de los desprecios soportados con la cerviz doblada...

Preciso es reconocer también las grandes condiciones que, por otra parte, poseen para realizar la lucha por la existencia. Ellos triunfan en lo que se proponen; la perseverancia tenaz de sus empresas es un signo característico de la raza; y uniendo a esa voluntad firme el sólido talento que la naturaleza les ha concedido tan generosamente, han ido conquistando posiciones de primera fila en el imperio, especialmente en las cuatro esferas más altas de la vida moderna: la banca, la prensa, la medicina y la jurisprudencia.

No es necesario citar nombres propios: todo el mundo sabe que los dueños del oro, los que imponen leyes en los grandes mercados del dinero, los abogados más célebres, los profesores de la alta cirugía y de la medicina, y los editores de los diarios colosos, son judíos que están sirviendo no solamente sus intereses individuales, sino también los intereses morales y materiales de su colectividad.

No les pasa lo mismo en la milicia. Esta es, sin duda alguna, la institución más considerada del imperio alemán: los príncipes de las casas reinantes no desdennan el usar diariamente sus trajes de simples oficiales; el kaiser mismo viste uniforme militar; los miembros de

la nobleza, los hijos de las familias más distinguidas, empiezan la carrera llevando sobre el pecho los sencillos cordones de cadetes. Pues bien, en la clase militar los judíos no tienen entrada sino en calidad de soldados rasos, viéndoseles solo por excepción llegar a cabos o sargentos. Se ha dado el caso de que habiendo el gobierno querido colocar en un regimiento, en calidad de oficial, a un israelita, la oficialidad en masa ha rechazado al que consideraba un intruso, usando de esa curiosa autonomía que conservan muchos cuerpos del ejército alemán.

A pesar de todo, el radicalismo antisemita empieza a ceder. Los signos son evidentes: hace cincuenta años el alemán que daba de puntapiés a un "perro judío", era considerado un buen súbdito. Hoy ya no se ven esos desbordes brutales. Confiemos en la acción de la cultura y la tolerancia, que van desalojando a intransigencias que jamás debieron existir en el seno de la humanidad civilizada.

La capital de Prusia y de la confederación germánica no es conocida en nuestro país; pocos, muy pocos son los uruguayos que han visitado la parte norte de la Europa; y creo que no estará demás escribir dos o tres párrafos sobre ella, aunque estos vayan despojados de toda gala literaria.

Berlín es la ciudad de los palacios y los mármoles. Hay en su aspecto macizo, la soberbia del poderío y la riqueza triunfantes. Bajo sus grandes arcos, entre sus parques de hayas y tilos, en sus avenidas amplias, rectas e irreprochables—ora contemplando la mole enorme de sus edificios, ora admirando el arte de sus estatuas y monumentos—el espíritu del viajero se siente impresionado del aire de solemnidad y de grandeza que caracteriza a la capital de los Hohenzollern.

Y es que Berlín es también la ciudad del silencio.

Quizás esta afirmación provoque dudas y, sin embargo, nada es más cierto. Yo creo que la explicación debe buscarse en el carácter profundamente serio y seco de sus habitantes, que ha hecho que la capital de la confederación germánica, con dos millones quinientos mil habitantes, pletórica de vida y de dinero, sea una ciudad apacible y callada, que en vez de llenar los aires de rumores alegres, imponga respeto con el recogimiento conventual que vive en sus calles, en sus plazas y hasta en el interior de sus hogares.

De ahí que todo Berlín parezca severo, aunque no lo será indudablemente para sus habitantes, cuya índole está en relación natural con su ciudad; pero lo es para los extranjeros, especialmente los de origen latino. Nosotros no estamos acostumbrados a esa formalidad sajona, que gusta de plantar cipreses en los parques y que solo permite hablar en voz baja. Todo ha de ser serio, silencioso, grave, hasta el punto de que no se conocen los corros de chiquillos que saltan y juegan en nuestras calles.

La vieja ciudad, la antigua Berlín del margraviato y de los electores, ha desaparecido casi por completo. Los prusianos la destruyeron, substituyendo las vetustas construcciones de los tiempos pretéritos, por regios y artísticos edificios. A pesar de eso existen joyas históricas, reliquias que cuentan centenares de años, enseñadas con orgullo por los ciceroni, que relatan minuciosamente al viajero la vida y milagros del edificio y sus moradores. El palacio imperial es uno de ellos.

Su construcción data del siglo XV, aunque de entonces acá no han cesado los reyes de Prusia de agrandar y embellecer la morada, siendo la última obra llevada a cabo, la erección de una grandiosa cúpula dorada. El palacio tiene setecientas salas e inútilmente trataría de describir como se merecen el lujo y la riqueza que allí se ostentan. Todos los estilos del arte viven en aquellos salones; centenares de cuadros de gran valor, representando episodios históricos, escenas

de familia, figuras célebres, cubren las paredes; extrañas y valiosas colecciones de porcelanas, chimeneas raras, recuerdos antiguos, todo lo que puede desear una imaginación amante de lo bello y de lo artístico, ha sido reunido en aquella vieja mansión señorial por numerosas generaciones que hoy no son sino polvo, pero que la fantasía popular hace vagar de noche por los salones desiertos, en puntillas...

Es, precisamente, frente a ese vasto palacio donde se eleva el admirable monumento del emperador Guillermo I, el fundador de la Alemania moderna, proclamado en Versalles entre el resplandor de las hogueras y el salmo de los cañones. Todo lo que se diga respecto de la grandiosidad de esa obra, será apenas un reflejo de su realidad. La gigantesca figura del kaiser a caballo está rodeada por una galería de columnas en forma de herradura, sobre cuyos extremos hay colocados dos soberbios carros triunfales tirados por briosos potros. El corcel que monta el emperador va guiado de la rienda por un mancebo que lleva en la otra mano una varra de laurel. Este monumento mide de un extremo a otro de la galería, más de cincuenta metros; ha costado millones de marcos y ha hecho inmortal el nombre de Begas, genial artista que lo construyó.

Existen en Berlín tantos monumentos que es imposible particularizarse con cada uno de ellos, pues sería necesario escribir un libro. Valdría la pena, sin embargo, citar algunos, notables por su belleza o su originalidad. El levantado a la memoria de Bismarck por la gratitud alemana, frente al Reichstag, es una obra admirable por muchos motivos; la estatua de la Victoria, altísima, con sus dorados relucientes, conmemora la guerra del 70 y está rodeada por los cañones tomados a la Francia; los numerosos monumentos de la alameda de la Victoria, en el Tiergarten, representando a los príncipes de Brandeburgo y Prusia; el elevado en la avenida principal de Berlín, Unter den Linden, (bajo los tilos) a la memoria de Federico el Grande; la llama-

va fuente de Neptuno, situada en uno de los costados del palacio imperial, también obra de Begas, notable por lo original del trabajo; la estatua de Wagner y centenares más, que llenan los parques, las plazas y los jardines; erigidas las unas por la admiración del pueblo al talento o valor y otras por reales órdenes en mérito a la posición del recordado.

Incidentalmente he citado el Tiergarten y debo dedicarle unas líneas. Trátase de un bosque situado en el centro de Berlín, cruzado en todas direcciones por avenidas de asfalto; tiene una legua de largo por media de ancho, y es el pulmón de la enorme capital. Durante todo el día sus rutas están transitadas por carruajes y ciclistas; bajo gigantescos árboles las mujeres berlinesas bordan y cosen, mientras sus criaturas respiran el ambiente embalsamado por los aromas. Es una sorpresa gratísima la que se experimenta cuando después de atravesar calles y más calles limitadas por edificios altísimos, se desemboca de improviso en pleno bosque plétórico de oxígeno y de luz.

Otra de las cosas que llaman la atención en Berlín es el sinnúmero de museos existentes. Esos museos no son sino la expresión de los sentimientos artísticos de este pueblo, que durante siglos ha ido amontonando reliquias y coleccionando variedades.

El llamado museo antiguo contiene numerosas esculturas, algunas de ellas antiquísimas; objetos preciosos encontrados en las ruinas de Herculano y Pompeya y trasladados sigilosa y avaramente a las cajas de cristal de las salas; pinturas notables, que datan desde el siglo XIV hasta el XVIII, de las escuelas italianas, flamenca, francesa, alemana y española, y entre las que se ven valiosos ejemplares de Rubens, de Rembrandt, de Van Dyck, del Ticiano, de Leonardo de Vinci, de Murillo, de Diego Velázquez y de otros grandes maestros inmortalizados por su genio. El museo nuevo, además de varios salones llenos de dibujos y estampas, contiene magníficas esculturas, obras plásticas del imperio ro-

mano y pinturas griegas. La galería nacional está ocupada casi totalmente por trabajos de maestros alemanes, con excepción de la colección de Raczinsky y algunos otros. A pesar de todo lo maravilloso que en materia de arte encierran los museos citados, yo creo que el museo de armas es superior a ellos. Este guarda las reliquias de la historia alemana, representadas por trofeos de armas antiguas, armaduras de los guerreros medioevales, corceles vestidos de hierro, cascos y viseras, escudos y alabardas, petos y lanzas. En otra sala se ven armas riquísimas, ejemplares extraños, sables persas, alfanges turcos, con empuñaduras de oro y brillantes. Más adelante están los modelos de los cañones y fusiles usados desde el siglo XVI hasta nuestros días, como asimismo los tomados al enemigo en las diversas guerras que ha sostenido la Prusia, banderas y estandartes con manchas de sangre, que hablan en su muda elocuencia de luchas fantásticas y abrazos mortales... Pero dejemos: en materia de museos tampoco terminaríamos. Ahí están para muestra el de las colonias alemanas, el mineralógico, el Pergamon, el de minerías, el de correos, el artístico-industrial, el de trajes, el Schinkel, los museos reales, etc., unas artísticos, otros históricos, los más científicos, todos igualmente interesantes.

Desde Francia le enviaré algo más; aquel es otro pueblo, más alegre, más libre, más sentimental. Mi alma de latino quedará satisfecha si pudiera hacer llegar hasta esa, siquiera un solo eco del inmenso rugido de París.

EN LONDRES

A través de la Mancha

Londres, junio de 1904.

La época de las grandes calores ha llegado y sobre las ciudades del viejo continente pesa el bochorno de los días de julio; la atmósfera se ha vuelto irrespirable y no queda otro recurso que seguir el ejemplo de todos, cambiando de residencia para hacerse la ilusión de sentir un poco de fresco.

Los pueblecillos de las costas están llenos de turistas; las pintorescas aldeas de Bretaña y Normandía reciben a diario multitud de familias, que buscan con ansia el iodo vivificador del océano para reponer la salud y las fuerzas, gastadas en la vida de París; las excursiones a los Vosgos y los Pirineos compensan siquiera en parte las fatigas morales de todo el año; los viajes a las regiones de la Suiza montañosa alegran el alma en esas soberbias puestas de sol tras las cimas de los Alpes; y los valles tranquilos de la Auvernia atraen a los viajeros con el misterio de sus noches estrelladas.

Todo invita a dejar por breves semanas la existencia cansada de los bulevares. Los caminos de hierro tienen una atracción especial en esta época, y hasta el silbido de las locomotoras parece invitar a lanzarse sobre las llanuras y las colinas borrachas de sol, deslizándose sobre ellas con la rapidez vertiginosa de los "express".

El cuerpo diplomático no es tampoco refractario a los paseos campestres o la vida de los balnearios. Des-

de el embajador hasta el consejero, y desde el secretario hasta el modesto auxiliar, todos abandonan sus palaciones y legaciones, huyendo de las grandes laxitudes y de los fatigantes insomnios que traen consigo las noches estivales de París.

Por mi parte me decidí por Londres. La grandiosidad de la primera ciudad del mundo sugestionaba cualquier espíritu y lo obliga a ir a ella a pesar del atractivo de las playas. La capital del más vasto imperio del orbe vale la pena de sufrir a diario los treinta grados de calor reinante en sus calles y casas. Esta única reflexión bastó para hacerme preparar la maleta.

El tren rápido partió de la estación de san Lázaro a las 10 y 20 de la mañana. Los vagones iban repletos de viajeros y equipajes; y aún un rato antes de la hora fijada en el itinerario para la salida del convoy, ya todos los asientos estaban ocupados. El tránsito es enorme entre las dos capitales. En su mayoría los pasajeros eran ingleses que regresaban a su país; muchos comerciantes, que no queriendo perder ni un solo minuto de tiempo, se ocupaban en leer la correspondencia recibida aquella misma mañana; y por último, algunos franceses y gentes de otras nacionalidades que aprovechan la "season" para ver Londres.

Breves momentos antes de la salida del expreso, uno de los pasajeros que acababa de colocar sus maletas en la red del compartimento, dió un grito y cayó de espaldas, agitándose en el suelo en medio del estupor general. Cuando le levantaron estaba muerto. El pobre hombre había querido ir a Inglaterra y emprendía un viaje mucho más largo que el proyectado.

"He ahí uno", exclamó jocosamente un joven francés, "a quien no le vale el haber sacado pasaje de ida y vuelta..."

Algunas risas respondieron a la broma; se sacó par-

tido de aquel incidente, festejándose la ocurrencia. La muerte de un ser humano proporcionó tema a los pasajeros para una alegre charla... Me oprimió el pensamiento de que en las sociedades europeas, profundamente materializadas, el egoísmo empieza a imponerse como algo digno del elogio y el aplauso.

La primera estación en que nos detuvimos fué Rouen, la ciudad más importante de Normandía, puerto sobre el Sena y muy celebrada por sus grandes fábricas. La demora fué breve y el silbido de marcha de la locomotora se confundió con los entusiastas hurrahs con que un grupo de ingleses despedía a un compatriota suyo que acababa de tomar asiento en uno de los vagones.

El terreno tiene fuertes quebradas, habiendo sido indispensable construir algunos túneles. La campaña llena de sembrados ofrece agradables perspectivas, y el viajero experimenta una impresión casi brusca cuando descubre de improviso la extensión inmensa del mar, a cuyo borde mismo se aproxima el largo convoy. Estamos en Dieppe.

Para pasar del ferrocarril al buque no hay que atravesar sino la sala donde se revisan los equipajes, en cuya vidrieras se ostenta el título "douanes françaises". De allí se desciende a un vapor elegante, amplio, de construcción novísima, pintado de blanco y cuyas columnas de humo denuncian que está listo para zarpas. Es el "Arundel". No hay que detenerse y nos contentaremos con ver desde el mar el aspecto general de Dieppe.

El servicio del canal de la Mancha, entre Dieppe y Newhaven, es de los mejores que he encontrado. Se lleva a cabo con seis vapores modernos que marchan a razón de veinte millas por hora, rapidez que se acorta, como es de suponerse, en los días de temporal, bastantes frecuentes en aquellas costas. El único inconveniente de esos buques es la fuerte trepidación que se mantiene durante la marcha, y que es originada por la

rapidez. Este mismo defecto caracteriza a los grandes transatlánticos que hacen la carrera entre Europa y los puertos principales de la América del Norte.

Por lo demás el servicio es excelente, como queda dicho. A bordo se sirve un ligero almuerzo compuesto de jamón, carne fría, queso y té. Es suficiente, aunque caro. Además la compañía pone a disposición de los viajeros, en la sala de fumar, guías completas de los ferrocarriles ingleses, con sus correspondientes precios e itinerarios.

Media hora después de la partida, las costas de Francia habían desaparecido; una espesa bruma—la bruma eterna del canal de la Mancha—se extendía por todas partes como un inmenso velo gris; el cielo, antes azul, estaba ahora ceniciento, y la brisa fresca que empezó a soplar con insistencia provocó un arropamiento general. Pero la espera no fué larga; pronto hacia el frente se dibujó confusamente una línea negra; al acercarnos a tierra la niebla desapareció, y nuestros ojos divisaron la aldea de Newhaven con sus casas de techos colorados.

Este pequeño puerto del sur de Inglaterra se encuentra en el condado de Sussex, a ocho millas solamente de Brighton, residencia habitual del gran filósofo Spencer y quizás el balneario más aristocrático de la Gran Bretaña. Aquel grupo de modestas casas no produce impresión alguna; hacia la parte de atrás el campo se extiende formando lomas, y a la derecha un camino blanco serpentea entre la verde extensión. Es todo el paisaje que se divisa.

El "Arundel" atracó a la calle, sobre cuya vereda se alzaba un edificio largo, con techos altos y muchas puertas. A la vez aduana, restaurant y estación de ferrocarril.

Los empleados encargados de la revisión de los equi-

pajes cumplieron su misión con gravedad británica, y apenas terminada salimos de la sala. Afuera, junto al edificio, nos esperaba el exprés que debía conducirnos a la capital.

Iba a sentarme en su interior, cuando divisé a un individuo alto, vestido de uniforme, que se mantenía de pié junto a una puerta. En su gorra azul se leía esta palabra: "Intérprete"; me asaltó la idea de probarlo, y dirigiéndome a él lo interrogué en castellano:

—Cuál es el tren de Londres?

—Aoh? exclamó sorprendido.

Lo había previsto: mi famoso intérprete no sabía español. Quise, sin embargo, cerciorarme, y le pregunté en su idioma:

—Speak you Spanish?

—No, sir—me dijo saludando.—I speak only English, French, German, Italian, and Russian, but not Spanish.

Bajé la cabeza, pero no tuve tiempo de hacer reflexiones melancólicas; el silbido estridente de la máquina anunció a los viajeros la marcha del convoy y tres minutos después volábamos sobre los rails.

El paisaje varió de inmediato; en vez de las lomas peladas que dominan la playa, se extienden verdaderos bosques de encinas y acacias; árboles viejos y copudos resguardando arbustos gentiles; tilos altísimos haciendo esquina a las huertas que rodean las viviendas de los campesinos; amplios jardines adornando el frente de las villas, residencia de verano de las familias ricas; rebaños de ovejas pastando y grupos de aldeanas de cabellos rojos, que suspendían algunos instantes su labor para agitar sus manos al paso vertiginoso del convoy.

¡Cuánta poesía hay en estas viejas campiñas inglesas cuando la primavera viste de verde los árboles y corona las plantas de flores! ¡Qué sencilla y qué dulce debe ser la vida en esas cabañas de pastores, lejos del vértigo infernal de las grandes ciudades!

Cuando descendí en Victoria Station eran las siete de la tarde, habiendo hecho el viaje desde París—doscientas cincuenta millas—en ocho horas y cuarenta minutos, saltando del ferrocarril francés al vapor y del vapor al ferrocarril inglés. Puede decir Ruskin lo que se le antoje, que a pesar del alto respeto que merecen sus teorías, creo que todo mortal preferirá realizar la travesía del modo que queda dicho, en vez de exponerse a perecer mil veces en la caja de una diligencia o en la proa de los buques de vela. Al fin y al cabo los viajes modernos constituyen también un arte.

Llovía a cántaros, y mientras un “cab” me conducía a través de Londres, admiré a los ingleses e inglesas impasibles bajo el agua, marchar sin apresuramiento, con los pantalones doblados y el paraguas en alto. Las mujeres no se recojen las polleras ni se la embarran, y acostumbradas al mal tiempo usan perennemente sus impermeables grises.

El inglés en las calles de Londres es el mismo que vemos en Montevideo: no modifica sus hábitos, viva en su tierra o habite en el polo. Es serio y tranquilo, metódico y atento, con esa cortesía sin afectación que le es tan característica; camina a pasos largos, no habla jamás a quien no conoce y subordina sus actos, sus palabras y su bolsillo a los dictados de la razón. El inglés es práctico, eminentemente práctico, y nada hace simplemente porque sí; tiene una alta y ejemplar idea del deber y sabe cumplirlo como ningún otro hombre; es exacto y fiel en todas sus cosas; su valor no es impetuoso, pero sí reflexivo y tenaz; ama y venera las tradiciones de su país y de su raza, y aunque viva largos lustros en el extranjero, conserva sus costumbres y enseña a sus hijos y nietos la lengua materna.

La aristocracia británica se diferencia de las otras en que es sumamente celosa de su integridad; no hay en ella mezclas de burgueses enriquecidos, que después de haberse arrastrado para amontonar un poco de oro, se consideran neciamente más altos que los demás

hombres. No; desde este punto de vista la nobleza de Inglaterra es de "pura raza". Es condenable, es cierto, como son condenables todas las castas y divisiones de clases, pero es preciso reconocer la brillantes cualidades que la caracterizan. La educación que reciben sus jóvenes no es la del sibaritismo; muy al contrario, se les forma para la lucha y para la acción en todos los terrenos; de ahí la atención que prestan a los juegos atléticos y en general a todos los ejercicios físicos. Un joven noble, además del desarrollo intelectual, debe ser hombre de fuerza y empresa; debe saber remar, nadar, tirar el sable y la pistola, conducir un corcel en los bosques, cazar jabalíes, jugar al football entre la nieve con el pecho al aire y levantar cien libras de peso en cada brazo. Y nadie creará que su educación está completa si no ha ido lejos de la Gran Bretaña, a conocer el resto de la Europa o bien la Australia o las Indias; saben que nada hay mejor que los viajes para formar "hombres de sí mismos", y por eso consideran algo muy necesario alejarse dos o tres años de su familia y sus amigos, aunque sea para vivir bajo el sol del trópico o los rigores de los hielos.

No exagero; podría citar muchos ejemplos para probar estas afirmaciones. Baste decir que en 1899, cuando en los comienzos de la guerra anglo-boer la campaña militar tomó mal cariz para los ingleses, se contaron por millares los jóvenes que marcharon a Sud Africa a batirse como simples voluntarios contra los temibles guerrilleros transvaalenses. Muchos de ellos sembraron con sus huesos las comarcas devastadas por la guerra, mientras otros regresaron a sus palacios con la piel curtida por los ardores africanos y las manos hechas tenazas por los callos...

El individualismo es otra condición esencial de la idiosincrasia británica; el inglés piensa por sí y para sí, siendo muy difícil el sugestionarle. Yo creo que la fuerza expansiva de Inglaterra cuenta entre sus factores primordiales el carácter individualista de sus hi-

jos; ese espíritu realmente gigante de iniciativa y empresa que los distingue; esa fuerza paciente y laboriosa de que están animados, y ese concepto altivo de su propio deber. Como se ha dicho últimamente, ellos son los romanos de nuestros días, y los ejemplares más dignos y viriles de la raza humana en la época presente.

Cada una de las maravillas de Londres merecería una o dos columnas de diario; pero como nadie tendría paciencia de leerlas ni yo tiempo de escribirlas, me limitaré a citar algo que constituye el sello principal de la metrópoli y que vale la pena de imitar en nuestro país. Me refiero a sus parques, a esos inmensos parques, verdaderos descampados en plena ciudad, llenos de luz y de aire, paraísos en los días de sol, recreo permanente de chicos y grandes. Cuatro admirables existen en Londres; el Hyde Park, el más renombrado, con su lago en el centro; el Regent, donde se encuentra el jardín zoológico; el Saint James, en cuyo costado se alza imponente el palacio de Buckingham, y el Green, que flanquea el Picadilly.

Ni el Tiergarten de Berlín, ni los bosques de Boulogne y Vincennes en París, pueden compararse a los parques londinenses; no hay en ellos espesas arboledas, porque siendo muy raros los días de sol en Inglaterra, sus habitantes buscan siempre los medios de abrir paso a la luz; pero es tan grande su extensión; son tan amplias y abiertas esas plazas naturales, que todos se hacen la ilusión de estar en pleno campo. Allí las jóvenes juegan al "lawn-tennis" y al "cricket", y los robustos mocetones adiestran sus miembros en el "football"; allí concurren las escuelas y los gimnasios, para que los muchachos puedan expandir sus pulmones; allí van las madres con sus cunas y allí va todo Londres, ricos y pobres, niños y viejos, en busca de los factores primeros de la salud y de la vida.

Ya que nuestros vicios de carácter nos impiden imitar en muchas cosas a los ingleses, deberíamos siquiera tomar de ellos algo que nos favoreciese y que sería recibido por todos con regocijo. Me refiero a los paseos públicos. Montevideo se está llenando de tísicos, cuando por sus excelentes condiciones no debería conocer la tuberculosis; y no hay que dudar que la falta de higiene es el principal causante de la terrible enfermedad. Fuera del parque urbano, recientemente inaugurado, no hay en nuestra capital otros paseos que villa Dolores y el parque central, ambos de propiedad particular, e indudablemente insuficientes para el gran objeto a que me refiero. Montevideo, cuya situación topográfica es de primer orden, tiene en sus cercanías dos puntos inmejorables que es un verdadero crimen no aprovechar: Villa Colón y Punta Carretas. Unidas por el tranvía eléctrico al centro de la ciudad, en pocos minutos las familias se trasladarían a esos parajes de salud. Villa Colón ofrecería tales ventajas, que nadie resistiría al placer de ir dos o tres veces por semana a respirar el aroma de los eucaliptus; y Punta Carretas, mejorada y arreglada con poco dinero, sería en el verano el paraíso de Montevideo.

Hace ya bastante tiempo se presentó a la junta económica un proyecto en el cual se proponía la construcción de un paseo público en la costa del mar, hacia el lado de la ciudad vieja; como la mayor parte de las iniciativas útiles, ese proyecto duerme el profundo sueño de los justos en las carpetas municipales. Y sin embargo, cuanto bien reportaría a la población la realización de un proyecto semejante! Lástima grande que ese paseo no se construya, o más bien dicho, que no se haya construído ya! Creo que él no debería limitarse a la ciudad vieja: la avenida, ancha de treinta a cuarenta metros, bordeada de árboles y llena de bancos, tendría que extenderse a lo largo del mar, desde la universidad a la playa Ramírez. Ese se-

ría el gran desahogo de Montevideo y el factor más importante de su higienización.

Si he de relatar las impresiones imborrables que producen la torre de Londres, la abadía de Westminster y las tumbas de los reyes, el parlamento, el British Museum, Trafalgar square, la galería nacional, la corte de justicia, los palacios reales y el castillo de Windsor; si he de ponerme a escribir sobre el movimiento colosal de todo Londres; la actividad de la city; el tráfico comercial; el mundo de buques de todas clases que se mueve en el Támesis, cargando y descargando; el ruido de los ómnibus, la trepidación interna que conmueve a toda la ciudad producida por el incesante rodar de los ferrocarriles subterráneos; si he de pretender hablar de la dulzura del hogar inglés, de la cultura de su sociedad o de los mil tipos que se ofrecen a la observación, repito que haría interminable este artículo. Lo dejaré para otro día o para otra pluma, que lo mismo dá. Lo cierto es que la Inglaterra del presente constituye por sí sola un universo, al cual no le falta sino la implantación de la república para igualar en grandeza al coloso americano.

EN BELGICA

Los espectros de Waterloo

Bruselas, julio de 1904.

Las enseñanzas de la historia ha aleccionado largamente la conciencia de la humanidad. Independientemente de las ventajas intelectuales que proporciona la posesión de aquella ciencia, hanse grabado en el espíritu de los hombres recuerdos terribles, de áurea filosofía para los maestros del pensamiento moderno, que si no dan una visión profética del porvenir, imprimen, por lo menos, una marcha sabia a la política internacional del presente.

Para los pueblos, aquella antorcha inextinguible constituye también su alma, con todos los atributos de una gloriosa inmortalidad. En esa alma residen los grandes recuerdos de antaño, las santas tradiciones patriarcales, las epopeyas del coraje y los ejemplos de estoicismo y abnegación, que surgen de lejanos horizontes rodeados por la espuma de los siglos.

Nos ha tocado vivir en una época caracterizada por tendencias opuestas a aquellas que señalaron el paso del romanticismo por el mundo. Las aventuras caballerescas de nuestros antepasados, las consideramos hoy como fragmentos del Quijote; y obligados a mirar las cosas de la vida desde un punto de vista más práctico, por no decir egoísta, preferimos la calma monótona de la vida burguesa a las batallas por conquistar las palmas de la gloria, que se nos antoja veletas de humo

o quimeras impropias de varones sabios y prudentes...

Sin duda alguna, las rutas nuevas porque se ha lanzado la humanidad la han favorecido por los grados de cultura que ha ascendido y por las conquistas sociales y científicas que sus adelantos aparejan. Pero la fiebre voraz de los progresos materiales; el delirio de ganar oro por cualquier medio; el desarrollo de las ciudades populosas, plagadas de depravación y de miseria, y los refinamientos viciosos de las clases opulentas, han traído el detrimento de muchas calidades nobles del ser humano; han agostado el sentimentalismo y, debemos confesarlo, han producido como regla demasiado generalizada, un enervamiento del carácter varonil y de la fiereza moral de los tiempos caballescresos.

En los pueblos fatigados de la Europa, la última empresa audaz del valor, del talento y de la fuerza, fué la epopeya napoleónica. Aquel genio incansable que surgió de las florestas corsas para derribar cetros y coronas; que encarceló pontífices y regaló tronos a sus amigos, y que hizo sentir el poder de su espada desde las pirámides de Egipto hasta las estepas heladas de la Rusia, representó para el siglo XIX la resurrección momentánea de los Alejandro y los Aníbal; empuñó a los Scipiones de la vieja Roma y a los conquistadores de la edad media, y terminó su grandiosa e infernal odisea, obligando a Dios que lo venciera ya que los hombres eran impotentes para hacerlo.

Por eso el nombre de Waterloo trae estremecimientos al espíritu. Aquello fué más que una batalla: allí cayó una amenazante dinastía; allí se transformó la faz política de Europa; y en aquellas históricas colinas, al presente tan verdes y calladas, vivirá por los siglos el ejemplo de lo fugaz y frágil de la grandeza humana.

Estando en Bruselas desde hace algunas semanas, se me presentó la oportunidad de visitar los cam-

pos de Waterloo. La distancia entre ambos puntos es de veinte kilómetros; y quiso la suerte que esa excursión la hiciera en compañía de dos distinguidos compatriotas, los señores Rodolfo Vellozo, senador por Treinta y Tres, y Rodolfo Hernández. Les propuse tomar un automóvil, por ser este vehículo el más ventajoso para esta clase de trayectos y visitas, y aceptada la idea salimos de la capital belga por la avenida Louise hasta desembocar en el bosque de la Cambre.

Los que conocen la magnificencia de este parque saben que figura entre los más notables con que cuentan las capitales del viejo mundo. Las vigorosas selvas alemanas y los bosques sombríos de Inglaterra tienen en su favor el haber sido plantados por la naturaleza, y ya se sabe que las creaciones de su mano llevan el sello de lo imponente y lo grandioso; pero la floresta de Bruselas es una obra de arte, una obra humana; y la estética que existe en sus sendas y alamedas; la luz que se refleja en las hojas de los árboles; ese verde claro que vive en el conjunto; el misterio de sus vericuetos que se internan por un lado, y la corrección irreprochable de sus grandes líneas, por otro; la singular pureza del cielo y de la atmósfera, en aquella lujosa mañana de estío, impresionan tan dulce y magnéticamente el espíritu, que se desearía habitar siempre aquel bosque encantado, donde parecen citarse el arte, la salud y la belleza. Sus avenidas se alargan, ora rectas, ora graciosamente curvas, hasta tocar el límite de una selva inmensa y nutrida que se extiende en una superficie de seis mil hectáreas, es la floresta de Soignies, cruzada el 16 de junio de 1815 por el ejército inglés a las órdenes del duque de Wellington.

Durante veinte minutos nuestro automóvil se mantuvo dentro de esa selva, rodando velozmente sobre la angosta carretera. Al desembocar en sus límites se encuentra una aldea, formada en general por casas viejas, estilo flamenco, en cuyos cercos no se ven sino muchos y perros: es la aldea de Waterloo.

El chauffeur detuvo su máquina ante una construcción antiquísima, de dos pisos, en cuya fachada se ve una placa con una inscripción en inglés, que iba a traducir cuando apareció súbitamente el dueño o encargado de aquella casa, especie de ventero grueso y exageradamente cortés, quién se apresuró a explicarnos que aquel techo había tenido el honor de albergar al "feldmariscal Wellington" la víspera de la gran jornada. Terminó invitándonos a entrar para conocer la pieza y el lecho en que había descansado aquel ilustre vencedor.

Desde este punto en adelante, por espacio de seis o siete kilómetros, el camino está sembrado de recuerdos. Pasando la casa susodicha, lo primero que se encuentra, hacia la derecha, es el "Hotel des Colonnes" modestísimo albergue donde Víctor Hugo vivió por espacio de tres meses, amontonando datos e impresiones que más tarde vieron la luz pública en "Los Miserables", donde el noble poeta relata magistralmente las peripecias de la acción. A la izquierda se distingue el molino de Waterloo, construido hace ciento treinta años; la choza de St. Jean, rodeada de paredones, que ampararon a los heridos de los tres ejércitos, y por último, en toda su extensión, el campo de batalla y sus monumentos conmemorativos.

Hace diez y ocho lustros que en aquel mismo sitio fueron aclamadas las tres figuras militares más brillantes de su época: el emperador Napoleón, en el ocaso de su gloria; el duque de Wellington, de la misma edad de su adversario; y el mariscal Blucher, viejo de setenta y tres años, cuya intervención decidió la suerte de la Europa.

El segundo de los citados llegaba a aquel punto ostentando en toda su lozanía los laureles conquistados en Arapiles y Tolosa. Su vigorosa contextura física, su mirada penetrante y la voluntad férrea que le caracterizaba, le valían entre sus soldados el sobrenombre de "Iron Duke". Era el hombre que la Gran Bre-

taña eligió para medirse con Napoleón, y el hombre fué digno de la prueba. Austero como Cromwell, Wellington, frente al enemigo, se limitó a decir a sus divisiones aquellas palabras severas y memorables:

¡Acordaos de la vieja Inglaterra!

El mariscal Blucher, príncipe de Walstadt, que debía morir poco tiempo después de la jornada, acababa de ser vencido en Ligny por Bonaparte. Prusiano tenaz, buscaba su revancha, que le fué providencialmente concedida aquella tarde.

Los campos de Waterloo se presentan un tanto monótonos a la mirada observadora del viajero; parte de la comarca está sembrada, y otra parte parece destinada a potreros. En su fondo se alza el Mont St. Jean, a cuyo pie hay una treintena de casas. Dos rutas principales cruzan la extensión, la de Charleroi y la de Nivelles, pero se distinguen algunos otros senderos. Justamente en el cruce de los caminos de Ohain se encontraba en 1815 la terrible zanja, el precipicio mortal donde cayeron los coraceros de la división Milhaud, hombres, armas y bestias entreverados...

En el centro de la llanura está la "ferme de la Belle-Alliance" donde se mantuvo el emperador hasta las dos de la tarde, sin desmontar su caballo. Horas después se encontraron en el mismo grupo los dos generales vencedores, dándose allí el histórico abrazo con que sellaron la alianza de sus ejércitos y la caída del bonapartismo.

Lentamente recorrimos el campo; los aldeanos nos observaban curiosamente, cambiando frases en su dialecto flamenco. Hacia el caserío de Saint Jean se divisaban los monumentos, como centinelas inmóviles clavados en los sitios más remarcables de la pequeña comarca. No se puede negar que los vencedores y los vencidos han sabido cumplir con el deber de recordar dignamente a sus muertos.

El león de Waterloo es el monumento erigido por la Bélgica. Se levanta en el punto donde cayó el prín-

cipe de Orange cuando rechazó, al frente del primer regimiento de Nassau, el ataque combinado de los cazadores y granaderos franceses. Tiene la forma de un cerro o cono truncado, alto de 45 metros. Me permití subir los 235 escalones de piedra azul que separan la base de la cima, sobre la cual se afirma un pedestal cúbico soportando el león. Tanto la perspectiva que se divisa como el símbolo erigido son sencillamente imponentes. Sobre el pedestal hay esta única inscripción: "XVIII Juin MDCCCXV". El león fué construído en los talleres de Lieja con los cañones tomados en la batalla por las divisiones neerlandesas.

El segundo monumento es el que perpetúa la memoria del teniente coronel Alejandro Gordon. La odisea de este joven caballero es corta pero conmovedora. Descendiente de una antigua familia de Escocia, rico, amado por toda la sociedad de su país, Gordon, que poseía varios títulos nobiliarios, se alistó bajo las banderas de Wellington quien le nombró su ayudante de campo. Al transmitir una orden urgente durante la acción, el joven ayudante fué herido gravemente, pero conociendo su deber y responsabilidad, cumplió la orden y perdió la vida. Tenía 29 años cuando cayó. La columna rota que cubre sus restos está siempre adornada con flores llevadas por las damas inglesas que visitan el sitio.

Alemania ha dedicado dos monumentos a sus muertos: uno erigido por la ciudad de Hanover, señala la tumba de los 42 oficiales sacrificados en la impetuosa carga llevada por el mariscal Ney contra Haie-Sainte. El otro es una torre gótica, terminada en una cruz de hierro: es el recuerdo con que Prusia simboliza su gratitud hacia los soldados del príncipe Blucher.

El monumento francés lleva el nombre de su autor: "el águila de Gerome", y fué inaugurado el año pasado, al cumplirse el 89º aniversario de la jornada. Es el más bello y expresivo de los recuerdos: sobre una base de granito, artísticamente irregular, abre sus alas

un águila de bronce cuyo plumaje entreabierto deja ver una herida en el pecho agonizante; en sus inmóviles pupilas parece retratarse la visión de la derrota y de la muerte; sus garras oprimen una enseña sobre la cual pueden leerse algunos nombres: Friedland, Austerlitz, Iéna... Una inscripción elocuente se lee sobre la piedra: "Aux derniers combattants de la grande armée!" Hay en aquel símbolo un aspecto solemne y altivo. Su autor, Jean León Gerome, escultor y pintor a la vez, está considerado como uno de los maestros de su época. Murió en París a la edad de 80 años, al inaugurarse su última obra.

Waterloo es hoy un vasto y glorioso cementerio. Sobre aquellas tumbas se han pronunciado ya la sentencia de la historia y el fallo de la providencia.

No podíamos dar por concluída la excursión sin visitar el museo, el cual se reduce a una sala grande donde están coleccionados multitud de objetos relacionados con los ejércitos beligerantes. Este museo también tiene su pequeña historia.

En 1825, el sargento mayor Cotton, que había peleado en Waterloo bajo las órdenes de lord Sommerset, obtuvo su jubilación, volvió al campo de batalla, adquirió una casa y se ocupó en reunir objetos y armas pertenecientes a los caídos. El negocio progresó y formó parte de la herencia dejada por el mayor Cotton, a quién sucedió su hijo y actualmente su nieta. Aquello es ciertamente interesante: se ven cuadros demostrativos, planos de la acción, detalles gráficos de los movimientos de los cuerpos. Entre cristales hay expuestas armas de todas clases, balas de cañón, charreteras, medallas, shakos, condecoraciones, casacas, tambores, monedas de la época, retratos de jefes, todo perfectamente ordenado. Hay una galería de esqueletos y calaveras, en las cuales pueden observarse las fracturas ocasionadas por los sablazos o las balas. Nos enseñaron una lujosa espada perteneciente al entonces capitán Mac Donald, quién fué gravemente herido en una lu-

cha cuerpo a cuerpo con un coracero francés. Treinta años después de la batalla, el protagonista de aquel episodio, que ya había alcanzado las palmas de general, visitó el museo y reconoció su espada, legándola definitivamente a los Cotton.

En un registro donde se anotan todos los nombres de los visitantes, inscribimos también los nuestros y las respectivas procedencias. Hojée rápidamente el libro: todos eran nombres sajones.

—“Visitan muchos ingleses este sitio, señora?”—pregunté a la dueña.

—“Ocho mil por año”—me respondió, “y cuatro mil americanos del norte, aproximadamente”.

Aquella declaración me conmovió. Qué saludable lección encierran esos peregrinajes cívicos. La Inglaterra sabe honrar sus muertos...

Caía la noche, lenta y callada, sobre aquellas llanuras pobladas de secretos. Era llegado el instante de regresar, pero un magnetismo invencible nos retenía clavados en el sitio. Una llovizna menuda entristecía el crepúsculo, cuyas sombras se acercaban como fantasmas cubriendo el horizonte. Era la hora de las meditaciones melancólicas que penetran el espíritu del viajero y roban el fulgor de las pupilas. La voz de la superstición clama en los linderos de aquel bosque, azuzando los terrores de las neurastenias implacables; se arruga sombríamente la frente del testigo, al creer que el mármol de aquellos monumentos adquiere movimientos pausados e imponentes, como retando a duelo a los audaces que profanan con su curiosidad la calma augusta de sus sepuleros.

“En este mismo lugar”, murmura dentro del ser el eco del pensamiento, “se jugó con fuego y con hierro la última batalla entre la ambición satánica de un genio y la más poderosa de las coaliciones europeas.

Aquí expiraron treinta y cinco mil hombres en ocho horas; tus pies llevarán a las ciudades la marca roja de este fango penetrado de sangre y tus oídos no te engañan al percibir los gemidos que interrumpen la mudez indiferente de la comarca. Guay de tí si pretendes describir sus misteriosos acentos, porque los esqueletos de los sacrificados conocen el secreto de angustiar tus insomnios!.. Extranjero, que vienes a buscar entre nosotros? Atraviesa los mares nuevamente, vete pronto a tu lejana tierra y dí a los tuyos que en una tarde horrible se hicieron sentir muy duramente sobre nosotros las cóleras del cielo”.

La reflexión serena por instantes los fantasmas imaginativos, pero la grandeza de la sangrienta epopeya vuelve a alzarse en el pensamiento. Involuntariamente se evoca al protagonista de aquel drama. ¡Cuántas amarguras debió contemplar la tarde de Waterloo, cuando el emperador, vencido, volvió la cabeza para dar el último adiós a sus soldados que morían...! El recuerdo de Arcola, la cruzada gloriosa de aquel puente a la cabeza de sus granaderos, con la bandera tricolor en sus brazos; el triunfo bajo la sombra de las Pirámides egipcias, “contemplado por cuarenta siglos asombrados”; el adiós de Desaix al expirar legándole Marengo; la victoria de Eylau sobre los rusos y prusianos; la espléndida mañana de Austerlitz, donde vió huir ante sus ojos a los emperadores de Austria y Rusia; los laureles de Iéna, en 1806, y de Friedland en 1807; la estrella de Wagram iluminando su camino hacia Viena, y aquel esfuerzo heroico de Moskowa bajo los resplandores del incendio de la ciudad del zar, en la campaña de 1812; todas las glorias de su grande ejército debieron desfilar por la memoria de aquel hombre. Ahora se presentaban la derrota, el destierro, la prisión en alguna isla solitaria; pero Napoleón fué digno de su caída, y sin una queja, sin una lágrima traidora, su espíritu gigante midió el desastre fuerte y serenamente. Las sombras del desengaño cayeron sobre

aquel ser sin apagar su luminosa energía; y así se vió a aquel dominador de corazones, en medio del caos de la retirada, entre los estertores de una agonía colectiva, alzar la voz para dar una orden, la última y suprema orden de la jornada:

—Salvad el águila!

Los batallones de la guardia vieja, formados en cuadro, encerrados, diezmados, defendieron el símbolo, y la exclamación del general Cambronne respondió como un trueno iracundo a la intimación inglesa; pero el desastre estaba consumado, los “cien días” espiraban, el imperio había concluído y Francia vislumbraba la restauración apoyada en las bayonetas de los coaligados.

Para el filósofo, para el historiador, para el creyente, Waterloo sintetiza lo inevitable. El insigne literato francés que fundó la escuela romántica, termina con esta frase su juicio sobre aquel episodio histórico: “Quién venció en Waterloo, Wellington o Blucher? Ninguno de ellos: allí venció Dios porque Napoleón lo estorbaba!”

EN LAUSANNE

La ciudad idílica

Lausanne, enero de 1909.

Entre las comarcas que la Suiza francesa ofrece a las excursiones de turistas y viajeros, hay una que los guías designan con el nombre de "país del Vaud", y que se ha puesto muy a la moda desde el año último. Está situada fuera de la región de las montañas y he podido apreciar personalmente los detalles de su belleza en mis excursiones a las riberas del Lemán.

Un extenso cordón de pueblos y villas se extiende en territorio helvético, hacia la margen derecha de ese lago. En mitad del trayecto, recostada sobre laderas verdes, una ciudad pequeña muestra las gracias de su contorno como invitando a detenerse. Es la villa de Lausanne, capital del cantón de Vaud, habitada por 60.000 almas y centro intelectual de primer orden de la confederación suiza.

Lausanne es contemporánea de Lutecia. Fué fundada hace dos mil doscientos años por los helvecios y conquistada por César en su campaña de las Galias. Rindió más tarde vasallaje a los condes de Saboya, hasta caer, hacia el siglo XVI, bajo las garras del oso bernés. La reforma la contó entre sus aliados. En 1798 la revolución la hizo cabeza de la república del Lemán. Al consolidarse la federación suiza quedó definitivamente erigida en capital de su cantón.

Bosques inmensos de pinos y abetos se extienden en

la falda de los montes que circundan la villa, a cuyos pies las aguas del Lemán, quietas y azules, señalan el límite con Francia. En el fondo de ese vasto panorama, la cadena imponente de los Alpes desarrolla la línea de sus sinuosidades, como cortando el firmamento con sus picos abruptos. En las tardes estivales, cuando el crepúsculo ha iniciado sobre los valles la marcha de sus sombras, las cimas de esas moles gigantescas brillan aún iluminadas por el sol. Como una apoteosis de la luz parece que los cielos se incendiaran, proyectando una serie de tonos y matices que se suceden en gradaciones infinitas hasta disolverse en los tintes oscuros de la noche que descende.

Los paisajes de esas regiones se transforman durante los inviernos crueles, que despliegan sobre las ciudades y campiñas de la Europa central sus vientos glaciales y sus borrascas de nieve. Las montañas lejanas semejan enormes bloques de hielo y las blancuras muertas de los valles solo reflejan esos soles pálidos que cruzan el espacio en cinco horas, de uno a otro horizonte. Pero las ascensiones tienen entonces la violenta atracción del peligro. Los hombres que no sufren del vértigo se lanzan por las pendientes sobre "skys" y "bobsleighs" y los muchachos del país corren velozmente con sus patines de acero. Lausanne recoge a su vez toda la leña de los contornos y enciende en sus hogares un gran fuego, como un gesto de represalia contra el frío implacable que hace descender el termómetro a 15 y 20 grados bajo cero.

En esa ciudad que cuenta veintidós siglos de existencia, todas las épocas han marcado su estilo y todas las dominaciones extrañas han estampado su huella. El feudalismo dejó su reliquia en el castillo de Chillón, que levanta su mole de fortaleza señorial sobre las rocas de Territet. La edad media construyó la catedral

de arte gótico, cuyas ojivas y columnas llenan más de cien metros de espacio. El protestantismo tiene su monumento secular en el templo de St. Francois, obra de la decadencia refinada del gótico. Y la arquitectura moderna ha alzado con el banco cantonal y la casa de correos, dos palacios suntuosos dignos de ser poseídos por las grandes capitales.

Hay un hecho irrecusable para los hombres que viajan, y es que la Suiza es el país que ha afirmado la civilización de la manera más completa. Los otros pueblos de Europa ofrecen aún defectos o vacíos. En unos es el desarrollo excesivo de la potencia militar que estimula la política imperialista en detrimento del derecho; en otros es el debilitamiento de las cualidades viriles y la decadencia moral, como consecuencia obligada del refinamiento en las costumbres, del lujo y la disipación; en algunos es el apego a supersticiones seculares y a dogmatismos que obstaculizan el progreso. Suiza no está en ninguno de estos casos. Ha sabido consolidar la democracia entre las monarquías que la circundan; ha asimilado todos los descubrimientos de la ciencia, y no pudiendo extender su territorio, ha robustecido su organismo de nación civilizada, realizando su propósito de ser feliz, que es el ideal de los pueblos pequeños y que debiera también serlo de los grandes.

Así, en Lausanne, que como he dicho tiene solo 60.000 habitantes, y que podríamos llamar una ciudad de campaña, existen instituciones de un valor considerable. Hay un museo de historia natural con colecciones completas de zoología y botánica; un museo arqueológico con reliquias lacustres, romanas y medioevales, y un museo de bellas artes que pone de relieve la cultura de los helvecios, con preferencia en la escuela pictórica. En otro orden hay que consignar sus obras filantrópicas: los asilos de alienados; el ortopédico y el infantil; la policlínica; el instituto electro-médico; el hospital cantonal y el hospicio de ciegos. La biblioteca pública ha logrado reunir 300.000 volúmenes.

Pero Lausanne es esencialmente una villa universitaria. Dos mil estudiantes viven en ella. Es una moderna Heidelberg, cuyo renombre se ejerce hasta las fronteras de la Europa oriental, lo que explica el gran número de rumanos, búlgaros, griegos, rusos y turcos matriculados en sus cursos. Hay actualmente un centenar de sudamericanos, especialmente de Colombia y Perú. La universidad cuenta con cinco facultades: ciencias, letras, teología, derecho y medicina. La de ciencias se divide en tres secciones: ciencias matemáticas, físicas y naturales; además, la escuela de farmacia y la escuela de ingenieros.

Además de la universidad, existen seis instituciones de enseñanza. Son la escuela industrial, la de comercio, el colegio cantonal secundario, el gimnasium, el instituto de música y la escuela superior de señoritas. Como foco intelectual la capital del Vaud rivaliza con Zurich, la más populosa ciudad suiza. Puede juzgarse la influencia que ejercerá su nombre en el porvenir sobre el mundo pensante, si las proyecciones de esa grande obra educadora se extienden, como tendrá que suceder, hacia las comarcas de la Europa occidental.

En otro sentido, esa influencia se ha hecho sentir hondamente. Desde Voltaire hasta Víctor Hugo sus encantos fueron celebrados por varias generaciones de escritores. Necker, Lamartine, Madame de Staël, Chateaubriand, St. Beuve y Benjamín Constant la pusieron de moda. Juan Jacobo Rousseau hace vivir a los personajes de la "Nouvelle Heloise" en los bordes del Lemán, y en sus "Confesiones", aquel huraño pensador escribe estas líneas, revelatrices de un sentimiento hondo:

"Cuando el deseo ardiente de esta vida dulce y feliz que huye de mí, y para la cual he nacido, inflama mi imaginación, es siempre en el país del Vaud, cerca del lago, en sus campiñas encantadas que ella se fija".

Lord Byron, que escribió en los alrededores de Lausanne su "Prisionero de Chillon", añade un pensamiento melancólico: "Límpido Lemán, el contraste que ofrece tu miraje apacible con el mundo tempestuoso en que he vivido, me insinúa el abandono de las olas de la tierra por otras ondas más puras. La vela de la barca en que me deslizo, semeja un ala de silencio que me desprende de la vida ruidosa".

Lausanne es una blanca colombina hecha para inspirar las imaginaciones sensitivas. Las almas más prosaicas no pueden dejar de impregnarse en la sensación de paz profunda que vive en sus contornos. A ello concurren los paisajes lejanos de sus montañas, la serenidad de aquel lago que parece absorto en una meditación eterna, y el esplendor de sus valles selváticos; en ello influyen sus viejos monumentos, testigos callados de las edades que pasaron, como cautiva sin quererlo la ingenua confianza de las muchachas suizas, que no pueden mirar sin sonreír; y a la fuerte atracción de sus encantos naturales se une esa poderosa vida intelectual, esa intensa labor que los espíritus realizan, cimiento glorioso de grandeza para esa ciudad ideal.

EN BERNA

Paisajes y costumbres

Berna, junio de 1918.

La villa federal tiene dos aspectos: el secular y arcaico, hecho de callejas torcidas, torres medioevales y estatuas simbólicas que perpetúan las leyendas helvéticas; arquitecturas vetustas que fatigan el tiempo, y series de arcadas interminables que dan a la ciudad de los osos un relieve típico y mohoso. Es la historia de Berna esculpida en piedra.

El aspecto opuesto son sus contornos rientes, los alrededores que circundan un centro próximo, y que contrastan con la apariencia de las otras ciudades por su carencia de foburgos y de barrios obreros. No hay calles, ni avenidas, ni hacinamiento de casas, ni rumores de pueblo: todos son senderos callados, formados de curvas y ángulos que separan jardines, parques y huertos, que continúan y se prolongan con una profusión exuberante de arboledas, ocultando a la vista los pequeños hoteles y la multitud de villas que se adivinan escondidas en el bosque impenetrable. Allí dentro conspira y se expande la vida; pero el transeunte que circula por las sendas y caminos, solo percibe una manifestación de esa existencia activa en la eclosión casi fantástica de la vegetación lujosa, interminable, frondosa como en las comarcas tropicales, que desborda los cercados y las rutas, cierra las perspectivas y envuelve el paso como si fuera a la vez bóveda y cortina.

El espíritu queda absorto ante la opulencia de la tierra helvética y la variedad de sus dones. Los valles alfombrados de rosas y los tilos milenarios, de veinte metros de altura, son los mejores exponentes del amor a la vida y de la comprensión de la belleza en el pueblo feliz que los cultiva.

En las riberas clementes del Plata el invierno es una prolongación otoñal que se limita a desnudar los árboles; pero en las estribaciones montañosas de la Europa central, la oposición violenta de las estaciones no solo transforma el panorama sino que modifica radicalmente el aspecto de las cosas y las condiciones de la vida. En los centros alpinos la evolución del paisaje y el ambiente es incesante y profunda, en el sentido de que su marcha va imprimiendo una huella de contraste a la fisonomía de los meses y las costumbres de los hombres.

A la vista del Oberland bernés, cuyas enormes moles abruptas y cumbres perpetuamente blancas parecen desgarrar medio horizonte, la villa federal soporta inviernos de 25 grados bajo cero y tormentas de nieve que aniquilan todo signo exterior de vida. Pero si la expresión de la naturaleza se torna entonces insensible y cruel, sus mismos rigores constituyen el acicate de la raza que ha sabido dominarla y sobreponerse a sus violencias. Lenta y obscuramente, el alma helvética se ha ido formando en lucha permanente contra elementos naturales adversos, defendiéndose contra furias implacables que elaboraron sus fuertes virtudes a través de los siglos. La teoría de Buckle, que acuerda a los agentes físicos una influencia directa sobre el carácter de los pueblos, halla en Suiza su confirmación plena. La casa, el rostro, los músculos, los hábitos y las tradiciones de sus habitantes, revelan la fortaleza serena, la labor tenaz y la solidez heredada,

trasmitida y conservada, de un espíritu forjado en el embate y acrecido en la resistencia a los elementos ciegos y rebeldes. La montaña, el desfiladero, el precipicio, la tempestad, la nieve, la floresta salvaje, el frío intenso, engendraron cualidades rudas, de vigor, de sobriedad, de audacia, de heroísmo, sin disminuir por ello la alegría sana y el amor a la vida con que el retorno de los tiempos dulces compensa las asperezas soportadas.

Así pudo esta raza escalar las montañas y formar su civilización, propia y austera.

“Cuanto mas abundante es la nieve—dicen los sembradores suizos—tanto más rica es la cosecha”.

Así es, en efecto. Se diría que esas capas blancas y espesas que durante meses prestan a las campiñas una faz rígida y extienden un sudario sobre la tierra helada, estuvieran destinadas tan solo a una obra de aniquilamiento; pero bajo el engaño de esa muerte aparente, la tierra reacciona y triunfa, absorbiendo la nieve que la inunda para que vaya a fecundar su seno.

Es el secreto de las primaveras esplendorosas sucediendo a la crudeza mortal de los inviernos; pero es también el milagro de los grandes equilibrios hechos de contrastes. Los filósofos que acusan a la civilización de provocar un descenso de los valores morales o de introducir gérmenes de escepticismo y disolución en el carácter de los pueblos, están obligados a formular reservas respecto de la Suiza. El desarrollo de una cultura superior ha producido en el alma helvética los mismos frutos que la nieve sobre sus campos feraces: ha contribuido a fecundar las virtudes innatas; ha amplificado los horizontes espirituales e introducido el gusto por las cosas amables de la existencia, sin relajar por ello la pureza de los hogares ni mermar sus envidiables costumbres patriarcales; y ha dotado a la

masa de un amplio bienestar material, sin dejar paso al peligro de los refinamientos disolventes.

Es que la vida suiza es la copia moral de sus paisajes. Posée su faz ruda, como los panoramas de diciembre; generosa, como la proveidez de sus otoños; cándida, como el fondo de sus valles ingenuos. En la hora trágica que vivimos, su expresión traduce lo augusto de su apostolado; y frente al horizonte sangriento que la envuelve, parece que el verde intenso de sus bosques y praderas quisiera saturar de esperanza a la pobre multitud vencida que su piedad acoge en el umbral de las fronteras.

PROBLEMAS SOCIALES

La protección de la infancia

París, octubre de 1905.

La resolución gubernativa dictada hace varios meses, instituyendo una comisión que estudiase el problema de la niñez abandonada, vino a poner fin al descuido con que se había mirado hasta entonces uno de los asuntos sociales más serios de nuestros país.

En efecto, los asilos maternales y la escuela nacional de artes y oficios, si bien prestan excelentes servicios en su esfera, son insuficientes para recoger e instruir esa considerable masa de infelices que el azar arroja en brazos de la caridad pública o que la desidia o impotencia moral de sus padres deja vagar por nuestras calles. Ese gremio de huérfanos y de pilletes tiene que ser objeto de una legislación especial, que ponga a salvo la sociedad del peligro que la amenaza, convirtiendo a esos futuros agentes del vicio y la holgazanería en individuos útiles para el trabajo y el hogar.

Casi no hay habitante de Montevideo a quien no le haya tocado presenciar esas batallas en plena vía pública, sostenidas por pilletes de distintos barrios, que con sus jefezuelos al frente marchan al son de las charangas militares junto a los batallones; como no hay día en que el transeunte no encuentre manos implorando la limosna; crónicas periódicas relatando escenas de crueldad con los animales; protestas del vecindario contra los juegos peligrosos e inmorales a que se dedican, o relatos de robos y pungas llevadas a cabo con astucias precoces y audacia de criminales experimentados.

En París ya han desaparecido por completo las bandas de vagabundos gaminés que pululaban hace treinta años por los mercados y barreras. Los honrados quineros de Passy y de Vincennes cuentan con un enemigo menos, no porque el legendario "gavroche" haya perdido la afición de asaltar los frutales, sino porque la mano de la autoridad ha cortado el mal de raíz, sometiendo a los pequeños holgazanes a la disciplina del taller y de la escuela.

El pilluelo parisién sin instrucción y sin hogar, que merodeaba durante el día por los bulevares, acechando almorzar a costa de algún incauto burgués, y que por la noche buscaba guarecerse en los muelles o en los puentes del Sena, ha sido objeto de largas preocupaciones por parte de la opinión y de la prensa. El parlamento concluyó por sancionar leyes radicales que cambiaron por completo el destino de los gaminés, eliminando el peligro social que representaba el numeroso gremio.

Las legislaciones belga y francesa están consideradas en Europa, sin egoísmos locales, como la más alta expresión sobre aquella materia. La última de las citadas es bastante sencilla y esencialmente práctica, desde el punto de vista social, pues llega a conciliar la educación de la niñez abandonada con la necesidad que siente el huérfano de un afecto que reemplace las caricias maternas que le faltan.

Los tratadistas y legisladores franceses se han opuesto a la colocación permanente de los niños menores de 13 años en hospicios u orfanatorios. Alegan que la crianza de esos infelices en establecimientos de aquella clase, ofrece, entre otros, dos inconvenientes fundamentales: el primero consiste en la insuficiencia de que debe resentirse su educación, agrupándolos en asilos cuyos monitores y empleados no pueden encargarse de velar individualmente sobre cada pupilo, teniendo que concretarse a la disciplina general. Esto da lugar a que la moral se corrompa, sobre todo si se tiene en

cuenta el considerable número de asilados, ya de cierta edad, engendros del vicio en su mayor parte. El segundo argumento se basa en las exigencias de los sentimientos infantiles. Los orfanatorios no pueden llenar esa necesidad de los corazones ansiosos de caricias, y hay verdadero peligro, por otra parte, en que esos jóvenes se formen sin afectos. El amor al hogar y a la familia es el fundamento del amor a la patria, y Francia necesita, como todos los pueblos, del sentimiento y la ayuda de esos ciento cincuenta mil huérfanos que el azar y la desgracia arrojan al seno de la sociedad, en un promedio de cada tres lustros.

La antigua ley francesa ha sido modificada de acuerdo con las exigencias de la época presente. La nueva legislación sobre la materia rige desde el 27 de junio de 1904, y consta de dos partes: una intitulada "loi sur le service des enfants assistés", dividida en sesenta y un artículos; y la otra relativa a "l'éducation des pupilles de l'assistance publique, difficiles ou vicieux", dividida solamente en cinco artículos.

Entre los menores colocados bajo la protección del estado se prevén diversas condiciones. Primeramente figuran aquellos cuyas madres no pueden alimentarlos o educarlos por falta de recursos, y los que por prisión o enfermedad del padre, quedan igualmente sin medios de existencia. En este caso el auxilio es prestado a la madre, quien conserva el derecho de retener los hijos a su lado. En segundo término aparecen los llamados "pupilos de la asistencia" considerándose por tales a las criaturas enteramente abandonadas, sin padres conocidos, o los que teniéndolos, son arrojados de su lado; y por último, aquellos a cuyos progenitores han eximido los jueces de la tutela paternal, a causa de castigos violentos o abandono moral.

Las criaturas de pecho son entregadas a nodrizas, quienes reciben una compensación proporcional. Producido el destete el niño es confiado a una familia honesta de la campaña y pensionado por el estado hasta

cumplir los 13 años, a fin de que su alimentación y vestidos no graven en nada el presupuesto del hogar que lo acoje. A esa edad cesa la pensión, salvo casos excepcionales, y el menor es matriculado en un taller o escuela, prefiriéndose, por regla general, las profesiones agrícolas e industriales.

El servicio de la niñez abandonada está dirigido por un consejo general y administrado por los prefectos, de quienes dependen los llamados inspectores departamentales de asistencia pública. Estos funcionarios tienen la misión de buscar las nodrizas y patronas, dirigir el reparto de cunas y vestidos, preparar los contratos de colocación y aprendizaje y proponer al prefecto las medidas que la observación indica como ventajosas para la buena marcha de la institución. Cada año someten al consejo general, por intermedio de su superior, una memoria sobre el servicio a su cargo, seguida de un balance del ejercicio fenecido y un proyecto de presupuesto para el año siguiente.

Los gastos de la institución están divididos en dos rubros: los gastos de servicio y los de inspección y vigilancia. En el primero figuran aquellos dispendios ocasionados por las primas de nodrizas, vestidos para los huérfanos, asistencia médica, permanencia en establecimientos depositarios o escuelas profesionales, etc. Dos quintas partes de estos gastos son pagados por el estado, otras dos quintas por la caja del departamento y la última quinta parte por las comunas. Los recursos se arbitran aplicando a ese fin el producto de las multas percibidas por la policía correccional, los impuestos destinados a ese objeto y las contribuciones departamentales. En cuanto al presupuesto de inspección y vigilancia, corre directamente por cuenta del tesoro central.

La segunda ley, complemento de la primera, dispone que aquellos muchachos que, en razón de su indisciplina o defectos de carácter no pueden ser confiados a

familias, serán colocados de inmediato en establecimientos profesionales.

Producido un caso de inmoralidad o de violencia graves, el prefecto está obligado a entregar el delincuente al tribunal civil para ser colocado bajo la administración penitenciaria, a cuya autoridad corresponde someterlo a observación durante un período prudencial, antes de decidir su envío a una casa o colonia penitenciaria.

El número total de nacidos vivos en Francia durante el año 1900 ascendió a 827.297. De estos fueron objeto de protección 96.670, o sea el 11 por 100, correspondiendo más de una cuarta parte, o sean 25.128, al departamento del Sena.

La mortalidad entre los menores de la asistencia pública, según la estadística de 1903, alcanza a la cifra de 3675 fallecidos con un promedio de 20 por 100 entre los niños menores de un año; 6 por 100 entre los de dos años y 1 por 100 de tres para arriba. La enfermedad que ha hecho más víctimas es la diarrea infantil, llegando el número de muertos a 1051; sigue luego la debilidad congénita y vicios de conformación con la cifra de 450 y en tercer lugar la tuberculosis pulmonar con 194.

El número considerable de fallecidos a consecuencia de diarrea proviene de los medios de alimentación, pues si bien en los departamentos del litoral mediterráneo se amamanta al seno al 96 por 100 de los pequeños, en los departamentos del sudoeste el número de los criados por este régimen natural solo es de 75 por 100 y en las regiones del norte apenas llega al 7 por 100.

El total de menores protegidos por el estado, suma, contando los de toda edad, 141.274. Además de los hijos legítimos, los departamentos de campaña han contribuido con 52.583 hijos naturales.

El presupuesto de la asistencia asciende a 27 millones de francos anuales.

Como el tema es vasto, nos ocuparemos más adelante de tratar otras fases, especialmente en lo que interesa a las iniciativas particulares, las escuelas profesionales para menores y algo sobre legislación vigente al respecto en otros pueblos europeos.

La lucha contra el alcohol

París, noviembre de 1905.

Al ocuparme del patronato de la infancia en una de mis últimas correspondencias, creo haber prometido escribir algo sobre otro problema social, de vastas y amenazantes proporciones, que desde hace años viene preocupando la atención pública en Francia y que ha provocado un movimiento general de resistencia en toda Europa. Me refiero al desarrollo del alcoholismo y a los terribles estragos que ocasiona en todos sentidos.

En el país citado, las estadísticas oficiales han señalado hasta el año 1898, en que comenzó la enérgica campaña contra aquel vicio, un crecimiento siempre continuo en el consumo anual del alcohol. En 1830 el promedio era de litros 1,12 por habitante; en 1860 de 2,27; en 1880 de 3,64 y en 1890 alcanzó la proporción de 5,08 por cabeza.

Las consecuencias de este incremento se evidencian en todos los órdenes, especialmente en el desarrollo de ciertas enfermedades, la tuberculosis, por ejemplo, que diezma la población obrera. Se calcula en 150.000 el número de seres humanos que mueren anualmente víctimas de la tisis contraída sobre el mostrador, según la frase del profesor Landouzy. La despoblación progresiva de las más bellas regiones de la Francia constituye otro de los asustadores efectos del flagelo. Los datos últimamente publicados demuestran una disminución de 80.000 habitantes en 25 años, solamente en el departamento de Orne; de 75.000 en la Mancha du-

rante el mismo lapso de tiempo y 200.000 en la Normandía, también en el último cuarto de siglo.

Es evidente que en esas comarcas tan duramente castigadas, la raza declina visiblemente. En los nombrados departamentos de Orne y Mancha, el número de conscriptos reconocidos defectuosos para el servicio militar fué de 50 o/o el año 1903 y en los Vosgos el promedio ascendió a 60 o/o el mismo año. La estadística militar declara que el alcohol hace perder a Francia un cuerpo de ejército cada año.

Ante semejante desastre parecía lógico que la acción del estado no se hiciera esperar; pero, desgraciadamente, la obra oficial no puede dar resultados profícuos tratándose de males y vicios como el que detallo, profundamente arraigados en los hábitos y naturaleza de las gentes, empujadas hacia el flajelo por la miseria, los rigores del clima o la carencia de aducación moral. En Chile, donde es notorio se hace extremado abuso de la bebida, las leyes restringentes y prohibitivas, las penas rigurosamente aplicadas y todas las medidas de carácter legislativo y oficial, si no han fracasado, no han producido frutos visibles. En Francia existen varias causas que dificultan la represión del vicio, y la lucha se ha empeñado casi únicamente sobre la base del esfuerzo popular y la propaganda de los centros abstinentes y templarios.

Existen numerosas instituciones de esa clase, siendo actualmente la más caracterizada "la ligue national contre l'aleoolisme", constituída sobre el fusiónamiento reciente de la "union française antialeoolique" y la "société française de tempérance". Me permitiré describir a grandes rasgos los lineamientos y la obra de esa asociación tan benemérita, cuyo programa está inspirado en el bienestar de los hogares que amenaza destruir el vicio y en la patriótica labor de defender la salud pública.

"L'union antialeoolique" fué fundada hace diez años por el doctor Legrain, acompañado por un grupo

de hombres enérgicos. Como los franceses tienen el sentimiento de solidaridad tratándose de obras nacionales, el país respondió al llamado y la institución comenzó a hacer factibles sus propósitos. Una interesante publicación hecha por el comité dirigente nos permite traducir estos párrafos demostrativos de la importancia de la obra cometida:

“La sección principal, constituida en París, alcanzó de inmediato a reunir varios centenares de miembros y provocó la fundación, en provincias, de ligas locales que la secundaran. En poco tiempo la “union antialcoolique” llegó a ser una verdadera federación. De 300 miembros con que contaba en 1896, aumentó a 10.000 en 1898 y a 40.000 en 1900. En todos los puntos del territorio surgieron las secciones, sembrando la Francia entera de pequeños centros de resistencia al flagelo.

Alrededor de estos se agruparon las secciones “cadelles”, cuyo objeto fué interesar en la lucha a los niños de las escuelas públicas. Esta forma especial de nuestra propaganda ha dado incomparables resultados. De una docena de estos centros que existían a fines de 1896, el número llegó a 300 en 1898 y a 1200 en 1900. Actualmente la unión cuenta 1806 secciones con un total de 43.979 miembros.

Los trabajos de la sociedad sobre la infancia obtuvieron la cooperación de los directores de la instrucción pública, quienes instituyeron cursos y lecciones de propaganda antialcohólica en la confección de los nuevos programas escolares. Los frutos se han palpado en la considerable disminución del consumo de bebidas en los hogares, debido al ejemplo de los pequeños, que llegaban a transformarse en verdaderos apóstoles de la templanza”.

El comité directivo se ha dedicado también con especialidad a la obra entre los elementos del ejército, teniendo la satisfacción de ver formarse “ligas militares antialcohólicas” aún entre las tropas coloniales destacadas en el Tonkín, Madagascar y Orán. Tres-

cientos oficiales están actualmente en correspondencia con la sociedad, y entre las iniciativas que han obtenido brillantes resultados se cuenta el establecimiento de "cafés de temperancia, cafés del marino y salas del soldado", cuyo objeto es apartar a esos hombres de las tabernas y bodegones, donde suelen perder, no solamente sus horas libres, sino también su dinero y su salud.

Esta propaganda tan noblemente inspirada no podía menos de encontrar ecos simpáticos en las esferas del gobierno, y a ello se debe el decreto expedido por el ministerio de la guerra con fecha 3 de mayo de 1900, por el cual el general Gallifet prohibía de una manera absoluta la existencia de bebidas alcohólicas en las cantinas del ejército. Esta resolución fué confirmada por el sucesor de aquel ministro, general André, en junio de 1901.

De los centros obreros e industriales la obra ha sido extendida al personal de los ferrocarriles. Mr. Marabant, director general de los caminos de hierro del este, ha obtenido que se dieran más de cien conferencias en todas las líneas de su dependencia, y entre las ventajas obtenidas hasta hoy debe hacerse notar la resolución tomada por las sociedades cooperativas que funcionan bajo la dirección de la compañía del este, negándose a permitir la venta del alcohol en sus locales.

Los resultados de esta vasta y enérgica campaña comienzan, pues, a diseñarse vigorosamente. Solamente en la ciudad del Havre, se han expendido en los últimos cinco años, 11.789 hectólitros menos de alcohol y 470 casas de bebida han cerrado sus puertas. Respecto del consumo por habitante, en todo el país, los números señalan con su elocuencia irrefutable una disminución progresiva: en 1898 el promedio era de litros 5,08 por cabeza; en 1900 bajó a 4,88; en 1901 a 3,81 y en 1902 a 3,59.

La enseñanza que vive en estos hechos es ejemplar

y digna de estudio. Reconozco que en nuestro país no existe la necesidad de una campaña semejante, porque afortunadamente el alcoholismo no constituye un peligro extendido; pero no aprovechamos bastante las lecciones que nos vienen de las viejas sociedades respecto de la fuerza y valor que entrañan las iniciativas populares. Acostumbrados a esperarlo todo de la acción oficial, las pocas obras que se atreven a aparecer fuera de esa esfera son ahogadas por la indiferencia pública, olvidándose que en el seno de la muchedumbres es donde reside el secreto de la fuerza, y que la prosperidad de los grandes pueblos de la tierra tiene su fecundo germen en la acción y el pensamiento de las masas, yunques ciclópeos que forjan su destino bajo la mirada de los siglos.

El 10° congreso internacional contra el alcoholismo se reunió este año en Budapest, del 11 al 16 de septiembre, bajo la presidencia de Mr. Lukoes, ministro de instrucción pública de Hungría. Asistieron mil delegados a sus sesiones, entre los cuales figuraban algunas eminencias del mundo científico europeo. En un conceptuoso discurso, el doctor Hornel Chizer manifestó que las cárceles, los hospitales y los manicomios demuestran a los médicos que el alcohol es la fuente de todas las miserias humanas, físicas y morales; contra ese monstruo deben marchar unidos los filántropos de todos los pueblos civilizados. Por su parte, el doctor Delbrück hizo notar que los ataques dirigidos en los últimos años contra las ligas antialcohólicas por el capital interesado en la venta de las bebidas, es una prueba de que la templanza hace camino. Anexa al congreso figuró una exposición cuyo objeto fué ilustrar al público sobre la multitud de asuntos relacionados con el problema alcohólico. De un lado figuraban los productos susceptibles de reem-

plazar las bebidas peligrosas, los "affiches" y placas gráficas, etc., y de otro se expusieron diversos aparatos y modelos destinados a demostrar como se puede conciliar el alcoholismo con los intereses de los fabricantes, para lo cual solo bastaría emplear los extractos en su verdadero objeto, los usos industriales, y como fuente de energía mecánica.

En la segunda quincena de agosto tuvo lugar en Lieja otro congreso contra el alcoholismo, bajo la presidencia de Mr. Jules Le Jeune, ministro de estado de Bélgica y uno de los más ardorosos propagandistas de la abstinencia. Los informes publicados nos permiten proporcionar algunos datos reveladores del estado actual del problema en aquel país.

En 1843 el alcohol reportaba al estado 1.915.000 francos anuales: hoy produce 62.989.000. Como el uso de la bebida ha disminuido en los últimos tiempos, la explicación de ese aumento debe buscarse en la elevación de los impuestos. El parlamento belga dictó una ley con fecha 18 de febrero de 1903, decretando 155 francos de derechos, en vez de 100, sobre cada hectólitro de alcohol. La consecuencia de esa medida fué la baja inmediata de la producción, que cayó de 670.025 hectólitos en 1901 a 370.099 en 1903. El promedio del consumo, que era en años anteriores de litros 10,5 por cabeza, disminuyó en 1904 a 5,8, es decir, casi el 50 por ciento menos.

Una interesante revista francesa se ocupa de la obra que acaba de publicar en Leipzig el profesor Moebius, especialista en enfermedades nerviosas y notable escritor. En ese trabajo, el médico alemán analiza científicamente las causas de la extinción de la familia Goethe, y patentiza que el abuso del alcohol es la razón por la cual no existe en el mundo un solo descendiente del ilustre autor de "Fausto".

Goethe se casó en 1789 con Christiana Valpurgis, hija de un bebedor consumado que murió víctima de su vicio. Ella misma, sin ser precisamente alcoholista, tomaba más vino de lo que debiera. Padecía de ataques de epilepsia de cuyas resultas falleció a la edad de 52 años.

De los hijos que tuvo ese matrimonio, solo uno llegó a la edad madura. Fué Augusto Goethe, que acabó sus días en Roma, el año 1830, después de sufrir toda su vida una extraña enfermedad. La autopsia, realizada por tres médicos italianos, fué muy característica: el hígado estaba hipertrofiado, color vino blanco, y duro hasta el punto de no poder penetrar el cuchillo; el corazón y los pulmones no presentaban nada de extraordinario, pero en las cavidades del cráneo se hallaron graves alteraciones y los tejidos aparecieron espesos y sanguinolentos. El profesor Moebius atribuye la muerte a una parálisis súbita a causa del alcoholismo. Este hijo del gran Goethe tuvo tres descendientes que murieron siendo niños. Aquí concluyó la raza.

El sabio médico hace notar la degeneración progresiva que avanza hasta la extinción completa. El bisabuelo de Goethe tuvo once hijos; el abuelo, ocho; el padre, seis; él mismo, cinco, y su hijo, tres, que acabaron sin posteridad.

La argumentación de esa obra es tan interesante como sólida, pero entristece el ánimo pensar como se han extinguido, a causa de un miserable vicio, los descendientes del más brillante genio de Alemania.

El estado y la iglesia

París, abril de 1906.

Para el mundo moderno, la sanción de la ley que separa las iglesias del estado no constituye ciertamente una novedad, y hasta cierto punto es de extrañarse que ese principio no esté incorporado en nuestra época a la legislación universal. Pero la enseñanza de aquel hecho se encuentra en la lucha y la ruptura que se han producido entre las exigencias morales y sociales de los pueblos en marcha y las vetustas tradiciones que pretenden perpetuarse dando por única razón el pretexto de su vieja existencia. En ese sentido Francia ha dado un ejemplo solemne a las sociedades políticas maniatadas por la rutina.

Ha habido, en efecto, en estos últimos años, un esfuerzo sugestivo y admirable. Se ha roto una tradición de diez o doce siglos, encastillada por la invariabilidad de los dogmas, defendida por una serie de creencias arraigadas, legalizada por un concordato y sostenida por una institución universalmente poderosa. Y el hecho se ha producido en un pueblo latino, es decir, impresionable y nervioso, más acostumbrado a sentir con el corazón que a pensar con la cabeza. Hay que admitir una vez más "la intervención de lo maravilloso"? No: simplemente hay que reconocer que el progreso humano no se ha limitado al vapor y la electricidad; que hay también un marcado progreso moral; que la sociedad civil consolida sus fueros; y que la autoridad de la ley se ha impuesto sobre toda otra con el poder que en principio le pertenece.

El legislador dictó una ley y el pontífice la condenó. Sobrevino el conflicto ante los ojos del mundo que ha visto y juzgado; y a pesar del anatema y a despecho de las reacciones coaligadas, la ley se aplicó. Es la confirmación de las conquistas sociales.

Las ideas y la personalidad de Waldeck-Rousseau fueron la piedra angular de toda esta obra. No escapó a la penetración de aquel estadista que las grandes reformas sociales no podían implantarse en Francia, ni en ninguna parte, sino comenzando por libertar a la nación de la influencia preponderante del ultramonismo.

Las instituciones católico-romanas habían alcanzado un poder amenazador. Su número, sus riquezas, los privilegios chocantes de que disponían, la infancia acaparada en sus escuelas, la explotación de pingües industrias y su espíritu marcadamente teocrático, las habían señalado a la atención de republicanos y liberales como un peligro que minaba hasta las mismas instituciones democráticas.

Había una conspiración permanente contra la república, que por su esencia misma excluye las tendencias aristócratas y conservadoras de la iglesia.

El gabinete presidido por Waldeck ha sido llamado el "ministerio de la defensa republicana". Fué compuesto por varios jefes de grupos parlamentarios. Su obra empezó por ser eliminadora. Se sancionó la ley de asociaciones, prudente y severa, que suprimió los privilegios y reglamentó la enseñanza. El orgullo ultramontano se negó a acatarla, pero la mano de la autoridad entró entonces en juego con energía ejemplar: treinta mil escuelas fueron clausuradas y doce o catorce mil congregaciones traspusieron la frontera, camino del destierro.

El espíritu público comprendió la reforma y la aceptó. Hay dos hechos que evidencian que la obra del ministerio Waldeck fué acompañada por la opinión: el primero lo constituye la larga duración de

ese gabinete, sin igual en la historia de la tercera república; el segundo, el estruendoso triunfo alcanzado por las izquierdas en las elecciones de 1902. El tiempo era pues, llegado y solo faltaba aplicar el hacha a la raíz de los árboles.

Entonces apareció en escena esa personalidad formidable y pujante que se había forjado en el yunque de los grandes combates y que parece tener la misión de hacer triunfar las grandes ideas. Espíritu de viejo atleta, avezado a todos los golpes. M. Emile Combes era el piloto político capaz de conducir aquella nave entre los peligros de la borrasca. Se colocó el timón en sus manos y a la cabeza del gobierno fué durante tres años el blanco de todos los ataques, el objeto de todos los anatemas, el punto de mira de todas las acusaciones que hizo llover él la conjuración de las pasiones y los intereses coaligados.

Las circunstancias eligieron ese hombre. Luchador por instinto y por escuela, Combes une a sus eternos apetitos de batalla un talento especialmente preparado para el momento histórico en que actuó. Es el hombre-acción que necesita el ambiente de las responsabilidades y de las crisis para mostrar su verdadera talla. En ese terreno no le conozco sino un igual: Georges Clemenceau, senador del Var y actual ministro del interior. Son temibles. Clemenceau ha hecho caer ocho o diez ministerios en Francia. La revisión del proceso Dreyfus se debe a él. Fué desde las columnas de su diario "L'Aurore", que Zola lanzó el rayo del "J'accuse". A Emile Combes lo he visto muchas veces, en las sesiones tumultuosas de la cámara de diputados, pulverizar las interpelaciones violentas de la oposición, sereno y firme como un general que juega el éxito de una batalla. Miraba fijamente a sus adversarios desde lo alto de la tribuna, respondía con una frase granítica a cada interrupción, y extendiendo el puño sobre la cabeza de quinientos diputados, hacía resonar sus palabras como

martillazos. Aquel viejo de setenta años me parecía un coloso, en esa fiera actitud de defensa, en lucha abierta por un elevado ideal de libertad y justicia social.

Ultimamente las cosas se precipitaron a causa de la intransigencia del papa Pío X, que ha hecho padecer un serio fracaso a la diplomacia vaticana. Se recordará que en la primavera de 1904 el presidente Loubet hizo un viaje a Italia y una visita oficial al rey Víctor Manuel. El hecho provocó un estallido en la corte pontificia, que consideró lastimadas las reivindicaciones del poder temporal y dirigió, con ese motivo, una protesta a las cancillerías europeas. La nota fué un verdadero brulote diplomático, y temeroso de las represalias, el cardenal Merry del Val envió al gobierno francés la protesta corregida y alterada. Doble error. Las potencias no respondieron y en París el diputado Jaurés, leader del partido socialista, descubrió la mistificación y publicó en "L'Humanité" la nota auténtica.

Qué memorable sesión parlamentaria la que siguió esa tarde a la revelación! El anfiteatro y los palcos del palacio de Borbón estaban repletos de concurrencia, lo más granado de la aristocracia intelectual y del mundo político parisién. Había ocho o diez interpelaciones sobre la mesa del presidente Brisson. El ambiente se caldeó de inmediato. Los oradores se sucedían, y a las acusaciones violentas de los conservadores reemplazaban los discursos de los radicales, exigiendo del gobierno la represalia, en nombre de la dignidad nacional. A las seis de la tarde M. Delcassé, ministro de negocios extranjeros, expuso la resolución del gabinete: el retiro del embajador francés ante el Vaticano y la ruptura diplomática con el papa. Nuevos ataques de la oposición enardecida y nuevas solicitaciones del bloque parlamentario, que deseaba a toda costa cortar por lo sano de una vez por todas. Por fin, a las nueve de la noche, después de siete ho-

ras de sesión, M. Combes decidió la jornada, declarando que iba a denunciar el concordato y a presentar un proyecto separando la iglesia del estado. La votación dió cuatrocientos sufragios al gobierno, entre las vociferaciones del centro y la derecha y los aplausos frenéticos de las izquierdas.

Qué es el concordato? Cuáles son su origen y sus principales disposiciones?

Esa convención político-religiosa venía rigiendo las relaciones entre Francia y la iglesia hacía más de un siglo. La revolución francesa, al conmover todo el viejo régimen, había echado al fuego los antiguos pactos de los reyes con el pontificado y procedido a la venta de los bienes eclesiásticos, en beneficio de la nación. Algunos años más tarde, el general Bonaparte, siendo primer cónsul, celebró un tratado con el papa Pío VII, tratado que lleva la fecha del 15 de julio de 1801. Además de las disposiciones concernientes al nombramiento de arzobispos y otros funcionarios eclesiásticos, ese concordato establecía en sus cláusulas 13 y 14, la renuncia por parte de la iglesia a todo derecho sobre los bienes confiscados, y por parte del estado el compromiso de pagar a los obispos y párrocos una cantidad anual determinada.

Un simple análisis del pacto demuestra que el Vaticano no tiene razón legal en que apoyar su protesta por la ruptura. En primer lugar, las leyes se hacen de acuerdo con las épocas, y se reforman o se suprimen cuando las necesidades de los tiempos nuevos así lo exigen; y en segundo lugar, es evidente que el espíritu que dictó el artículo 14 se inspiraba en el deseo de compensar a la iglesia por la confiscación que le impusieron las necesidades o las violencias de la revolución. Ahora bien, el estado pagó lo estipulado durante un siglo, y las sumas vertidas sobrepasan el valor

de los bienes apropiados. Puede el Vaticano reclamar en buen derecho la continuación indefinida de esa deuda, ya llenada con creces?

La ley de separación sancionada ha poco, fué presentada a estudio de las cámaras en enero del año pasado. Su consideración y discusión duraron once meses y en ella intervinieron los jurisconsultos más eminentes de Francia. Consta de cuarenta y cuatro artículos contenidos en seis títulos y está basada en estos dos principios: I. La república asegura la libertad de conciencia: II. La república no reconoce, no paga (salario) ni subvenciona ningún culto''.

La separación del estado y la iglesia era en Francia una exigencia ineludible. Un país que pretende dar al mundo el ejemplo de todos los progresos, estaba obligado a incorporar a su legislación esa ley de libertad, so pena de perder en el concepto de la humanidad el título a que aspira.

La eficacia de las leyes es tanto más segura cuanto más hondo sea su apoyo en el espíritu público. La escuela de la democracia es la valla a la autoridad absoluta de la iglesia, pero no hay que creer que el ultramontanismo abandonará el terreno de la liza; y el peligro de la reacción vivirá latente mientras haya conciencias sugestionadas por el error y en tanto pese sobre el alma del pueblo el plomo de la tradición retardataria.

Afortunadamente el siglo XX se caracteriza por un gran movimiento de regeneración.

La verdad va penetrando la conciencia de los seres y de las razas. En el espíritu de las instituciones, en el carácter de los humanos, en la constitución de las familias y en el nuevo concepto de la vida, se señala una aproximación vigorosa hacia el ideal. El hombre se siente fatigado de falsos espejismos y busca una orientación definitiva que lo acerque a la paz que sobrepuja todo entendimiento.

Y esa paz se ofrece al precio de una nueva batalla,

contra el despotismo de las supersticiones y contra los malvados que pretenden ejercer la dictadura de las almas.

A medida que los tiempos avanzan, la humanidad elimina sus tiranos y sus errores. En las viejas épocas gobernó la fuerza, en las que vendrán primará el derecho. Nuestro siglo es de transición, y por consiguiente, de combate. Es por eso que en el escenario mundial los hombres de acción juegan un rol superior al de los críticos. La obra del presente está en manos de los varones prosáicos y fuertes que enfrenan las reacciones, y en el cerebro del codificador y el estadista que establecen la sociedad sobre los fundamentos de la verdad, única capaz de hacer libres a los hombres y a los pueblos.

La edad media del pensamiento ya ha pasado y en el inmenso cuadrante del espíritu universal va a sonar la hora de las compensaciones.

Las teorías igualitarias y el gobierno de las turbas

París, diciembre de 1908.

Dirigidas siempre por ese espíritu práctico que preside todas las manifestaciones de su vida, las sociedades anglo-sajonas no han perseguido nunca quimeras ni ficciones. Mientras los pueblos latinos se sacrificaban por implantar el principio de la "igualdad", los sajones, desdeñando la prosecución de esa quimera, cimentaban la "libertad" en sus dominios. Esa ha sido la divergencia fundamental de las dos razas en materia de instituciones. Así, en Francia, la obsesión permanente de las masas ha sido la anulación de privilegios, la implantación de la república, no como la síntesis más positiva de la libertad sino como la "fórmula niveladora" entre los hombres. En Inglaterra se ha buscado con tesón la realización del ideal de libertad para el individuo, para el municipio y para la nación. No hay traducción para el "self-government".

La independencia personal es la tendencia más fuertemente acentuada del espíritu británico. Un inglés se encoge de hombros si se le informa que su vecino es vizconde. En cambio, la preocupación de que todos seamos iguales es la característica del espíritu latino. La guillotina se inventó para el uso de los que llevaban títulos nobiliarios.

Esa teoría de la igualdad fué engendrada por la filosofía del siglo XVIII para aniquilar la casta aristocrática y reemplazar sus privilegios por una soberanía popular que nunca se ha hecho práctica en la tie-

rra de su origen. La filosofía revolucionaria no tuvo en cuenta para nada la constitución mental de la raza a que se dirigía, ni la tradición monárquica arraigada en el alma de las multitudes. Fué un reto político a la reyecía absoluta, que halló ecos poderosos en las masas oprimidas y las llevó a desbordar su desesperación sobre amos incapaces de comprender el progreso de los tiempos y de renunciar a orgullos y privilegios irritantes.

La revolución francesa consagró la ficción igualitaria y la impuso por mano del verdugo en las orgías de sangre del 93; las turbas adueñadas del poder la sostuvieron con delirio, seducidas por la idea de ser iguales a sus amos de ayer; y diez años más tarde esas turbas elevaron al trono, entre aclamaciones frenéticas, al vencedor de las Pirámides, que formaba una nueva nobleza con los idealistas intransigentes de la convención.

Tal fué el génesis de la teoría igualitaria que las sociedades latinas, en su mayoría, han fijado en su espíritu como una conquista invalorable de los tiempos modernos.

Para cimentarla, los hombres de estado idearon la escuela pública, la instrucción idéntica, como medio de nivelar los intelectos y destruir desde la infancia todo germen de supremacía. Grande y generosa como institución, esa educación de las democracias se encarga de evidenciar más y más las diferencias mentales profundas entre los hombres.

Con el idioma, la literatura y el arte, las instituciones deben ser el fruto directo de la raza y del ambiente que las engendra. La república carecería de base en Inglaterra, donde la opinión conservadora vé en el trono la garantía de su estabilidad; y la monarquía sería imposible de establecer en nuestra América, donde la sola suposición del cetro sublevaría la conciencia nativa.

Así también la teoría igualitaria, que ha pasado en

el alma latina al estado de sentimiento, es imposible de desterrar y habrá que sufrir inexorablemente sus consecuencias. "No importa que sea ella una irrealizable quimera — dice Gustavo Le Bon al demostrarlo— la razón es impotente para transformar las convicciones de los hombres. Solo la experiencia puede evidenciar los peligros de las quimeras. Y los sueños igualitarios no serán menos que las viejas ilusiones que nos condujeron antes, hasta que se rompan contra la roca inquebrantable de las desigualdades naturales".

El socialismo constituye la última etapa de las sociedades decadentes.

El régimen socialista significa la anulación de la personalidad humana, que desaparece en un inmenso rebaño regimentado bajo la ley de la igualdad absoluta.

Dentro del sistema socialista no hay individualidades, hay masas; no hay hombres, hay colectividades; no hay propietarios, hay monopolios; no hay iniciativas particulares, hay absorción de todas las actividades por la muchedumbre anónima; no hay lucha, estímulos ni recompensas: hay hartazgo de tranquilidad, poco trabajo y pipa después de comer. Todo ello a costa de la abdicación del valer personal, del renunciamento al empuje y al éxito y del aniquilamiento total del individualismo.

Ese individualismo es, en cambio, una expresión de energía y virilidad, una condensación de aptitudes con que el hombre de voluntad se orienta en la vida y se abre paso a fuerza de hombro entre sus obstáculos.

El individuo es soberano, personalmente responsable, dueño de sus actos, y su libertad no debe tener más límites que el derecho de los otros. Es doctrina de pueblos fuertes y de hombres sanos. Es la llave de

la grandeza anglo-sajona y el primer derivado de su carácter.

El socialismo de estado hace de este el único industrial, el único banquero, el solo productor, el exclusivo propietario. Anula toda competencia, imprimiendo a la existencia una monotonía desesperante y condenando al talento y al carácter a morirse de fastidio.

Las doctrinas socialistas han seducido lógicamente a las multitudes, porque representan para ellas un mejoramiento que son incapaces de alcanzar por el esfuerzo propio. Esto es muy de lamentarse, pero nadie es responsable de las desigualdades impuestas por las leyes naturales. Los apóstoles del nuevo dogma no se conforman. Los no propietarios tratan de que la propiedad desaparezca. La califican de robo. Buscan el despojo de los que poseen. Se basan en una verdad dolorosa: el destino triste de las mayorías humanas, que ellos achacan a una injusta organización social.

La faz simpática de esa propaganda está en el legítimo anhelo de mejoramiento para las clases obreras. Pero constatemos igualmente que ese mejoramiento quiere conseguirse a base de despojos absurdos. La abolición de la propiedad individual, que Carlos Marx proclamó como tesis fundamental del socialismo, tiene su origen en dos principios erróneos: el primero, de que la tierra hace parte, como el aire y el sol, del medio natural a que todos los hombres tienen derecho; y el segundo, de la igualdad absoluta de todos los seres. La primera afirmación no considera el derecho adquirido por la suma de trabajo personal que cada propietario ha arrojado sobre los surcos, desde la transformación de la sociedad pastora hasta nuestros días; y la segunda constituye precisamente el craso error que conducirá al sistema socialista a un irremediable fracaso al día siguiente de su aparente triunfo.

Hay un abismo mental entre el hotentote y el latino, entre el árabe y el eslavo. Hay una diferencia neta entre las capas de población de un mismo país. En nuestra época, bajo el régimen republicano, esa diferencia no es el resultado de privilegios de castas: es el fruto del desnivel moral y mental impuesto por la naturaleza, que hace a los hombres inteligentes u obtusos, geniales o imbéciles, afeminados o viriles, haraganes o laboriosos, naturalmente buenos o criminales natos. La influencia religiosa y el cultivo intelectual pueden modificar la índole, pero no transformar el sistema nervioso ni las células cerebrales, donde radica el secreto de las diferencias humanas.

En materia de instituciones, el régimen republicano es el sistema destinado a prevalecer sobre la tierra. Hace al hombre soberano y consagra solemnemente la aristocracia de la virtud y del talento. Su inconveniente único consiste en que exige un cierto grado de cultura política en las masas. Sin esa condición las democracias son presa inevitable de los audaces sin escrúpulos, que usurpan las funciones reservadas a los patricios y a los ciudadanos de talla consular.

La república es el gobierno de todos por los mejores. La demagogía socialista impone al gobierno de las turbas. Su consecuencia lógica es el cumplimiento de la profecía de Herbert Spencer: la reacción brutal, el retroceso al despotismo militar y al régimen de la mano de hierro.

El socialismo hace camino en los países del Plata, donde no se alzado todavía una voz denunciadora de sus absurdos y sus peligros. La ignorancia de unos y la pereza de otros han dado paso franco a esa propaganda de desquicio. Los hombres ilustrados y las generaciones que se forman parecen contenidos por la fórmula seductriz que lleva en sus banderas, anunciando "aspiraciones a lo mejor, derecho nuevo, doctrinas avanzadas..." Son meras expresiones que el lirismo

enfermizo de la raza latina opone a los ideales prácticos de los pueblos anglo-sajones.

En esta hora de la historia, que se syndica por la ausencia de orientaciones definidas, pero que está fermentando la más trágica de las convulsiones sociales y políticas que ha experimentado el mundo, los varones de acción y pensamiento debieran estar de pie sobre las rocas, como profetas de un derecho que ha menester de armarse a la vez contra las demagogías disolventes y contra los asaltos de la fuerza.

El culto del árbol

París, mayo de 1910.

El viajero que recorre las campiñas de la Europa central, desde las estribaciones del Pirineo hasta los contrafuertes de Polonia, no puede menos que sentirse admirado del espectáculo maravilloso que se extiende a los flancos del tren, como un vasto cinematógrafo viviente. Florestas inmensas, ejércitos de árboles inmóviles cubren las llanuras de un verde uniforme. Las vertientes de las montañas, las márgenes de los ríos, los suburbios de las ciudades y aldeas y hasta la vecindad de las chozas campesinas, aparecen cubiertas de árboles diversos que la mano del hombre ha plantado o conservado como un tesoro inapreciable. Se ve en esa continuidad de ramas, de troncos y de hojas, todo un poema de vida, todo un culto racional e inteligente. En esos pueblos el árbol es la evidencia de la cultura. Para penetrarse de la civilización europea no hay necesidad de visitar las ciudades. Basta conocer las campiñas.

Interróguese a los hombres de ocupaciones más distintas y de condiciones sociales más diversas sobre la causa de ese culto, y en cada una de sus respuestas se encontrará una razón de subsistencia, un deseo de conservación, un móvil de utilidad, un motivo de progreso, un argumento científico, un deleite de artista. El artesano y el industrial, el agricultor y el hacendado, ven en el bosque su defensa y su riqueza. Se le ama como un fragmento de la patria, como

el guardián del hogar común, como el testigo de sus secretos, como el protector de diez generaciones.

“El árbol, dirá el industrial, es el verdadero pan de la industria. Mirad rápidamente a vuestro alrededor y decidme de donde han salido los muebles, el pavimento, los tranvías, los postes, las ventanas y puertas, los carros, los puentes y mil cosas más, sino de la madera. Ella da vida a miles de fábricas y a millones de obreros. Es la fuente más fecunda de la producción de un pueblo. Es la gran distribuidora de salarios.”

“A los lados del camino, dirá a su vez el habitante de las campiñas, los árboles me protejen contra los ardores del sol y me dan un abrigo momentáneo contra la lluvia. Alrededor de mis plantaciones ellos moderan los vientos fríos, protegen los sembrados tiernos y llaman a millares de pájaros que destruyen los insectos y gusanos dañosos. En el otoño sus hojas secas contribuyen a abonar la tierra; y cuando en la vejez, “cuando después de haber plantado diez árboles yo abato uno”, todavía su tronco me sirve, en los meses de invierno, para darme el fuego y el calor indispensables a mi hogar.”

“El árbol, agregará el montañés en los Pirineos o de los Alpes, me enriquece más que la ganadería al habitante de los llanos. Un árbol resinoso adquiere en un siglo un valor de 50 francos, lo que hace 50 céntimos por año. Si hay 200 en una hectárea, me producen 100 francos anuales por hectárea, o sean 100.000 francos en un terreno de mil hectáreas. Y eso calculando bajo. En las vertientes del Jura hay pinos de cuatro metros de base que se venden a 500 francos. Las regiones que los producen se tasan a 30.000 francos la hectárea.”

Llevando la cuestión al terreno que nos interesa directamente—vale decir a nuestro país—debemos

empezar por constatar una diferencia bastante generalizada respecto del cultivo de árboles y de su utilidad inmediata. La fundación de la escuela de agronomía y agricultura y los generosos esfuerzos de algunos propietarios, como el señor Antonio Lussich, que ha transformado la aridez de Punta Ballena en un paraíso fértil, son indudablemente pasos dados hacia el gran objeto, pero son también excepciones de la indolencia general. Puede afirmarse que no existe en la masa el amor al árbol y al bosque, ni tampoco un concepto del rol esencial que las sociedades vegetales desempeñan en la naturaleza y de sus relaciones estrechas con las sociedades humanas.

Pues bien, esa indiferencia o ignorancia tienen que cesar, o el país tendrá que resentirse antes de mucho. Tratándose de problemas vitales el silencio constituye una culpa. En un pueblo de ganaderos y agricultores, la multiplicación de los bosques es una condición primordial de subsistencia y una exigencia indispensable para la producción.

Nuestros ganados criollos de otras épocas se han transformado gracias a la cruce con animales superiores. Ese refinamiento de las razas implica hoy cuidados y precauciones que no eran necesarios hace 20 o 30 años. Por otra parte, la agricultura utiliza nuevas zonas que pasan a ser dominio del arado. Y mientras se emplean de ese modo capitales y energías con fines evidentemente loables, nuestros hombres de campo no tratan de modificar a la vez las condiciones de la naturaleza y en primer lugar el clima del país.

No se han preguntado los habitantes de la campaña sobre la causa de esas secas prolongadas, que son el azote de los ganados, que resecan la tierra hasta agrietarla, convierten los sembrados en hojarasca, amenazan de ruina las cosechas y reducen el caudal de los arroyos hasta mostrar las piedras de su lecho?

Saben los paisanos de nuestro país que la plaga de la seca no existiría, si cada uno de ellos se constitu-

yera en un guardián celoso de los montes y en un sembrador de árboles?

Parece elemental hablar de la influencia decisiva de las selvas sobre la temperatura y sobre el régimen de las lluvias. Quién no ha constatado que los extremos del verano y del invierno se atenúan en las proximidades de los montes? La regularización de la temperatura se efectúa como en la vecindad del mar, cuya influencia mantiene una constancia bienhechora en las condiciones meteorológicas, tan favorables a la salud del hombre como a la prosperidad de sus cultivos.

Esa influencia se obtiene igualmente sobre el régimen de las lluvias. La atmósfera que rodea las florestas está generalmente húmeda. Después de la lluvia, el agua conservada bajo la sombra de los árboles sufre una evaporación lenta y continua. Por otra parte, las raíces buscan en las capas profundas de la tierra el agua necesaria a la formación de los tejidos del árbol. Las hojas se encargan luego de devolver una parte a la atmósfera. La humedad que resulta de este trabajo inteligente de la naturaleza se resuelve en lluvia, tanto más copiosa cuanto más abundante es el vapor de agua contenido en las capas atmosféricas. Un simple descenso de la temperatura provoca una condensación diluvial. De ahí viene el dicho popular “de que los bosques llaman las lluvias”.

Las llanuras inmensas de la Rusia meridional se han salvado de la ruina de las sequías estivales gracias a la selvas que la previsión de los propietarios ha hecho crecer en esas tierras que amenazaban esterilizarse.

Con ejemplos a la vista, confesemos que las secas son en nuestros días sinónimo de incuria, atraso e

ignorancia. Cuáles son, en efecto, los países que se han malogrado para la agricultura? La Persia, el Asia menor, la Siria, la Argelia, el sud de España, comarcas habitadas por razas indolentes. “Las flores—dice Chateaubriand—preceden a los pueblos: los desiertos los siguen”.

Nuestro país y nuestra raza no pueden merecer ese destino. Constituimos un pueblo laborioso, inteligente y progresista, a quien los sacudimientos propios de los períodos de formación han obstaculizado un desenvolvimiento más rápido, pero que colocado ya en la esfera de una evolución superior, debe completar y consolidar sus ventajosas condiciones naturales e incorporar a su organismo joven la experiencia de las sociedades maduras. El surgimiento de bosques y florestas daría un desarrollo intensivo a la producción nacional, mejoraría sus cualidades y eliminaría un verdadero peligro para el porvenir. Hay que conservar nuestras selvas y aumentarlas, ya que felizmente nos sobra territorio, y hace brotar millones de árboles en esos vastos espacios desolados que aparecen ante el viajero que cruza la campaña. Si así se hiciera, el país cosecharía antes de una década resultados fecundos.

Pero el amor al árbol no se inculca en un día. Hay que dirigir la palabra a las generaciones que crecen. Hay que hablar al alma de esas muchedumbres infantiles que llenan las mil escuelas con que cuenta la república y enseñarles que cada árbol es un fragmento de riqueza, una promesa de futuras industrias, un seguro para el povenir, un protector del jardín y de la casa, un testigo de la historia patria y un amigo del hombre. Ello puede obtenerse divulgando alguna obra al alcance de su mente, como las que abundan en Francia, Suiza y Alemania; instituyendo sociedades escolares silvo-pastorales, creando “fiestas del árbol”, consagradas en casi todo el mundo, y distribuyendo premios a los pequeños plantadores. Habremos

dado un gran paso en la educación pública y en la salud moral de la nación, el día en que cada ciudadano conozca toda la verdad del proverbio árabe: «El que ha plantado un árbol no ha pasado en vano sobre la tierra».

LITERATURA Y CRITICA

Los viejos ciclos de la literatura francesa

París, septiembre de 1908.

En sus orígenes, tres factores concurren a la formación de la raza y de la lengua francesas: la conquista romana, que redujo los dialectos galo-célticos al fondo de las selvas e hizo del latín popular la lengua de la Galia; la invasión de los bárbaros, que transformó ese idioma y moduló el romance entre los restos de la civilización galo-romana; y la inmigración de los francos, que precipitó la evolución de la lengua naciente al modificar con la fusión de sus elementos la constitución de aquella raza.

La vida nacional francesa comenzó a fines del siglo X, al establecerse la dinastía de los Capetos. La tierra feudal se erizó de castillos; los arquitectos empezaron a levantar las primeras iglesias abovedadas, y se inició el vagabundeo de los trovadores. Allí están los orígenes de la literatura en Francia. Durante los mil años transcurridos ella ha seguido fielmente las formas sucesivas de la evolución social y política, marchando sobre la curva de la historia. Sus faces admirables se adaptan a cada uno de los momentos de aquel pueblo. Epica, lírica, psicológica, revolucionaria, la producción intelectual ha retratado las costumbres, las aspiraciones, las necesidades y las victorias de la sociedad que la engendraba.

El primer período se remonta a la época de las supersticiones y las leyendas. La edad media había dividido las colectividades embrionarias en cuatro

grupos: la iglesia todopoderosa, la aristocracia feudal, la burguesía egoísta y la masa de los siervos. El primer grupo, monjes u obispos, atrincherados en su ignorancia, no contribuyen a la historia de aquellos siglos oscuros que con su participación en el atentado de las cruzadas; el cuarto, los siervos y paisanos, apiñados al pie de los castillos, trabajan la tierra feudal sin quejas ni aspiraciones aparentes; pero en las fortalezas almenadas, tras los puentes levadizos y los torreones amenazantes, el segundo grupo, la nobleza guerrera, cumple su misión con gallardía, creando monumentos literarios en los días de tregua. Los otros, los burgueses, crédulos, económicos, sin ambiciones y sin gloria, dejan también en la producción de la edad media una página cómica y simple, huella perfecta de su vida.

Reflejo de su tiempo, la literatura de los señores feudales tenía que ser heroica. Siendo la guerra el estado normal y el coraje la virtud más elevada, los relatos y canciones guerreras llenaron el ambiente. La materia épica formó la epopeya. Alrededor de un nudo histórico la leyenda transfiguraba los hombres. Así la canción de Rolando presenta a Carlomagno viejo de doscientos años; las derrotas no son admisibles sino por la intervención de traidores; los sentimientos delicados no figuran nunca en estrofas consagradas por entero al elogio del músculo y la hazaña.

El tipo bizarramente simpático del trovador llena el escenario poético del feudalismo medioeval. No vamos a seguirlo en los festines señoriales, ni en sus peregrinaciones nocturnas, ni en sus amores melancólicos. Por sus obras nos apercibimos de sus tendencias y del medio ambiente que los forma. Existen tres tipos diferentes que permiten señalar tres temperamentos distintos.

El "troubador" del mediodía es galano, satírico, complicado. Está familiarizado con la combinación de

los ritmos. El tema preferido de sus composiciones es el amor. Quién no vé en ese poeta idealista a un representante de la civilización del mediodía? El contacto grosero de los germanos no logró borrar los lejanos refinamientos de los griegos, ni impedir la influencia de la cultura árabe. En medio de las tinieblas circundantes se vieron florecer las cortes de Eleonora de Aquitania y Adelaida de Tolosa, que salvaron del eclipse la luminosidad del alma francesa.

La influencia de la tradición se encuentra en los "trouvères" del norte y de Bretaña. El primero está demasiado próximo a la Germania y harto imbuido de su espíritu para no revelar en sus producciones la admiración por el valor brutal y el gusto por las leyendas misteriosas del Rhín. El segundo, el bretón hereda de los celtas la imaginación maravillosa y la fecundidad para ciertos temas del sentimiento. La leyenda del rey Arturo y los romances de la Tabla Redonda permiten a los filólogos de nuestros días investigar, no ya solo el ambiente del siglo XI, sino también la vieja poesía celta, de la que esas muestras son una lógica continuación.

La lectura de las canciones del gesto, de los romances guerreros y de las producciones místicas de aquel ciclo, basta para fijar en el espíritu del hombre pensador la impresión neta de las tendencias dominatrices. Dos ideas centrales, dos principios fuertes gobernaron el ambiente medioeval. Ellos hicieron la grandeza de aquellos siglos oscuros. Fueron el sentimiento del honor, cuya concepción nunca ha sido en el mundo tan clara como entonces—que daba a la palabra empeñada todo el valor de un juramento inviolable—y el sentimiento de la fe, absoluta, ciega, sin restricciones y sin dudas, tan admirable como inútil, que arrastraba a las masas a reconquistar sepulcros vacíos. Esas fueron las dos grandes fuentes inspiratrices de la literatura naciente.

La expansión creadora de ese tiempo llegó a dar

formas a las piedras. El arte se inspiró también en esos dos principios fundamentales. Sólo la fe y la fuerza tuvieron monumentos. La arquitectura creó el estilo románico, predecesor de las catedrales góticas, y alzó las masas imponentes de los castillos feudales. Fueron el santuario de la superstición y la guarida del caudillaje heroico y semi-bárbaro. Fueron símbolos exactos de la época.

De la narración épica se desprendió la historia.

El gran movimiento de curiosidad que produjeron las cruzadas, impelió a Villehardouin a escribir su "Conquista de Constantinopla". Gran señor, diplomático y soldado, su erudición debió ser, sin embargo, rudimentaria. En sus manos la historia fué una mera crónica, un relato simple de los hechos en que figuró como testigo y como actor. No es capaz de inducir las causas de los acontecimientos ni deducir sus consecuencias. Su estilo es claro y vigoroso, revelando en su sequedad al hombre de acción que va derecho al fin.

Otro cruzado, el "sire" de Joinville, escribiendo cien años más tarde la "Vida de San Luis", legó a la literatura de su lengua la primera obra biográfica. Más que guerrero, Joinville fué hombre piadoso. Cerebro de pocas ideas, escribió "de la abundancia del corazón". En él, como en los otros cronistas de su tiempo, se sorprende el lector de la profunda ingenuidad que revelan aquellas almas medioevales. Su sinceridad da testimonio de verdad. Ese fondo infantil es común a las sociedades primitivas. El contacto con el peligro, la ignorancia de los refinamientos, la credulidad en el milagro, dejan en los seres un sedimento de candor que parece ser el complemento obligado de las cualidades viriles.

Ese ambiente del siglo XIV formó todavía un tipo de escritor cuya huella quedó impresa en la historia literaria de Francia por la pintura bizarra de su tiempo y por el ejemplo de su vida vagabunda y ex-

traña. Es Froissart, el autor de las "Grandes Crónicas". Sus defectos y vacíos constituyen precisamente su mérito. El espíritu aventurero y curioso de este hombre lo llevó a tomar como única fuente de información sus indagaciones personales, sus "entreviús", sus viajes anecdóticos por todas las carreteras de Europa. Dió en cuatro volúmenes la historia de aquellos lustros sangrientos. Fiel hijo de su siglo, narró los grandes hechos militares, los sitios, las campañas, limitando sus descripciones a los hechos de armas. Era aquella una religión en sus contemporáneos. Se diferencia de Villehardouin en que relata lo que oye y no lo que presencia. Puede proclamarse a Froissart el creador del reportaje. Su similitud con los reporters de la prensa actual consiste en la exageración y la falta de sentido crítico.

Felipe de Comynnes es de otra escuela. Formado en la corte de Luis XI, conservó su posición de favorito, más por la suma de talento que desplegara al servicio de la monarquía absoluta que por su sumisión personal al despotismo del rey-amo. Fué un pensador, un estadista, un diplomático hábil y el primer hombre que, en Francia, al hacer historia, se dió cuenta de que esa ciencia no es una mera narración de sucesos. En sus "Memorias", Comynnes saca consecuencias de los hechos y sabe buscar las leyes que los rigen. Su personalidad tiene, pues, un valor doble: el que realza su talla de hombre público al servicio de los intereses de su país, bajo el cetro monárquico, y el que le señala como el creador del método filosófico en las generalizaciones de la historia.

Los siglos XIV y XV fueron un período de transición en todos los órdenes. Las manifestaciones humanas sufren una transformación durante su pasaje. El feudalismo rinde su autonomía ante la corona de

la monarquía absoluta. La inspiración caballeresca se deseca y las viejas formas literarias, agotadas, parecen implorar fuentes nuevas que vivifiquen su espíritu. La poesía desaparece y el rudo prosaísmo de las almas solo contempla los horizontes rojos de la guerra de Cien Años. La peste negra de 1348 sepulta la cuarta parte de los habitantes del mundo conocido. La iglesia católica se corrompe; el lujo y las orgías de sus príncipes llaman a gritos la cólera de los reformadores. Los cismas continuos, los anatemas de los antipapas, la venta pública de las indulgencias, todo conspira y se conjura en favor de la caducidad moral. Es un mundo que cae, es una época que muere, es una faz del tiempo que ha cumplido su plazo y que se vuelve interrogante hacia la historia que ha de juzgarla. El siglo XV presencia la decadencia de una era y prepara el advenimiento de una nueva. La edad media alza su monumento en el campo de las edades fenecidas. Falto de brújula, el espíritu humano se detiene y la esterilidad se produce.

Pero algo hay en el alma de las muchedumbres errantes que vagan sobre esta capa estratificada, algo de sublime y de perenne, que se impone a los desastres, a la decadencia y a la muerte. La facultad de crear puede tener sus momentos de eclipse, pero renace siempre más fecunda. El hombre del siglo XV se orientó en medio de tinieblas. Se orientó hacia aquello que podía dar a la producción de que era capaz, el sentimiento de la forma y el culto del arte. Sobre los tonos rojos y negros que se esparcían en el horizonte moral de aquellos tiempos, se hizo la luz de la antigüedad greco-latina.

Los espíritus se volvieron hacia las edades en apariencia muertas y en el fondo de los sepulcros resplandecieron como antorchas las obras de sus genios. La coalición de veinte siglos fué impotente para impedir el resurgimiento de la belleza clásica y des-

pués de un letargo doloroso la humanidad se alzó como en su primer mañana.

Una noche había transcurrido: la edad media. Una aurora se anunciaba: el renacimiento...

Cinco veces en treinta años, hacia fines del siglo XV, los ejércitos franceses de Carlos VIII, Luis XII y Francisco I recorrieron la Italia y regresaron a su país para sembrar los gérmenes de la nueva cultura. La flor de la nobleza francesa, tan temeraria en las batallas como sensible a las manifestaciones de la belleza, volvió a su patria con los laureles iluminados por el arte. Y desde la Bretaña hasta la Turena, desde el Berry hasta la Borgoña, desde la Auvernia hasta la Normandía, desde el Languedoc hasta la Gascuña, los estudiantes y los nobles, los guerreros y los poetas, aprendieron que un horizonte nuevo se abría para la Europa: el renacimiento de las artes y las letras, que volvía a impregnar las cosas del perfume helénico de la primera edad; mientras que desde el norte, venida de las selvas y las aldeas de la ruda Germania, una voz poderosa anunciaba a los hombres otro renacimiento: el de las almas. Era Lutero, que desgarraba la mentira católica con la protesta de su conciencia libertada.

La expansión literaria del siglo XVI señala una reacción contra el ascetismo y la escolástica medievales. La reforma religiosa abrió nuevos horizontes a los espíritus, creando el individualismo y el concepto de la responsabilidad personal. El renacimiento dió, a su vez, el sentimiento de la forma. La producción se hizo tan variada como intensa. No es posible su examen detallado en los límites de este ensayo. Sauvageot y Glanchant, en su excelente tratado sobre los clásicos, anuncian estas ocho corrientes madres del pensamiento literario:

1.º—En los comienzos, las vacilaciones y tentativas conciliatrices entre la rutina y el espíritu nuevo. Son las obras de Margarita de Navarra y Clément Marot.

2.º—El naturalismo y el amor exuberante de la vida, en Rabelais.

3.º—Las discusiones religiosas, en que se destacan Calvino y Francisco de Sales.

4.º—Los progresos de la erudición y de la ciencia experimental, con escritores como Amyot, Pasquier, la Fresnaye, y sabios como Ambrosio Paré y Bernardo Palissy.

5.º—El espíritu pagano del renacimiento, en los poetas de la pléyade y sus sucesores.

6.º—La literatura militante (memorias, panfletos, teorías), en las obras de d'Aubigné, l'Hospital, la Boetie; en el mismo Montaigne, a pesar de su fingida bonomía, y en las sátiras de Mathurin Regnier y la Menipea.

7.º—La tradicional ironía de los narradores, como de Fail, Brantôme y Buenaventura de Périers.

8.º—Por último, los tanteos de los discípulos retardados de los italianos y de Yodelle, que se esfuerzan por dar a Francia una literatura dramática. Ahí aparecen Roberto Garnier, Laribery y Montchrétien.

En esta expansión del genio francés se destaca un foco hacia cuyos destellos se ha dirigido la mirada de las águilas del pensamiento en todas las épocas. Es la pléyade.

Hemos consignado más arriba, al señalar la decadencia medioeval, la anemia de la vena poética. El instante de una reacción no había podido producirse hasta entonces, más por falta de orientación que por ausencia de talentos. El renacimiento se encargó de fijar la ruta. Descubierta la antigüedad greco-latina, la aparición de una gran escuela estaba en el orden de las cosas. Las siete estrellas constelaron el firmamento de la poesía francesa.

Bizarra figura la de Pedro de Ronsard, el innova-

dor genial de las letras en la tierra gala! Fué el "enfant gaté" de monarcas y señores, que alzaron su reputación a una cima que no debía igualar sino Voltaire. Su cerebro, nutrido del más puro clasicismo, hermanó sus aspiraciones con las inquietudes profundas que pesaban en el alma de Du Bellay. El grupo se formó; la brigada se transformó en la pléyade, y el célebre manifiesto de 1549, "la defensa e ilustración de la lengua francesa", lanzó las teorías de la brillante escuela, que había de expandir la cultura clásica en las tierras de habla francesa.

La fuerza de la pléyade consistió en que sus miembros tomaron su misión como un apostolado. Su obra transformó, en primer término, la lengua empobrecida, dándole nuevas expresiones que cristalizaron la corriente de ideas que originó el descubrimiento del humanismo. Resucitó el soneto, la tragedia, la elegía, la comedia, la égloga. Horacio reapareció en las odas de Ronsard. La odisea de Homero se reprodujo en la "Franciade". Las églogas de Virgilio se modularon en la inspiración renaciente. Yodelle imitó a Séneca escribiendo con "Cleopatra" la primera tragedia en francés. Nuevas palabras, nuevas formas, nuevas ideas. La labor colosal de ese grupo es un monumento de erudición y cultura. La mera exposición de sus doctrinas en el manifiesto de Du Bellay, constituyó la primera obra de crítica literaria aparecida en Francia.

En el análisis de los temperamentos descollantes en el siglo, véanse dos tipos originales que merecen un breve paralelo. Son Rabelais y Calvino, los dos polos opuestos. Opuestos en sus doctrinas, en su vida y en el concepto de las cosas humanas.

Rabelais es el escéptico risueño. Encarna un tipo harto general de la sociedad de su país, "que marcha hacia el infierno tocando el violín". A su vez, Juan Calvino es el creyente convencido y ardiente. Polemiza y combate en el púlpito, la cátedra y el libro. Rabelais es tolerante, humano, "manga-ancha".

Calvino lleva la intolerancia hasta el fanatismo. El primero llena Pantagruel y Gargantúa con su ironía mordaz en un estilo lleno de colores y de imágenes. El segundo, retando a Francisco I en la "Institución de la religión cristiana", produce un choque de ideas sobre temas profundos y severos, en los que cuadra admirablemente el estilo claro, lapidario y austero que había de ser adoptado hasta nuestros días por la larga escuela de los escritores protestantes.

Los reinados de Enrique II y Carlos IX, de 1549 a 1580, señalaron el período álgido de la literatura. La poesía abordó los grandes géneros. Hemos consignado ya la obra de la pléyade; Bail consiguió fundar la academia de música y poesía; Yodelle lanzó la tragedia y d'Aubigné sus "Cantos trágicos".

En cambio, en los últimos veinte años del siglo XVI un viento de derrota sopló sobre la producción de bardos y prosistas. Las guerras civiles abrumaron los espíritus e inclinaron lógicamente la admiración pública hacia el esfuerzo físico y la potencia del músculo. Las luchas fratricidas se encargaron de cortar las alas del pensamiento. En este triste paréntesis, solo una voz autorizada habló desde su retiro, más al porvenir que a su presente. Nos referimos a Montaigne.

Sus ensayos son estudios profundamente psicológicos, dictados bajo impresiones morales que no siempre excluyen la fantasía. Aunque el moralista tomaba al hombre como el objeto primordial de sus reflexiones, los temas se suceden variados, casi sin hilación, insistiendo un tono general de duda que tiene mucho de escéptico. Montaigne dió la nota de su talento en sus doctrinas sobre educación. A trescientos años de su enunciación, ellas podrían servir de consulta severa a los pseudo-pedagogos de nuestros días. Quizá los programas de estudios no exigirían ese almacena-

miento brutal de conocimientos, que hace de cada estudiante un sabihondo exento de sentido crítico.

El siglo de Luis XIV tiene su rango en la historia de la civilización junto a los de Péricles, Augusto y el renacimiento.

Todos los factores posibles contribuyeron a su grandeza. La paz interna, la situación predominante de la Francia, sus triunfos diplomáticos, su desahogo financiero. La intelectualidad encontró apoyo, los espíritus se depuraron en una cristalización permanente de ideas y de lenguaje. El hotel de Rambouillet selló la alianza entre la aristocracia de los pergaminos y la aristocracia del talento. La primera recibió de la segunda los destellos geniales y asimiló el pensamiento al brillo de los grandes señores; la última imitó de aquella la cultura social y los refinamientos de las maneras. Fué aquel un comercio fecundo que cimentó una grande época y extendió como nunca la influencia de la Francia. El gobierno de Richelieu, en el primer período del siglo, favoreció la intensa vida, la eclosión magnífica de los espíritus. Estadista y mundano, inteligente y elevado, el gran cardenal hizo surgir de las reuniones del hotel Rambouillet la institución de la academia de letras. Ella cuenta ya tres siglos de existencia; se han escrito volúmenes sobre su obra; se la ha imitado en todo el mundo culto y se ha dado el mote de "inmortales" a los elegidos que se suceden en sus cuarentas escaños.

Los solitarios de Port-Royal completaron la trinidad. Perseguidos por sus opiniones religiosas, se retiraron a las salas silenciosas de la vieja abadía, donde formaron la cuna intelectual de tantos maestros. De allí salieron Pascual y Racine. En estos centros austeros, las nobles cabezas pensativas elaboraron la grandeza de su raza.

Bajo el pórtico de oro del siglo XVII está inscripto el nombre de dos reformadores. Son Malherbe y Balzac (1). Trataremos de trazar brevemente su silueta.

Una impresión de antipatía se desprende del estudio de Malherbe, en su faz humana, y un movimiento de admiración se produce al analizar su obra. El carácter del hombre aparece sin elevación y su faz moral sin grandeza; es adulador, cortesano e ingrato; carece de la pronta sensibilidad y la exuberancia imaginativa del poeta; pero cuando se inclina sobre las carillas blancas, el talento se insinúa, la pluma irradia teorías magistrales y la oposición calla ante la autoridad del jefe de escuela. Es el reformador potente que aparece. «Malherbe dió carácter nativo y color a la poesía francesa, hizo caer la imitación servil de la antigüedad y brotar una producción netamente nacional en la esfera de las rimas; substituyó la tradición ya gastada de Ronsard y depuró la lengua de los epítetos banales y las metáforas falsificadas; proscribió el consonante que suena solo al oído y desterró del idioma las expresiones introducidas por las influencias italiana y española; fijó el gusto poético que flotaba sin reglas y dió al lenguaje la unidad que acabó con artificios y negligencias».

Con Balzac, el reformador de la prosa, aparece por primera vez en la historia literaria la personalidad de un escritor sin genio y sin vuelos, que graba, sin embargo, su huella y marca una ruta a las generaciones que le sucedieron. La influencia de este hombre se debe a que poseía el sentimiento de la forma. «Enseñó el número, la cadencia y la armonía del período: hay en sus «Lettres» la gravedad inmóvil de un apóstol intelectual; en Balzac la imaginación es nula; habla como un profeta desde su retiro de la Charente, y su frase ampulosa y augusta parece algo así

(1) No se confunda este primer Balzac (1594-1654) con el autor de la Comedia humana (1799-1850).

como un molde que otros debieran llenar con algo sólido. Antes de su aparición el francés era un idioma con Rabelais, otro como Montaigne y otro con Amyot: a partir de Balzac la lengua es una y única. Fué un retórico que dió a la prosa la unidad que Malherbe implantó en la poesía».

El estudio de los prohombres de este siglo y de su influencia en la sociedad que los producía, alargaría considerablemente este ensayo. Falta espacio para tratar, por ejemplo, la tragedia en Corneille y Racine; la comedia y la fábula de Molière y La Fontaine; los sistemas filosóficos de Pascal y Descartes; la elocuencia religiosa de Fenelón y Bossuet y los moralistas como La Rochefoucauld y La Bruyère. Preferimos cerrar este ensayo con algunas apreciaciones sobre la transición radical que se operó entre ese siglo y el que le siguió, señalando el conjunto de causas madres que rigieron aquellas modificaciones.

La historia constata, en efecto, un rudo contraste entre los siglos XVII y XVIII. Imbuído de todas las supersticiones del catolicismo, el primero renovó en su pasaje los mismos efectos que observamos en la producción de la edad media: el desarrollo del genio sujeto a las creencias y a las modalidades de la época. La expansión artística que creó el estilo románico y más tarde el gótico durante la sucesión de las centurias medioevales, como una ofrenda espontánea de las inteligencias a la iglesia prepotente, se repitió en la esfera literaria en el transcurso del siglo XVII. La literatura religiosa llenó los cuadros de la producción intelectual; los grandes poetas trágicos confesaban y comulgaban; y sólo como una voz de excepción, la filosofía de Descartes planeó en los campos de la evidencia las figuras luminosas de la razón. El rey-sol, encarnación del poder absoluto, afirmó el principio monárquico en la conciencia colectiva de su pueblo, con la sumisión de los talentos al cetro autoritario. Los poetas, los artistas, los pensadores y los sabios conocieron el mimo del supremo señor; y la aristocra-

cia, rindiendo culto a la belleza estética, halagando la debilidad harto humana del plebeyo recompensado, mantuvo sus privilegios con esa diplomacia espiritual que es una síntesis de la índole francesa.

Pero la reacción se operó. Los comienzos del siglo XVIII sólo conocieron la decrepitud de Luis el Grande; la devoción pesada de sus últimos años favoreció la hipocresía en una sociedad en que la religión era un convencionalismo más que un sentimiento; y la elevación al trono de Felipe de Orleáns trajeron la regencia del desenfreno y la caída de la careta con que la nobleza cubría su rostro de licencia. Las consecuencias de la revocación del edicto de Nantes introdujeron el desequilibrio moral debido a la ausencia de los elementos más sanos de la sociedad. Las tentativas financieras de Law y su fracaso forzoso elevaron el agio y la coima a la categoría de funciones honorables. La debilidad de Luis XV, su inferioridad mental, su reclusión en los departamentos de Versalles, rodeado de favoritas cuyo capricho gobernaba la Francia; su despotismo frente al parlamento, fomentaron la crítica malévola, luego el desprecio, casi la rebelión, en el desprestigio creciente de las instituciones reales. Los impuestos insoportables, la esclavitud de las masas sin derechos, fermentaban la protesta formidable. Fué un lapso aquel de elaboración sorda y tenaz; las cóleras se amasaban en la sombra y la revolución francesa germinaba en el alma colectiva de las muchedumbres.

Forzosamente la producción literaria y filosófica tenía que expresar los estados y las sacudidas de aquella sociedad. Las modificaciones del medio obligaron a la literatura a tomar rumbos diferentes. Como una reacción lógica, el espíritu filosófico en su faz más amplia y científica, substituyó las inclinaciones puramente psicológicas del siglo anterior y entró a profundizar las cuestiones de alto interés histórico que no habían sido abordadas hasta entonces. Los publicistas y los tribunos exteriorizaron los anhelos de las

turbas. «La literatura eliminó de su substancia y de su forma—dice un emitente escritor contemporáneo—todo aquello que no era un signo o un factor de la verdad cuya demostración perseguía». Abandonó la inspiración imaginativa para preocuparse de las necesidades presentes; analizó los sistemas existentes y atacó las instituciones dominantes; la elocuencia de la palabra y de la pluma fué un medio de propaganda revolucionaria; y del caos que se formaba aparecieron los cuatro genios que llenaron el escenario intelectual del ciclo y señalaron al alma de la Francia el camino de 1789: Montesquieu, Rousseau, Diderot, Voltaire.

Consagraremos un próximo ensayo a sus teorías en su doble concepto filosófico y literario, así como a los temperamentos y corrientes del siglo último, que mantuvieron a la Francia en su rol indiscutible de institutriz del mundo.

El decadentismo en América

París, octubre de 1908.

Desde hace algunos años se viene acentuando en Sud América, especialmente en los países del Plata, una especie de sectarismo literario que caerá bajo censuras acerbas el día que se haga la historia de su producción intelectual. Se trata de una escuela de importación, sin arraigo en el ambiente americano, opuesta a nuestra mentalidad y que ha concluído por subyugar muchas inteligencias positivas y consagrar el «snobismo». Nos referimos a la escuela decadente.

Los dos tercios de las obras publicadas en Montevideo en el último lustro, pertenecen en su forma y fondo a ese género de literatura. Es este no solamente incomprensible para los espíritus lógicos, sino también de proyecciones funestas para el medio en que se desarrolla. Su divulgación significa la deformación del idioma, en sus expresiones y armonía, la mutilación de las reglas del pensamiento y la esterilidad literaria. Nos proponemos demostrarlo en el curso de este ensayo, analizando el origen, teorías y producciones de esa escuela.

Quedó largamente evidenciado en nuestra correspondencia del mes último, que los ciclos y corrientes literarias se habían formado siempre en Francia bajo la influencia de factores entre los cuales jamás figuró el capricho de los publicistas y pensadores. Las tendencias intelectuales respondieron al espíritu y a las necesidades de su respectiva época. Los temperamentos y las ideas sufrieron la presión irresistible de su ambiente. La producción se orientó,

antes como ahora, dentro de las evoluciones naturales o violentas de la sociedad. En su obra magistral sobre «Filosofía del arte», Hipólito Taine sostiene que las creaciones humanas que llevan el sello de la inmortalidad son las elaboradas bajo la influencia de la raza que las produce, del instante histórico que las favorece y del ambiente que las legitima como progenitura de su carne y de su sangre. Había que preguntar aquí si esos factores primordiales favorecen el simbolismo en los pueblos del nuevo mundo. En cambio ellos contribuyeron a su aparición en Francia, durante la última mitad del siglo que acaba de concluir.

Hace cincuenta años, en efecto, Charles Baudelaire ponía de moda, traduciéndolas, las obras fantásticas de Edgar Poe. De ahí la opinión de que este beodo genial fué el creador del decadentismo. Es un error. Poe fué ciertamente el punto de partida inconsciente de la nueva tendencia, pero ni la forma ni las expresiones del novelista americano revelan al jefe de esa escuela. De Poe a Verlaine hay la misma distancia que de Musset a Flaubert. Lo que hay de evidente es que las convulsiones de «delirium tremens» del primero, se hermanaron con las visiones macabras de Baudelaire, y los discípulos del autor de «Flores del mal» contagiaron su mentalidad en la atmósfera viciada que los envolvía.

Paul Verlaine y Stéphane Mallarmé se revelaron en una hora propicia. Los escritores de prestigio como Zola, Lamaitre, Francois Coppée, Brunetière y Barrés, se embanderaron en partidos políticos extremos, encarnando, por consiguiente, oposiciones que ganaron las esferas literarias. Sus escritos se hicieron tesis de combate. Los decadentes, por su parte, hicieron literatura desinteresada. El momento fué cómplice de su éxito. Verlaine, refugiado tras el mármol del café Vachette, envolvía su indiferencia social y política en espirales de humo, pontificando en las embriagueces del ajeno. Poeta verdadero, su inspiración

vibró en medio de angustias físicas, exteriorizando en refinamientos de arte poético su concepción malsana de las cosas. Su genio de bohemio mereció el triunfo de los «Poèmes saturniens», pero el instante de su desaparición, en 1895, señaló la evolución radical del simbolismo.

Mallarmé le es inferior. Los críticos franceses afirman que fué un artista incompleto, que encantaba, sin embargo, sus auditorios, por su erudición y sus condiciones de «causeur». Me permito creer que es el verdadero guía de los decadentes americanos. Su refinamiento aristocrático lo impulsó a editar «L'après-midi d'un faune» y «Divagations» a precios subidísimos. Fué el último representante de su tendencia, si se acepta a Regnier y Moréas como iniciadores de una evolución poética independiente.

La teoría fundamental de decadentismo es la substitución de lo «inteligible» por lo «sensible». Agrupa las expresiones, no según la lógica, sino según la sensación. Sus adeptos olvidan que las impresiones de ese género son absolutamente personales; modifican a su antojo la lengua y la gramática, con la adopción de expresiones extranjeras; pretenden que las palabras poseen un «color» que solo ellos distinguen a través de su mentalidad original; y revolucionan las leyes que tienden a dar uniformidad al pensamiento, contrariando así la afirmación admirable de esta época, de que la palabra escrita solo debe servir de vehículo a las ideas definidas.

Se olvida o se ignora por los discípulos del decadentismo en Sud América, que esta escuela hizo su tiempo, si es que no pereció con sus autores. Ella fué la enunciación de visiones, de alucinaciones, de pesadillas geniales, sufridas por talentos que hubieran descollado más alto si su vida hubiera sido orientada hacia otras cimas. Pudo tener base e influencia pasajeras en un medio como París, en un idioma como el francés, como una reacción contra tendencias literarias gastadas, pero no logrará nunca florecer entre

nosotros, donde la lengua, la naturaleza, la raza y la historia reclaman una literatura sana y nueva, que tenga la vigorosa originalidad de los que crean en oposición a la anemia de los que imitan.

Desde este punto de vista, la América latina presenta un fenómeno digno de análisis. Es la plétora de talentos que se manifiesta en todas las latitudes del continente y la ausencia de un cielo literario capaz de dejar huella. Las inteligencias producen sin concierto, sin coaligar el esfuerzo común hacia un objetivo determinado. No hay escuelas ni maestros. La producción busca modelos en Europa. En una palabra, se carece de personalidad o de orientación en materia literaria. Las excepciones no han formado discípulos.

A nuestro juicio, el hecho se debe a tres causas principales.

La primera de ellas es la educación del coloniaje; la otra, la falta de cultura clásica; la última, la ausencia de labor prolija en materia de estilo, efecto probable de la exuberancia imaginativa.

La herencia española fué, en efecto, terriblemente estéril en materia intelectual. Los trescientos años de dominio sobre el continente americano no registran una sola producción que refleje una impresión de belleza, un sentimiento de admiración ante el espectáculo imponente que contempló el conquistador hispano. Las razas nuevas, las montañas, corrientes y selvas, elementos admirables de inspiración que surgieron de los confines del océano como una renovación del génesis, no alteraron el alma de los descubridores.

La «Araucanía», de Ercilla, es el único poema a que dió lugar el heroísmo de los indios, y en los veintiocho cantos que lo componen no hay un paisaje. Francisco Bilbao, que analiza magistralmente este fenómeno en su «Evangélio americano», lo atribuye a

la pérdida del sentimiento estético, como un efecto obligado de la teología especulativa del catolicismo y la esterilidad inquisitorial.

Hemos hablado de falta de cultura clásica. Es posible que haya sobre este punto un desacuerdo profundo entre los que la indican como necesaria y los que legislan en América en materia de educación secundaria. Entendemos que los dos años de literatura que se cursan en nuestras universidades solo dan un barniz ilustrativo. En veinte meses de cursos y lecturas, el estudiante es incapaz de impregnar su espíritu de clasicismo y de formarse un sentido crítico a base científica. De Homero a Flaubert hay cuatro mil años de producción intensa, y los hombres que hacen de las letras, del periodismo y de la crítica una profesión o un apostolado, tienen necesariamente que asimilar los «chefs d'oeuvre» de las literaturas antiguas y modernas, entresacar la filosofía que se desprende de las escuelas y de las épocas, para planear entonces sus creaciones y sus juicios sobre fundamentos sólidos.

No es admisible la indiferencia que se tiene en Sud América por el conocimiento del griego y el latín. Conviene señalar aquí, que en Francia, Alemania, Bélgica y Suiza, se cursan siete y nueve años. ¿Es este un mero lujo intelectual? De ninguna manera. Naturalmente que los estudiantes de medicina, agronomía, veterinaria, comercio y agricultura, no tienen necesidad de profundizar las lenguas muertas; pero los hombres de letras están obligados a nutrirse en las fuentes del clasicismo. En griego están escritas las producciones más admirables que ha dejado el pensamiento de los hombres. En latín hablaron y escribieron Cicerón, César, Salustio, Virgilio, Horacio, Ovidio, Tito Livio, Séneca y Plinio. A ellos y a su idioma acudió el genio europeo para fundar el renacimiento. Del latín deriva nuestra lengua. El valor de las palabras se conoce remontándose a su origen. Es el idioma más admirable por su concisión y su pureza. Es el modelo de la legislación, como lo es el grie-

go de la poesía y la elocuencia. ¿Cómo no exigir de los escritores y publicistas latino-americanos, que aspiran a perdurar en sus obras, una educación clásica completa?

En Francia pasa por proverbio la frase de José de Maistre: «Rien de ce qui se fait bien, no se fait vite». Ello explica la necesidad del trabajo prolijo y lento en materia de estilo. Creemos que un defecto en los escritores americanos es la «difusión», la extensión inconsiderada del período y el abuso de los adjetivos. Se desdeña la concisión, la precisión de los términos, prefiriéndose la exuberancia de las frases.

Antoine Albalat, en su excelente tratado sobre «Le travail du style», demuestra la imposibilidad de descollar como estilista sino se «cincela» concienzudamente la producción. La primera redacción nunca puede ser perfecta, aunque la inspiración desborde. Ha faltado tiempo para escoger la imagen, producir el relieve, encontrar el término exacto. En la obra citada, Albalat reproduce los escritos originales de Bossuet, Pascal, Rousseau, Buffon, Montesquieu, Víctor Hugo, Balzac, Chateaubriand y otros. Es altamente interesante observar las correcciones de los borradores. Flaubert llegó hasta seis redacciones antes de dar a una página la forma definitiva, y Chateaubriand trató de depurar su «Atala» hasta en la duodécima edición.

La literatura tiene su estética. La inspiración no es el único elemento de un escritor. Desarrollada la tesis o la idea, hay que dar originalidad a su expresión, precisando con exactitud el pensamiento, despojando la frase de palabras inútiles, puliendo, como pudiera hacerlo un escultor con un pedazo de mármol hasta darle relieve propio.

La originalidad es la condición esencial del estilo. Ella consiste en el sello personal que impone un autor a sus creaciones.

La concisión es la segunda cualidad que se exige. A propósito de ella, reproducimos a continuación

la teoría de Albalat, expresada ampliamente en su libro «L'art d'écrire».

«Una causa de debilidad literaria que quita fuerza al estilo y lo torna sin efecto, es la difusión. No se cautiva a nadie con frases donde hay exceso de palabras. La nitidez (netteté), ha dicho un crítico, es el barniz de los maestros, y la nitidez no es otra cosa que el brillo producido por la precisión absoluta de los períodos; cada uno tiene su medida: se encuentra tanto en los retratos de La Bruyère como en los bellos párrafos de Bossuet.

«La concisión es el arte de reunir, de hacer surgir la idea, de condensar los elementos de una frase, en una forma cerrada... La elocuencia no se halla en la «cantidad» de las cosas dichas, sino en su «intensidad». Lo que hay que evitar es lo superfluo, el hacinamiento, la cháchara de ideas secundarias que solo sirven para debilitar la idea madre».

Si algo más habría que agregar a este breve ensayo, sería para predecir el fracaso irremediable del decadentismo en los pueblos americanos. La creación matará la imitación. Está ya próxima la hora en que la raza que ocupa aquellas tierras de sol y de energía, forjará un arte y una literatura que respondan a su plétora de ideales. Las sociedades escépticas no pueden dar ejemplos a las naciones que empiezan a vivir. La inspiración en nuestra América debe buscarse en la epopeya de su libertad, en los martirologios de su historia, en el espectáculo maravilloso de sus montañas, sus selvas y sus ríos, únicos en la tierra; en la visión del porvenir que aguarda al continente, en la belleza de sus mujeres y en las virtudes de nuestras madres. Ni el naturalismo de Zola, ni el realismo de Maupassant, ni la psicología de Paul Bourget, ni el decadentismo de Verlaine, serán los elementos de la producción intelectual. Nuestro Parnaso está en los Andes y nuestro Eurotas en el Amazonas y en el Plata.

La estatua de Coligny

París, abril de 1909.

Hacia la mitad de la calle de Rivoli, frente a la fachada del Louvre viejo, existe una alta verja de hierro que separa de la acera un jardín inculto. Hay allí un monumento de mármol, representando un hombre de edad madura que lleva el traje de los caballeros del siglo XVI. Completan el grupo dos figuras femeninas cargadas de palmas y laureles. La una recuerda la defensa de Saint Quentin y la otra la jornada luctuosa de San Bartolomé.

Es la estatua del almirante Gaspar de Coligny.

Sobre una ancha placa se lee esta inscripción, tomada del testamento de aquel héroe:

J' oublierai bien volontiers toutes choses qui
ne toucheront que mon particulier, soit
d'injures ou d'outrages, pourvu qu'
en ce qui touche la gloire de
Dieu et le repos publique
il puisse y avoir
sûreté.

Recordemos brevemente su vida.

Nació en la segunda década del siglo XVI. Hijo del mariscal de Chatillon y de Luisa de Montmorency, la tradición paterna y las costumbres de su época lo inclinaron hacia la carrera militar. En la campaña de Flandes vertió su sangre y ganó uno a uno los galones hasta llegar a general de infantería. Bajo el cielo gris e inclemente del septentrión europeo,

entre tierras monótonas y tristes, su carácter entero se erguía siempre más fuerte que la dificultad, el peligro y el obstáculo. Allí escribió una obra que ha quedado, las «Ordenanzas de la guerra», que se ha ido transmitiendo y aplicando en las transformaciones sucesivas del ejército francés, hasta el punto que este la considera hoy como el embrión de su disciplina moderna.

En esos años toda la Europa estaba conmovida con el descubrimiento y la conquista del nuevo mundo. Las hazañas de españoles y portugueses despertaron la emulación francesa, y el señor de Coligny se aprestó a cruzar el Atlántico, para buscar en las tierras occidentales nuevas glorias para la Francia y nuevos blasones para su escudo de caballero.

Tres expediciones sucesivas pusieron a prueba su vigoroso temple. Recorrió las costas del Brasil y exploró la península de la Florida, librando batallas contra las armadas españolas que ocupaban sus mares. Prisionero y vencido después de una defensa heroica, padeció, sin una queja, las durezas del cautiverio.

Fué en esos días que abrazó la causa de la reforma, y al regresar a Francia con el grado de almirante, dió a su espíritu y a sus actividades una orientación nueva que le condujeron a la jefatura del partido hugonote. Aquel hombre no podía ser partidario de la guerra religiosa. Su carácter, sus convicciones y sus grandes proyectos patrióticos se rebelaban ante los desastres fratricidas de que era teatro su país. Se hizo un campeón ardiente de la paz, que se realizó bajo su influencia. En nombre de su partido trató de potencia a potencia con el rey Carlos IX y firmó en julio de 1570 el tratado de San Germán.

Como sucede a tantos hombres superiores, se equivocó al juzgar sus adversarios.

Estos, incapaces de vencerlo en lucha franca, conjuraron entre sombras un atentado inicuo. Los secuaces de los Guisa lo hirieron a mansalva, cuaren-

ta y ocho horas antes de que la campana de Saint-Germain d'Auxerrois anunciara con su lengua de bronce el exterminio de los buenos; y arrojado a la calle, en la noche trágica, desde las ventanas del Louvre, las turbas embriagadas arrastraron sus restos entre aullidos.

Su grande estatua marmórea se alza hoy a veinte metros del punto donde cayó. La justicia está hecha, y la Providencia y la historia han dado ya su fallo inapelable sobre los sucesos y los hombres.

No es posible cerrar esta breve crónica sin recordar junto al nombre del prohombre hugonote el de su hija predilecta, aquella Luisa de Coligny, heredera de la grandeza y el estoicismo de su padre. Vió morir a éste con su marido en la noche fatal del 24 de agosto; sufrió con sus correligionarios un duro destierro en las montañas de Suiza; salió de él para elegir por nuevo esposo a Guillermo el Taciturno, príncipe de Orange, que también fué asesinado entre sus brazos; y en medio de todos los golpes de un destino cruel, aquella gran mujer supo consagrar su viudez perpetua al servicio de su país, desempeñando roles diplomáticos que han dejado huella en la historia política de Europa.

El protestantismo reivindica para sí el ejemplo de esas vidas. Es la escuela de la reforma que ha dado el molde a esos caracteres llenos de austeridad y de nobleza.

El homenaje de América a los escritores europeos

Carta abierta a D. José Enrique Rodó (1)

Señor José Enrique Rodó.—Montevideo.

Distinguido compatriota: La circunstancia de vivir desde hace años a dos mil leguas del país, no me ha impedido conocer la personalidad y la obra de usted. Aunque no sienta la nostalgia del terruño, el espíritu necesita mantener sus vínculos con el ambiente nativo. He cultivado siempre esa grata exigencia, siguiendo del mejor modo posible la labor intelectual que realizan algunos hombres en Sud América. Usted está entre ellos, y a eso debo el haber leído atentamente, como todo lo que sale de su pluma, el discurso pronunciado en el banquete ofrecido al escritor francés Anatole France.

La opinión del Río de la Plata se ha felicitado con razón de esa y otras visitas hechas por hombres que ejercen cierta autoridad en el ambiente europeo. Ha visto en ellas una prueba del interés intelectual que despierta nuestro valimiento, y una contribución a formar vínculos entre los pensadores de ambos mundos. Los viajeros han debido, por otra parte, constatar la alta hospitalidad que distingue a esos pueblos, a la vez que la cultura de los elementos que les han rendido homenaje.

Es con el propósito de hacer un breve comentario a esos homenajes, que tengo el honor de dirigir a usted públicamente estas líneas. Es útil que la opi-

nión se informe de las proyecciones que suelen tener sus propias manifestaciones al extenderse a razas de mentalidad diferente.

Lamentamos con frecuencia la ignorancia de Europa respecto de nuestras instituciones, hábitos y cultura, ignorancia que en la masa llega hasta desconocer la geografía de los países americanos. Esas quejas son justas, pero es necesario confesar también que existe en el nuevo mundo un concepto equivocado de los hombres y de las cosas de las naciones europeas. El desconocimiento o el error son mutuos. Ello se evidencia a menudo en ciertos juicios de la prensa, que suele consagrar pensadores y maestros a escritores cuya "pose" no está en relación con el rango que ocupan en la esfera intelectual. Parece que la mentalidad americana se inclinara a juzgar al individuo aislado, sin analizar el ambiente moral que lo rodea, su gradación en el medio científico, literario o artístico en que actúa, la atmósfera que ha influenciado su personalidad, la raza que lo ha engendrado o refinado, la educación, la época, en una palabra, todos los factores que han intervenido para modelar un alma o un cerebro y sin cuyo examen toda crítica es incompleta o falsa.

Ese concepto erróneo, al hacerse extensivo de los hombres a las escuelas, ha producido efectos deplorables. Lo confirma, por ejemplo, el desarrollo del decadentismo en Sud América. Toda una joven generación intelectual está malogrando su talento al pretender resucitar una escuela desaparecida, incompatible con nuestra raza y nuestro medio. Se esteriliza en la imitación pudiendo agigantarse en la creación; desdeña las dos grandes fuentes inspiratrices, la naturaleza y la historia, para transplantar en tierras vírgenes las flores marchitas de civilizaciones enfermas; prefiere la forma vacía y la imagen exótica al fondo exuberante de pensamiento y de verdad. Musset tiene más prosélitos que Goethe, y Verlaine más discípulos que Taine. Hay que convenir que no es esa

la ruta que conduce a la autonomía intelectual y a la emancipación del espíritu en América.

Usted acaba de exteriorizar esa necesidad en su discurso del club Uruguay. Nuestra independencia política no es sino la primera etapa de la grande obra de la emancipación moral del continente, y a medida que la cultura se divulgue y ascienda, nos iremos alejando de la condición tributaria inherente a los períodos de formación. «Hay que pensar por cuenta propia», robusteciendo las facultades creatrices de la raza y suprimiendo toda imitación servil hasta cerrar el mercado a esa malsana literatura de importación que atrofia y pervierte el gusto estético. Hace más de cincuenta años que Francisco Bilbao predicaba esa doctrina de libertad espiritual. Más feliz que aquel pensador, tan injustamente desconocido por las generaciones nuevas, usted contempla ya los primeros frutos de esa aspiración legítima del pensamiento americano

Me permito opinar que debemos ser parcos en materia de homenajes a las personalidades que visitan nuestras playas. Las manifestaciones hartamente entusiastas producen efectos contrarios a los que creemos obtener. Recibiéndolos como a mesías de la literatura y de la ciencia, los huéspedes regresan a Europa convencidos de que han hecho a Sud América un favor invaluable, que han sembrado ideas que nuestros cerebros eran incapaces de producir y que han dado un impulso a la cultura embrionaria de esas sociedades...

Y no solamente lo creen, sino que lo publican. El reportaje a Anatole France, que acaba de aparecer en un gran diario parisién, es una prueba de ello. El autor de «Thais» declara que fué al Plata «porque esas regiones estaban deseosas de instruirse». Afirma que sus habitantes «ponen todo su orgullo en parecerse a los franceses». Refiriéndose a Montevideo manifiesta que aconsejó el establecimiento del divorcio y la separación del estado y la iglesia... Y des-

pués de reconocer la simplicidad de nuestras costumbres y el carácter democrático del presidente de la república, el agasajado «ironista» sólo pudo decir que nos sentimos muy felices entre dos revoluciones, lo que evidencia la fuerza del hábito...

Hay que evitar estas cosas deprimentes para la dignidad del nuevo mundo, que se repiten demasiado a menudo para que nos empeñemos en olvidarlo. Hace dos años el profesor Kummer, al regresar a Berlín, hizo declaraciones sobre el Uruguay, que la prensa calificó de «ceces de asno». Ferri, en cambio, no tuvo un palabra de recuerdo para nuestro país, y Guillermo Ferrero se asombraba de que tuviéramos más interés por las cosas de Roosevelt que por los amores de Antonio y Cleopatra... Debemos, sin duda alguna, una hospitalidad cortés y un elogio medido a los visitantes ilustres, cuidando de no excedernos en admiraciones que por ser muy propias de pueblos meridionales, no dejan de interpretarse de un modo equívoco.

Los grandes señores ingleses, cuando reciben en sus castillos la visita del monarca, suelen colocar sobre la mesa la vieja vajilla de sus antepasados, pero son sobrios en palabras de reconocimiento o elogio. Hacen saber al rey que están a la altura del honor que reciben. Los representantes de la intelectualidad americana pueden corresponder sin inclinarse demasiado al saludo de los embajadores del viejo mundo. No hay motivo para ruidosas admiraciones, ya que desde 1810 hasta nuestros días el genio de la raza nueva ha demostrado su potencialidad en la vasta pléyade de varones que ha brillado en los parlamentos y gobiernos, en el foro, las letras y la prensa del continente.

Quiera usted aceptar las expresiones de mi distinguida consideración.

(1) Montevideo, 27 de septiembre de 1909.

Señor Luis Enrique Azarola Gil.—París.

Estimado compatriota: He leído con todo interés la bien pensada y bien escrita carta que tiene usted la amabilidad de dirigirme desde las columnas de «El Día».

Mucho me complace que un espíritu como el de usted, de tan distinguidas condiciones de inteligencia y de tan firme orientación moral, participe de mi sentir, en cuanto a la conveniencia de guiar con criterio autónomo y adaptado a nuestras necesidades, nuestra asimilación de lo europeo.

Nada más justo que lo que usted observa sobre la vanidad de la obra de imitación o de falsificación en que se disipan las fuerzas de los que aún imaginan vivos los «decadentismos» y se empeñan en americanizarlos. Todas las influencias legítimas del medio y del momento histórico concurren a exigir, para nuestra literatura americana, un carácter afirmativo e idealista, de esperanza, de acción, de simpatía social, de vida intensa y entusiasta. En esto debemos buscar la originalidad.

Ojalá que todos los espíritus jóvenes que respiran en Europa los aires de esa civilización secular, para volver a la patria con acopio de experiencia y de ideas, tuviesen tan clara noción de nuestras necesidades sociales y tan altos y generosos sentimientos como los que inspiran a usted.

Me es grato aprovechar esta oportunidad para enviarle, junto con mis agradecimientos, las seguridades de mi consideración y de mi afecto.

José Enrique Rodó.

S/c. Cerrito 102 a.

El silencio

Montevideo, febrero de 1910.

«Il vaut mieux ne rien dire en se taisant, que ne rien dire avec beaucoup de paroles».

Es una sentencia de Balzac muy aplicable a nuestro medio.

La charla constituye entre nosotros una plaga. Somos un pueblo de habladores sempiternos. Hablamos en todas partes y a todas horas, para ensalzar, deprimir o juzgar, con una facilidad pasmosa que tiene mucho de inconsciente.

Es un vicio de educación y de herencia que será forzoso combatir, porque significa un serio obstáculo en la evolución nacional hacia la cultura y la vida superior.

En un país de charlatanes, la mistificación, el engaño y la calumnia encuentran terreno fértil para sus frutos funestos.

El cuchicheo se hermanó siempre con la intriga.

En un pueblo de hombres parcos en palabras, la seriedad, la honestidad y el trabajo son calidades corrientes.

Es que el silencio es una virtud, una fuerza, una preparación indispensable a toda labor de alienato, una evidencia de seriedad, un preámbulo de resoluciones tenaces.

La meditación, la reflexión y el estudio son imposibles sin el recogimiento silencioso.

Las convicciones conscientes y arraigadas son hijas del silencio, como todos los pensamientos origina-

les, como las ideas nuevas, como todos los engendros luminosos del espíritu.

Las concepciones geniales se incuban en la meditación profunda, en las horas calladas, cuando el alma entera de un ser inteligente se aísla del mundo para absorberse en el análisis de un hecho, en la autopsia moral de una idea, en el origen de un signo o un indicio, en las proyecciones de un acto, en la auscultación de un estado social. De ahí surgirá el remedio, el descubrimiento, el derecho o la verdad nueva, que lanzada más tarde a la publicidad, chocará con la rutina y la ignorancia hasta imponerse y dominarlas por la fuerza adquirida en el silencio que la creó.

El hombre capaz de abismarse en el aislamiento y el silencio es siempre respetable, porque demuestra la potencialidad de su vida interior, tan incompatible y tan superior al tumulto de la turba.

Del tumulto sólo salen pasiones, como de la turba sólo salen excesos.

Nada comparable a la grandeza del silencio en las altas latitudes del océano.

Nada más augusto que la calma profunda del cielo y de las aguas, en las noches del trópico, en que un solo rumor no turba la paz inmensa de esas soledades, hechas para abismar el espíritu en la contemplación del infinito.

La majestad de ese silencio penetra entonces todas las facultades del hombre, se posesiona de su ser y produce la armonía suprema de su alma con la naturaleza que lo rodea.

La elocuencia de los grandes sentimientos humanos reside en el silencio.

El verdadero valor es reflexivo y sin palabras; el

estoicismo no habla; la admiración es muda; el dolor profundo es silencioso; el desprecio lo mismo; el júbilo intenso sólo se revela en los ojos, la angustia en las arrugas de la frente, y el asombro en la boca abierta...

Un gesto de silencio inmortalizó a Tráseas.

Cuando Nerón, el gran loco trágico, pretendió justificarse del asesinato de su madre, la lectura de su terrible mensaje fué interrumpida en el senado romano por los pasos de un hombre que salió del recinto sin pronunciar una palabra.

Era el senador Tráseas, que abandonó la silla curul y cruzó aquella asamblea de serviles con la cabeza alta y los labios cerrados, imponiendo a los testigos con la elocuencia de su protesta muda.

Tres días después, Tráseas era muerto por orden del César matricida.

Han transcurrido dos mil años y la historia continúa enseñando al mundo el nombre del último patrio y el estoicismo de su gesto.

Un cantor del heroísmo

Montevideo, enero de 1917.

Julio Raúl Mendilaharsu es un poeta-tipo. No me refiero a su escuela, sus orientaciones literarias o su concepto del verso: todo ello es secundario. Es un poeta-tipo porque su alma, su carácter y su vida constituyen la trama misma de su obra. Para inspirarse no necesita sino mirar su yo moral o contemplar su propia cabeza. Es un idealista nato.

Se ha dicho por ahí que la poesía no está en las cosas sino en nosotros. Parece inútil agregar que esa afirmación se refiere a los poetas; los que no lo son, hallarán estéril hasta lo que es fecundo. Mendilaharsu halla fecundo hasta lo que es estéril. Posee la facultad rara de descubrir un rasgo de belleza en un modelo de fealdad, un gesto magnífico en una lucha de intereses, un detalle veraz en un conjunto de embustes, un órgano sano en un cuerpo condenado. Su doble vista ideológica adivina sin percibir o percibe sin analizar. Que adivine o que perciba, él cree, afirma, ama y realiza. Es una de las excepciones de nuestro medio.

Si sus versos se juzgan desde el punto de vista de los moldes consagrados o los cánones impuestos, resultan discutibles. Es otro de sus méritos. Su carencia absoluta de vanidad le hace sonreír ante la vanidad de lo impecable. De ahí que la producción vaya a la imprenta como surgió de su cerebro: indisciplinada y vibrante, incorrecta y profunda. Son versos-emociones.

El pensamiento de este poeta es luminoso y claro. No hay vaguedad en lo que afirma ni difusión en sus vuelos. La elaboración de ese pensamiento es constante y tenaz. En sus conversaciones, su trabajo, sus meditaciones y sus ensueños, vibran siempre la intuición, la imagen o la idea. «El alma de mis horas» es un título de una verdad incontestable. Todas las horas de Mendilaharsu tiene alma.

Su pasión es la poesía heroica. Trátese de las glorias de su patria uruguaya o de las glorias de su raza francesa, Mendilaharsu da la medida de un entusiasmo puro y sagrado. La actualidad guerrera le concede sus inspiraciones; pero será la emoción de los recuerdos nativos la que arrancará la pulsación suprema de su lira, para vincular su nombre en el futuro a las epopeyas del pasado. Lo exigen sus amigos y su estirpe patricia.

La amante amarga

Montevideo, mayo de 1917.

En vísperas de retornar a Europa

Al alejarme de las playas nativas para cruzar una vez más las soledades del Atlántico, quiero dejar escrita una página breve, la más inútil pero la más sincera página de mi vida solitaria y oscura. El mar me llama; el mar me atrae con el poder formidable que subyugó siempre los sentidos de sus grandes amantes; el mar sabe que lo cruzará un espíritu que lo comprende y siente, aunque cuente entre sus vencimientos la impotencia para expresar el latido de sus profundas emociones.

Más que las selvas y las montañas; más que los vientos, las nieves y los ríos; más que la hermosura de las mujeres y la gloria de los hombres, el mar es el elemento de inspiración suprema que hace vibrar las células humanas. Y si los grandes creadores de la prosa y los grandes artífices de poemas, de notas y de colores no han logrado jamás dar interpretación a su grandeza, ello se explica porque en el mezquino lenguaje de los seres no hay palabras, paletas ni armonías capaces de traducir el espectáculo incomparable de las latitudes marinas; ni la profundidad inviolada de sus abismos; ni la expresión de sus cóleras; ni los matices de sus llanuras líquidas; ni el esplendor de sus días; ni la apoteosis de sus ocasos; ni la tristeza infinita de sus crepúsculos; ni las confidencias de su alma que, allá en las altas soledades de su reino, transmite al alma del viajero pensador

la certidumbre de la inmortalidad y la comprensión del infinito.

La inmortalidad y el infinito, lo eterno y lo insondable, que detienen el pensamiento en sus dinteles, son abarcados y comprendidos en el espléndido aislamiento del océano. Cuando el individuo solo, en la cubierta de un navío, bajo el silencio de las horas nocturnas, deja flotar su espíritu entre las dos inmensidades, una lucidez excepcional se posesiona lentamente de sus facultades; un velo se entreabre, una visión se diseña y una clarividencia lo transporta a la región de los milagros. A mil leguas de la tierra, sin un árbol, sin un pájaro, sin una imagen que se interponga ante las perspectivas ilimitadas, el hombre toma contacto con verdades insospechadas y una revelación sublime dilata su capacidad en medidas extrahumanas. Toda su animalidad desaparece; todo el ser se intelectualiza; todo pensamiento pequeño huye; toda mácula se desvanece, y el alma del solitario pensador percibe el soplo de una inspiración anunciatrix de la presencia del Eterno.

Hoy que la guerra hace flotar sus pendones sobre los mares en tumulto, y la muerte sube de los abismos a la superficie, la vasta pampa líquida adquiere un carácter de grandeza trágica. El azul poético se ha tornado en agresivo rojo; el silencio augusto que bajaba de la alta bóveda para extenderse sobre los espacios y las ondas, ha sido desgarrado por los clamores de la lucha, y la faz de los cielos ha convertido su clemencia en una expresión de implacable espera... Y mientras sobre el océano minado y las olas armadas cruzan las quillas audaces, una gloria nueva difunde sus aureolas sobre las frentes marinas, descubiertas al doble huracán de los elementos y los hombres...

Una gloria nueva llena las perspectivas: la de los

titanes de veinte patrias que se disputan la supremacía, estremeciendo el mar con sus combates, hundiéndose con su bandera, o agitándola indiscutida y victoriosa sobre la demencia de las crestas, ante horizontes de violeta y púrpura, que parecen reflejar el ardiente dolor de los vencidos y la pujanza sangrienta de los triunfadores. Jamás el universo contempló una exaltación tan sublime de las virtudes viriles, ni las entrañas del piélago concibieron proezas semejantes, ni los lobos de mar fueron tan intensamente lobos, hasta provocar con su abnegación y su coraje el estupor de las estrellas.

Hoy el mar es un vértigo hacia el cual se precipitan los heroísmos del planeta... Y mientras los mercaderes tiemblan por sus caudales y los epicúreos claman por los hartazgos de la paz, y los Sancho Panza de la vida se encastillan en su incurable miedo, las legiones homéricas realizan el milagro nunca soñado de prolongar sobre el torrente móvil y rebelde, la obra de los guerreros del espacio y la tierra: el forjamiento de la humanidad de mañana, regenerada por el hierro y el fuego, libertada de sus flaquezas, vencedora de sus viejos espantos y dominatriz de sus destinos en la comunión del derecho y la fuerza.

El mar encadena para siempre el corazón de los fanatizados por su belleza formidable. Interrogad a sus amantes errabundos sobre la suerte que prefieren, y os dirán que anhelan recostarse sobre su seno amargo; porque alzaron su vida sobre la estrechez de los pantanos y la moldearon sobre la latitud de los océanos; porque hincharon su pecho con el aliento de las tormentas y sonrieron impávidos ante el furor de las crestas; porque prefieren las visiones fantásticas a los hervores de la plebe; porque desdeñaron, en fin, los túmulos de oro, la elocuencia de las lápidas y los lechos de rosas, para darse sin temblores al abrazo eterno de las ondas.

CRONICAS DE LA GUERRA

Lo inevitable

París, 31 de julio de 1914.

Jaurés acaba de ser asesinado. En esta hora trágica de la vida europea, ese acto se convierte en un simbolismo formidable.

El apóstol de la fraternidad universal desaparece en el instante preciso en que la gran quimera de la paz se esfuma ante la realidad de los acontecimientos, independientes, como siempre, de la voluntad y los decretos de los hombres. Las doctrinas pacifistas, los proyectos de desarme, los tratados de arbitraje, las propagandas internacionalistas, son aspiraciones generosas cuya irrealidad se manifiesta cada vez que los determinismos de la historia arman el brazo de las sociedades. La caída del "leader" socialista, efectuada a mansalva, en la serenidad de una mesa de amigos, se asemeja al derumbe brutal y rápido de una gran ilusión. Así lo hubiera juzgado el propio Jaurés si hubiera sabido que al mismo tiempo que sonaba a su espalda el disparo, el embajador de Alemania presentaba el ultimátum al gobierno de Petersburgo.

La guerra es, pues, inevitable. ¿Ha sido buscada por los gobiernos o impuesta por los pueblos? Creo que es un fatalismo oculto, que radica más en las cosas que en las organizaciones, el que arroja millones de hombres a la masacre. Las alianzas y las "ententes" han tenido, en efecto, por objeto primordial, equilibrar las fuerzas e imponer la paz por medio del terror a la guerra. Existía la convicción

de que la debilidad de unos hubiera provocado la agresión de otros, y todos se han esforzado en fundar el respeto mutuo en la acumulación de los medios de defensa y ataque. Lo que el socialismo internacional creía hallar en el desarme, los estadistas conservadores pretendían encontrarlo en el poderío militar y naval. Las dos doctrinas opuestas en la forma tendían a una finalidad idéntica. Los hechos prueban hoy lo efímero de esas concepciones y la impotencia del esfuerzo humano cuando trata de torcer los derroteros de la historia.

Todo el mundo se pregunta cuales son las causas exactas de la guerra. A mi juicio las hay lejanas e inmediatas. Para analizar las primeras habría que remontarse al pacto de Francfort y la anexión de Alsacia y Lorena; estudiar la lucha económica entre Alemania e Inglaterra; seguir la política colonial francesa y su expansión africana; hacer el balance de las dos guerras de los Balcanes; darse cuenta de la heterogeneidad del imperio austro húngaro y conocer las ambiciones rusas en Oriente. Los pensadores del porvenir, al desentrañar la filosofía de la historia de este ciclo, tendrán que seguir toda la curva de la evolución europea en los últimos cincuenta años; pero en estas breves notas, escritas para fijar las impresiones y hechos cotidianos, sólo puedo consignar una deducción simple: en último término es el sistema de las alianzas, levantado para sostener la paz, el que conduce la Europa a la conflagración. He aquí por qué.

Las hostilidades han sido rotas por Austria. Al decidirse a hacerlo, la monarquía dualista obra en virtud de un principio de conservación. Los elementos eslavos soportan mal su asimilación política al Austria; las provincias de Bosnia y Herzegovina viven en conspiración permanente contra el dominador; Serbia, acrecida territorial y militarmente, es el foco de la política antiaustriaca; Rusia, protectriz natural de la raza serbo-eslava, alza un obstáculo ame-

nazador contra las tentativas de expansión de su rival hereditaria; y bajo el cetro senil de Francisco José, ésta da pruebas de una disgregación fatal, provocada por la heterogeneidad de las ocho nacionalidades cuya unidad política se asemeja a una armadura que crujiera por todas sus junturas.

El acto de Sarajevo, efecto de las pasiones violentas que fermentan en el oriente europeo, hizo sonar la hora, para los consejeros del emperador-rey, de buscar por las armas una solución a esos problemas. Es evidente que buscan mantener la unidad política de la monarquía danubiana, amenazada por la conspiración interna y los elementos de disolución que la circundan. El asesinato del archiduque ofreció la ocasión, especialmente a los ojos de la Europa monárquica; Francisco José dejó obrar al conde Berchtold, cuya nota conminatoria fué, sin embargo, aceptada, como una concesión excepcional a la causa de la paz; pero la cancillería de Viena estaba demasiado resuelta a liquidar la situación para inclinarse ante las disposiciones conciliatorias de M. Patchitch: el 25 de julio, a las seis y media de la tarde, el ministro austriaco abandonaba la capital serbia y el estado mayor daba la orden de cruzar el Danubio.

¿Podía la Rusia cruzarse de brazos? ¿Iba a asistir impasible al desmembramiento de la raza eslava, "de su parienta de fe y de sangre", como la llama el zar? ¿Permitiría la expansión de la potencia enemiga, capaz de abrirse ruta, al amparo de sus águilas victoriosas, hacia Constantinopla y los estrechos?

Nadie lo creyó, y desde ese instante el fantasma de la conflagración europea dejó sus velos para convertirse en una próxima y pavorosa realidad.

Por su parte, Alemania aduce dos razones para decretar sus preparativos de guerra: su tratado de alianza con Austria-Hungría y el peligro formidable de la movilización rusa que, lenta en llevarse a cabo, constituye al completarse una masa de cuatro o cinco

millones de hombres, capaz de conmover la solidez de la estructura germánica.

Aquí surgen dudas que los elementos precarios de información de que disponemos no permiten aclarar aún. Si sus obligaciones con Austria la obligan a des-
envainar la espada, ¿por qué Alemania dejó llegar a su aliada a este callejón sin más salida que la guerra general? ¿O acaso es esta una solución apetecida por los hombres de Berlín? ¿Estamos en presencia de una franca tentativa imperialista conducida por un grupo de locos trágicos?

¿Dónde está la verdad?

¿La intervención inglesa fué sincera? La tesis alemana sostiene que el kaiser hubiera consentido en negociar, si el zar hubiera detenido la movilización. ¡Exigencia imposible después del bombardeo de Belgrado! Y cuando el conde de Portalis dió doce horas a M. Sazonow para ordenar la desmovilización, era porque había que ganar tiempo sobre las masas rusas en marcha hacia la frontera.

Lo cierto es que la decisión del gobierno de Berlín obliga al intervención francesa, fiel a la letra de sus compromisos internacionales. La repercusión de esta actitud empujará fatalmente a la Gran Bretaña dentro del círculo mortal. Europa se convierte, pues, en un vasto campo de batalla, y los cuarenta y cuatro años de paz sólo habrán servido para alimentar engañosas ilusiones y la civilización para perfeccionar los elementos de destrucción. Estaría escrito. (1).

(1) Las reflexiones que preceden fueron escritas por el autor en la noche trágica del 31 de julio al 1.º de agosto, bajo la sugestión de una catástrofe que solo había de tardar breves horas en producirse y largos años en desvanecerse. ¿Dónde está la verdad? nos preguntábamos entonces ¿y dónde está la verdad? nos preguntamos hoy, nueve años después de aquella noche sombría. Todos mintieron en la guerra y todos siguen mintiendo en esta paz menguada... Solo una verdad siniestra aparece sobre las ruinas: ocho millones de hombres que han muerto para que el mundo esté peor que antes.

De pie y en silencio

París, 1º de agosto de 1914.

Fuí esta mañana al Crédit Lyonnais. En el metropolitano, los bulevares y los cafés, hombres y mujeres estaban absortos en la lectura de los diarios, y aunque preocupada, su apariencia era tranquila. Al llegar al Banco me llamó la atención la muchedumbre de extranjeros que llenaba los grandes halls, esperando el turno, con el propósito evidente de retirar fondos y marcharse de París. La decepción era grande cuando se informaba a la vasta mayoría de la inutilidad de su gestión. El que conseguía que se le entregara la cuarta parte de su depósito o la sexta de su carta de crédito, podía darse por muy bien servido. En general no se pagaba. A mi me declararon que les era imposible satisfacerme. Yo tenía en esa institución, desde años atrás, un crédito mensual abierto por el Banco de la República del Uruguay, y hasta ese día mis operaciones se habían ejecutado regularmente. El jefe de la sección basó su nueva actitud en el hecho de que aquel banco no tenía, en esos momentos, fondos acreditados en París.

Esa aseveración me sirvió de pretexto para visitar a los gerentes del Banco Español del Río de la Plata y de la "Banque Francaise pour le commerce et l'industrie", e informarme de los efectos de la situación internacional sobre las transacciones del dinero. En realidad no había pánico, pero el oro se ocultaba y el cambio se había vuelto tan difícil que el Banco de Francia, cuyo encaje se eleva a la suma

fantástica de cuatro mil millones de francos, acababa de lanzar una emisión de billetes de cinco y veinte francos. Los gerentes fundaron las medidas de restricción en la convicción de que la guerra era cuestión de horas, y las reservas en metálico serían insuficientes por la imposibilidad de recibir numerario del extranjero. La víspera, la bolsa había clausurado sus puertas y la renta francesa descendido a 78.

En lo que me concierne me encontraba sin dinero, y con la probabilidad de no poder recibirlo durante el curso de la guerra. Mi primera medida fué ofrecerme un excelente almuerzo.

A las 4 y 30 de la tarde, al pasar por la oficina de correos de la calle La Pérouse, ví que el director fijaba un despacho en la puerta. La gente se precipitaba a leerlo. Solo contenía estas palabras: "Urgente. Transmisión recomendada. Orden de movilización general. Primer día de la movilización: domingo 2 de agosto."

El laconismo del aviso aumentaba su terrible significado. A contar de las doce de la noche todos los hombres en estado de llevar armas debían enrolarse bajo las banderas de combate. Desde el profesor al empleado, desde el artista al obrero, el uniforme militar iba a reemplazar el traje civil. El territorio se convertía en un inmenso campamento. Las universidades, usinas, fábricas, palacios, talleres, oficinas y cabañas, quedarían desiertos o guardados por mujeres. Los medios de locomoción pública suspendidos, el correo restringido, los ferrocarriles reservados exclusivamente al transporte de las tropas y elementos de guerra. En breves horas toda la vida nacional quedaba paralizada; solo se oiría el rumor profundo de dos millones de hombres marchando hacia la frontera.

La noticia circuló como un rayo pero no alteró la calma de París. Oí comentarios generales, pero ni una protesta, ni siquiera una expresión de sorpresa llegaron a mis oídos. En cambio, de los grupos salían voces re-

sueltas. La opinión había previsto la emergencia. Dos horas después el diario "Le Matin" lanzaba una edición extraordinaria conteniendo el decreto de movilización, precedido de este título: "De pie y en silencio".

En los países de servicio militar obligatorio cada ciudadano al salir del regimiento, una vez terminado su período de instrucción, lleva en su bolsillo una libreta en que están consignados los datos relativos a su reincorporación al servicio activo, en caso de movilización. Cada hombre sabe el día en que debe presentarse a su regimiento, la estación ferrocarrilera a que debe dirigirse, la hora del tren que le corresponde y hasta el vagón que le está señalado. Todos los trenes están monopolizados por la autoridad militar.

La movilización es, pues, la operación previa, en que los efectivos se incorporan a sus unidades. Ella es seguida inmediatamente de la concentración, segunda y última etapa dirigida exclusivamente por los estados mayores, que reúnen a los cuerpos del ejército en los puntos estratégicos.

Esta noche a las diez la explicación de aquella grave orden se esparció por la capital: Rusia había dado una rotunda negativa a la exigencia alemana de desarme y el emperador Guillermo declaraba la guerra a Nicolás II.

La conversión de Hervé

París, 2 de agosto de 1914.

El día se inicia con la nueva de la neutralidad italiana. La estructura de la triple alianza se quebranta antes de iniciarse las hostilidades.

Según la tesis de Roma, la neutralidad está legalmente justificada sin salirse de la letra de los pactos. El tratado de alianza establece la participación de Italia en caso de guerra defensiva (*casus foederis*). Los estadistas de la consulta han interpretado la iniciativa germánica y la declaración austriaca como dos agresiones o actos de carácter definitivamente ofensivos que desligan a Italia de todo compromiso internacional. En estos momentos se ignora aún la acogida que M. de Flotow, embajador alemán ante el Quirinal, habrá hecho a la doctrina del marqués de San Giuliano; pero el proceso de los últimos acontecimientos explica la resistencia de Italia a colaborar en esta tentativa de engrandecimiento germano-austriaco. La expansión de la enemiga secular, precisamente hacia esa Albania codiciada, debía provocar una violenta resistencia en el espíritu del pueblo, y el aniquilamiento eventual de Montenegro suscitar amarguras en la corte. Esta neutralidad es una prueba más de lo deleznable de las convenciones políticas que no se fundan en la comunidad de intereses; pero no deja también de constituir un éxito para M. Barrère, el embajador de Francia que ha trabajado tenazmente durante quince años para separar a Italia de sus amistades políticas.

• •

Una de las preocupaciones más serias del gobierno y de los altos jefes militares la constituía la actitud amenazante de la clase obrera y de los demagogos socialistas. Es conocida la violenta propaganda de estos elementos contra la idea de guerra, su campaña contra la ley que aumentaba a tres años el servicio militar obligatorio, la negativa de los diputados de la extrema izquierda de votar el presupuesto de la defensa nacional y las insinuaciones de insurrección frente al enemigo. Y bien, toda esa armadura subversiva se ha venido al suelo, espontáneamente, en las últimas 48 horas. Edouard Vaillant proclamó anoche, en una asamblea de anarquistas, el deber de tomar las armas para defender la república contra la agresión imperialista; la confederación general del trabajo ha lanzado un manifiesto patriótico; y en la prensa de esta mañana, el célebre agitador revolucionario, Gustave Hervé, dirige al ministro de la guerra la carta abierta que traduzco a renglón seguido, como la mejor prueba que puede ofrecerse de la inconsistencia y falsedad de las doctrinas antimilitaristas cuando suena la hora de las resoluciones supremas y la silueta del invasor se perfila sobre el suelo nativo. Hela aquí:

“Señor ministro de la guerra: Cuando tenía veinte años, pretextando miopía, me hice exceptuar porque era sostén de familia. Hoy, a pesar de la miopía y de mis 43 años, me siento capaz de hacer una campaña.

Como en la guerra que va a estallar la Francia ha hecho lo imposible para evitar la catástrofe, le ruego incorporarme, como un favor especial, al primer regimiento de infantería que parta para la frontera.

Después de haberme expulsado de la universidad, arrojado del foro y condenado a más de 11 años de prisión, a pretexto de que yo carecía de patriotismo, cuando todo mi crimen, como el de mi partido y el de la confederación general del trabajo, era querer impedir

la catástrofe de hoy, usted pensará conmigo que la república me debe esta brillante compensación.

Viva Francia.—Gustavo Hervé.”

Las primeras avanzadas alemanas han entrado en acción.

En la mañana de hoy una división de caballería invadió el Luxemburgo, cuya neutralidad estaba garantizada por el tratado de Londres, firmado en 1869. Esta violación de territorio debe obedecer a la necesidad de una operación estratégica ordenada por el estado mayor prusiano, que evidencia así su propósito de invadir la Francia por toda la zona del este. La ocupación del gran ducado ha sido simultánea a la incursión de destacamentos alemanes en Longwy, Montreux-Vieux y Joncherey, donde han tenido lugar las primeras escaramuzas con los puestos avanzados franceses. He podido constatar un sentimiento general de cólera en los comentarios callejeros. El ataque alemán no sorprende a nadie, pero se argumenta que no ha sido precedido de declaración de guerra. Se hace notar que el barón de Schoen, embajador alemán, permanece en su puesto, y que el representante francés en Berlín, M. Cambon, no ha dejado el suyo.

París está cruzado de automóviles y carruajes que conducen militares a las estaciones ferrocarrileras. Los reservistas parten en gran número, llenos de buen humor, acompañados por el saludo de los grupos y la entusiasta simpatía de las mujeres, quienes les arrojan besos y flores.

La resurrección de Polonia

París, 15 de agosto de 1914.

El manifiesto del zar Nicolás II sobre la reconstitución de la Polonia acaba de ser publicado por la prensa francesa.

Permítaseme que en medio del fragor de las armas que domina Europa y del ambiente que reconozco poco propicio a las disertaciones filosóficas, haga lugar a algunas reflexiones serenas sobre ese acto de alta justicia que reconstituye una nación fragmentada por las coaliciones de la fuerza. Si el reparto de Polonia fué una consecuencia fatal de sus discordias y guerras intestinas, ciento cincuenta años de vida espiritual y de fuerte arraigo moral justifican el derecho de esa raza a levantarse nuevamente y a señalar sus fronteras con los jalones de la independencia.

La resolución de Nicolás II es el resultado de un proyecto concebido hace largos años y no una medida provocada por las necesidades de esta gran guerra. Esto contribuye a dar un sello de grandeza al úkase del zar, y está de acuerdo, por otra parte, con la política que la Rusia ha seguido en los últimos años.

En efecto, si el gobierno de Petersburgo decretó la movilización de sus fuerzas, fué porque prefirió la guerra antes que permitir la invasión y la ruina de la pequeña Serbia, su "parienta de fe y de sangre". La Polonia es también un pueblo eslavo, y el alma rusa entiende velar por la integridad de su raza. La opinión pública sudamericana comprenderá difícilmente este gran principio, pues los pueblos del nuevo mundo, por la diversidad de los elementos que los constituyen,

no tienen sino una idea vaga de la solidaridad de raza, que es, en cambio, un factor preponderante en las relaciones de las sociedades europeas. Esta orientación tan firme y tan de acuerdo con los principios que rigen la marcha del viejo mundo, es la que da carácter a la conflagración actual. El principio de las nacionalidades se afirma como la causa de la guerra, y lo que constituye el verdadero significado de esta, es la liberación de los elementos que la fuerza había incorporado a estados de raza diferente, y su vuelta al seno de su patria de origen. Por eso Serbia invade la Bosnia-Herzegovina, reivindicando su posesión; Francia hace lo mismo con la Alsacia-Lorena; Rusia rompe primero con el Austria, a fin de proteger a un pueblo de su raza, y se alza luego como liberatriz de la Polonia, en razón de ser eslava como ella; e Italia prepara sus efectivos para ocupar militarmente Trento y Trieste, sin que nadie se permita discutir la legitimidad de sus aspiraciones irredentistas.

Las fronteras de los pueblos no se decretan según los caprichos de la fuerza. Tarde o temprano las arbitrariedades que comportan los golpes felices del imperialismo se ven minadas por la obra silenciosa del atavismo, esa potencia inmortal que perpetúa en el hombre, a la vez que las características físicas, la tradición, la lengua, las costumbres, la religión. Esos elementos no sucumben jamás; ni en los judíos, que carecen de patria desde hace veinte siglos; ni en los polacos, que perdieron la suya hace ciento cincuenta años; ni en los alsaciaciones que, bajo el yugo prusiano, han hecho surgir generaciones más francesas que las anteriores. Desde la aurora de la historia las conquistas del derecho se realizan con la espada. La civilización misma, en vez de atenuar ese sistema, que puede suponerse a primera vista primitivo, no ha dejado de confirmarlo. Más aún: las civilizaciones sucesivas de la humanidad han surgido de los choques sangrientos entre razas. Así las victorias de Alejandro, que fun-

dieron en una las culturas de la Grecia y la Persia; así las invasiones de los bárbaros, que inundaron un mundo corrompido, para provocar más tarde la floración del occidente; y así la última guerra europea, en 1870, que produjo el progreso sorprendente de Alemania, como fruto de sus victorias militares. Por eso la filosofía saluda la guerra como una ley tan fatal como admirable, que por encima de sus males marca siempre un paso gigantesco en la obra de la evolución universal.

Velada de armas

París, 19 de agosto de 1914.

Las grandes operaciones militares que van a iniciarse de un día a otro, tendrán por teatro una vasta zona que, arrancando de Maestrich, extremo sud de Holanda, se prolonga a través de Bélgica, pasa por Lieja y Namur, las dos plazas fortificadas, y recorre todo lo largo de la frontera franco-alemana, desde Longwy hasta Belfort, en los límites con Suiza.

Esa faja de tierra, semejable hoy a una cortina de hierro, se diseña sobre una extensión de 400 kilómetros, y está ocupada en su totalidad por los ejércitos enemigos.

La naturaleza del terreno y los obstáculos propios o artificiales que se han acumulado, dividen esa faja de tierra en cuatro zonas diferentes.

La primera la constituye el territorio belga, invadido en parte por las masas alemanas que trataron cruzarlo para precipitarse sobre Francia; y de otra, por los ejércitos aliados: el inglés, cuyos efectivos han desembarcado sin interrupción en Ostende, Calais y Dunkerque; el belga, concentrado desde la ribera izquierda del Mosa hasta la plaza de Amberes; y el francés, que desplegando a su vanguardia fuertes columnas de caballería, ocupa el Luxemburgo belga y llena el territorio que se extiende al sud de Namur.

La segunda zona del campo de batalla del lado francés se muestra desde Longwy hasta Nancy. Es una vasta llanura cuyas rutas se orientan paralelamente de este a oeste, como abiertas a la invasión. La ingeniería militar ha conjurado el peligro levantando una barre-

ra de fortificaciones que los técnicos designan con el nombre de “dique del norte” y que tiene por soportes principales las plazas de Toul y Verdún.

La región comprendido entre Nancy y el monte Donon forma la tercera zona, cuya base defensiva es el fuerte de Manonvillers que domina con su gruesa artillería las carreteras y la vía férrea de Nancy a Estrasburgo.

La última zona de esta larga línea de fuego se extiende desde el monte Donon hasta el llamado “globo de Alsacia”; es la cadena de los Vosgos, que separa aquí las dos razas enemigas. La estrategia francesa ha opuesto en este punto a la inundación prusiana, el “dique del sud”, que se apoya en las plazas de Epinal y Belfort.

Del lado de los Vosgos se abre una faja de tierra que va hasta el Rhin, y que tiene como cabeza la ciudad de Estrasburgo. Es la Alsacia, la vieja Alsacia cantada por la lira bélica de Paul Déroulède, hacia la cual se torna la mirada de la Francia entera, resuelta a no dejar las armas hasta reconquistar ese fragmento de su patrimonio territorial.

Es de ese lado que acaba de pronunciarse la ofensiva francesa. Las crestas de los Vosgos y las gargantas que dan paso al territorio anexado, han sido ganadas en estos últimos días a fuerza de metralla y bayoneta. El contacto de las muchedumbres armadas es hoy tan estrecho, a lo largo del terreno que hemos bosquejado, que el gran choque no puede tardar en producirse. Desde Belfort hasta Lieja, dos millones de hombres van a librar la batalla más grandiosa de los tiempos. Las razas gala, germánica y anglo-sajona medirán su formidable potencia. Sea cual fuere el resultado, la civilización se cubrirá de luto.

Un eminente escritor militar francés nos ha dado a conocer las características generales del gran problema estratégico que se plantea en las fronteras arriba descritas.

“Es la totalidad del ejército francés—dice—que va a chocar con la totalidad del ejército alemán, excepción hecha de las unidades concentradas en la frontera oriental del imperio.

Es esta enorme extensión de los efectivos y del frente que caracterizará la batalla y la diferenciará profundamente de los choques de otros tiempos.

En otra época, cuando los adversarios chocaban sobre un frente de 20 a 30 kilómetros, la batalla revestía un doble carácter: era rápida e inmediatamente decisiva. Hoy, con un frente de 400 kilómetros, no puede suceder lo mismo. Es muy difícil que uno de los adversarios alcance una ventaja decisiva sobre la totalidad de ese vasto frente. Nuestras operaciones no tendrán la misma fortuna de un extremo a otro de esta inmensa línea. Nosotros obtendremos ventajas sobre uno o varios puntos, y los alemanes la conseguirán sobre otro. Así resultará, de una y otra parte, al fin del primer choque, una sinuosidad de la línea de batalla, que continuará modificándose durante los días siguientes hasta que uno de los dos enemigos llegue a tomar—por la coordinación de sus movimientos y la masa de su esfuerzo—sobre un punto dado, la superioridad que dislocará el frente adverso y marcará la conclusión de la primera batalla”.

Como lo he hecho notar, el contacto de las fuerzas permite afirmar que vamos a asistir, de un momento a otro, a los prolegómenos del choque.

La marcha de la guerra

París, 21 de agosto de 1914.

Los rumores que circulaban desde hace cuarenta y ocho horas sobre la marcha de las fuerzas alemanas sobre Bruselas, han tenido amplia confirmación. La inferioridad numérica del ejército belga decidió a su estado mayor a colocar la totalidad de las tropas al abrigo de la plaza de Amberes, cuyas obras de fortificación la garantizan contra todo ataque. El rey, los poderes públicos y el cuerpo diplomático, transfirieron también su residencia a la gran metrópoli comercial que asegura por el Escalda sus comunicaciones con el mundo.

La entrada de las fuerzas alemanas a Bruselas se efectuó en la tarde del 19. Todo un cuerpo de ejército desfiló por los bulevares y cruzó la ciudad a paso de parada, yendo a acampar a 15 kilómetros al sud, entre Waterloo y Nivelles.

El burgomaestre, M. Max, y las autoridades comunales, se mostraron llenos de dignidad y firmeza, celebrando con el general Sixtus von Arnim, jefe del cuerpo de ocupación, el siguiente convenio:

- 1º—Libre paso de las tropas alemanas por Bruselas.
- 2º—Alojamiento de una guarnición de 3000 hombres en los cuarteles.
- 3º—Pago en oro de las adquisiciones que se lleven a cabo por las fuerzas de ocupación.
- 4º—Respeto a los habitantes y a las propiedades públicas y privadas.
- 5º—Dirección de los asuntos públicos por la autoridad municipal, sin control alemán.

La cláusula dura, que no figura en este convenio, es el pago de una indemnización de guerra de 200 millones de francos, que los vencedores exigen de Bruselas. Apenas conocida, los gobiernos inglés y francés ofrecieron al belga un adelanto de 500 millones "C'est un beau geste". "El Daily Mail" observa, sin embargo, que ese préstamo será devuelto por Alemania con intereses compuestos...

*

* *

París, 23 de agosto de 1914.

Tres acontecimientos militares tuvieron lugar en el curso de la semana que finaliza.

Desde el comienzo de la campaña, la ofensiva serbia se diseñó sobre las provincias de Bosnia y Herzegovina. A su vez, las fuerzas austriacas, después de haber bombardeado Belgrado y tentado inútilmente de cruzar el Danubio, lograron invadir el territorio de Serbia por los ríos Drina y Save. Sus efectivos, compuestos por el 13º, 15º y 16º cuerpos de ejército, chocaron contra las masas del tercer bando serbio. La acción, que duró dos días y produjo la intervención de 300.000 hombres, se terminó con la derrota del ejército austriaco, cuyo desorden y pérdidas enormes comprometen gravemente el porvenir de la campaña. Esta victoria quedará en la historia de Serbia con el nombre de Tzer.

El segundo hecho de armas tuvo lugar en Alsacia. Los franceses, que se habían visto obligados a retroceder algunos kilómetros al sud de Mulhouse, repitieron su ataque apoyados por fuerzas considerables colocadas bajo el mando del general Pau. Esta nueva ofensiva les ha asegurado la posesión de la alta Alsacia.

La entrada en acción de los ejércitos rusos se produjo inmediatamente después de terminadas las operaciones de concentración, ganando diez días sobre el período previsto.

La invasión se llevó a cabo simultáneamente sobre

Austria y Alemania. En la primera, las masas de caballería iniciaron su marcha sobre Galitzia, librando algunos combates parciales. En la segunda, el primer ejército ruso, a órdenes del general Rennenkampf, encontró una vigorosa resistencia alemana.

La Prusia oriental, teatro de las operaciones actuales, forma un territorio estrechado entre la Polonia y el mar Báltico. Detrás de la línea fronteriza tomaron posesión dos cuerpos de ejército alemanes, probablemente el 1º y el 3º, representados por catorce regimientos y una numerosa artillería pesada. La ofensiva rusa, efectuada por fuerzas numéricas superiores, reclamó la presencia de nuevos efectivos prusianos que alcanzaron, en total, 120.000 hombres.

A contar desde el primer choque de las vanguardias la batalla se prolongó, sobre un frente de cincuenta kilómetros, por espacio de dos días. El 21, el ala izquierda rusa logró desalojar al enemigo de sus posiciones; al día siguiente éste solicitó un armisticio, que le fué negado; y el 22, la totalidad de las fuerzas prusianas se retiró quebrada, perseguida tenazmente por los cosacos.

Entre los muertos se cuentan varios miembros distinguidos de la aristocracia eslava, entre otros, el conde Pedro Benekendorf, hijo del eminente embajador de Rusia en Londres.

La batalla de Gumbinnen, que representa para los alemanes una enorme pérdida de vidas, artillería y material ferrocarrilero, asegura a los rusos la posesión de las ciudades de Airis y Glodan. En su avance, el ejército vencedor va a operar ahora en una región llena de lagos, defendida por las fortificaciones de Königsberg, Dantzig, Allestein y Thorn. Su plan evidente es dominar ese territorio para poder realizar la invasión de Posen por los cuerpos de ejército concentrados en la frontera de Polonia, y ejecutar operaciones simultáneas hacia el objetivo de Berlín.

París, 24 de agosto de 1914.

El tratado de alianza existente entre la Inglaterra y el Japón, hacía prever la intervención de la potencia asiática en la conflagración actual. Ella se produjo el 16 del corriente, en forma de un ultimatum dirigido a la cancillería de Berlín.

En ese documento el gobierno del mikado reclamaba el desarme de las unidades de la flota germánica estacionadas en los mares de oriente, y la evacuación de Kia-Tcheo.

El territorio de ese nombre y la bahía que le da acceso están situados en la provincia china de Chan-Tung; su población es de 85.000 habitantes y han sido fortificados considerablemente en los últimos años.

El plazo fijado en el ultimatum japonés feneció ayer sin que la cancillería alemana hubiera dado respuesta. En consecuencia, a las seis de la tarde, el gobierno de Tokio notificó a las potencias que el imperio del sol levante se encontraba en estado de guerra con Alemania.

*

* *

Los elementos alarmistas que no faltan en París, como en ninguna parte, han hallado motivos para propagar su pesimismo. Hoy se conocen, en efecto, algunos datos relativos a la derrota del 21, sufrida por las fuerzas francesas en Lorena.

En los días precedentes una combinación estratégica había permitido el pasaje de las tropas francesas hacia aquella provincia y la ocupación de una porción del territorio anexado. El contra-ataque alemán, llevado a cabo por tres cuerpos de ejército, hubiera sido probablemente contenido, sin la retirada en desorden de una división del 15º cuerpo, que arrastró la casi totalidad de las fuerzas francesas comprometidas en la acción.

Se afirma que la represión ha sido sangrienta y que ese acto de indisciplina o cobardía ha provocado fusilamientos en masa. El ministerio de la guerra no ha dado detalles, lo que ha sido juzgado severamente por la prensa de esta mañana. Clémenceau, Stéphen Pichon, el conde de Mun y Marcel Sembat, desde sus órganos respectivos, exigen que se diga a la opinión pública toda la verdad, aún en la hipótesis de los peores desastres. Sólo se sabe que las pérdidas ascienden a 10.000 hombres y que los prusianos han ocupado Luneville.

Me permito opinar que este accidente es reparable y que no tendrá consecuencias graves. Se trata de un caso aislado. El espíritu del ejército francés es inaccesible al pánico. Además, las oscilaciones de la línea de batalla, especialmente en los Vosgos, y el flujo y reflujo de las fuerzas en contacto, son fenómenos lógicos y sin influencia en el resultado final de las operaciones estratégicas. No hay que olvidar que es esta una guerra a muerte, implacable y larga, en la que la sangre fría constituye el factor moral indispensable.

La batalla de Charleroi

París, 25 de agosto de 1914.

El día 22 del corriente, al iniciarse la gran batalla que continúa a esta hora, y a cuya disposición general se refieren mis notas del 19, las fuerzas alemanas tendidas sobre el Mosa estaban constituídas por el 2º, 4º, 7º, 9º y 10º cuerpos de ejército, con cinco divisiones de caballería independientes, comprendiendo en ellas la 2ª, 5ª y 9ª divisiones de la guardia. Los tres últimos cuerpos citados formaban el primer ejército. El segundo, que ocupaba la ribera izquierda del río, se componía del 6º y 11º cuerpos. El tercero, sobre el Luxemburgo belga, estaba constituido por la 12ª y 19ª divisiones de la guardia. El cuarto, en el gran ducado del Luxemburgo, por el 8º, 16º y 18º cuerpos, la 3ª y 6ª divisiones prusianas y el 1º, 2º y 3º cuerpos bávarios, con la 7ª división de caballería; y el quinto en Alsacia, por el 13º, 14º y 15º cuerpos del ejército.

Como lo indiqué en mis notas del 19 del corriente, esta formidable máquina reúne la casi totalidad de las fuerzas alemanas, formaciones de la activa y de la reserva, abstracción hecha de los cinco cuerpos que tratan de contener la invasión moscovita en la Prusia oriental.

Esta acumulación de efectivos tiene por objeto el desbordar la frontera de Francia, desde Lille hasta Belfort y tratar de aniquilar en choques rápidos los ejércitos franceses cuya derrota eventual los precipitaría sobre París. Los ferrocarriles estratégicos de que está cruzada Alemania transportarían entonces los cuerpos vencedores hacia las riberas del Báltico y los

confinos de Polonia, para constituir una barrera infranqueable a la ofensiva rusa.

Este plan revela una concepción tan audaz como robusta, y demuestra la confianza que el estado mayor prusiano acuerda a la eficacia de su acción, a la vez que la idea incompleta o errónea que posee sobre el espíritu y la organización militar de Francia.

La resistencia encarnizada de Lieja, la estabilidad estratégica de Namur y la ofensiva francesa en Alsacia y Lorena, se vieron completadas con la movilización sorprendente de Rusia, que ganando tiempo, precipitó la invasión y señaló su eficacia con la victoria de Gumbinnen. El plan prusiano ha sufrido, por consiguiente, un retardo considerable, pero su ejecución se prosigue con tenaz energía. De ahí la batalla que se libra desde hace tres días sobre el territorio belga, desde Mons hasta el Luxemburgo, y que se propaga ya a lo largo de la frontera este.

El día 22, el ejército inglés, a las órdenes del feld-mariscal sir John French, tomó posición de batalla en los alrededores de Mons, a la izquierda de las tropas aliadas.

Un ejército francés, partiendo del Woevre septentrional (al norte del departamento de Meurthe y Mosela) se dirigió sobre Neufchateau, en la provincia de Luxemburgo.

Un tercer ejército, salido de la región de Sedán, atravesó las selvas de los Ardennes en marcha sobre las fuerzas alemanas tendidas sobre el Mosa.

Un cuarto ejército, subiendo de Chimay, avanzó por la comarca que se extiende entre los ríos Sambre y Mosa. y ocupó Charleroi.

La totalidad de estas fuerzas, bajo la dirección del generalísimo Joffre, maniobró en el sentido de romper el centro de las masas alemanas que descendían hacia la frontera de Francia.

Hoy, una noticia sintética del ministerio de la guerra anuncia que el estado mayor ha renunciado a la

ofensiva y que los ejércitos franceses han retrocedido hasta la frontera.

No hay detalles ni crónicas. La angustia de París es evidente. Se cree que algo muy grave se oculta en el silencio de las autoridades militares.

✱

✱ ✱

París, 26 de agosto de 1914.

Se sabe que la batalla ha sido terrible. El ala derecha prusiana desbordó los ejércitos aliados. El territorio francés está invadido.

La prensa y las autoridades predicán la calma y afirman que la organización militar de Francia permanece intacta.

La unión sagrada

París, 27 de agosto de 1914.

Las consecuencias militares del éxito alemán en Sambre y Mosa han sido la invasión del territorio francés por la frontera norte y el abandono de la Alsacia por las tropas del general Pau, que han recibido orden de mantenerse a la defensiva durante varios días.

La consecuencia política fundamental se ha revelado en la dimisión del gabinete y la constitución de un ministerio de defensa nacional integrado con personalidades de primera fila.

M. Viviani ha llamado a Ribot y Marcel Sembat, dos extremos políticos. Conozco a ambos. Hace dos meses, Ribot, presidente del consejo, fué derribado por Sembat, y el eminente hombre de estado, al retirarse vencido, sonrió saludando con la mano a la izquierda doctrinaria y agresiva que condenaba en él la ley de tres años de servicio militar, tronaba contra los armamentos de la Francia y descalificaba a los socialistas como M. Briand que votaban el presupuesto de la defensa nacional... Hoy el viejo Ribot es llamado a compartir las tremendas responsabilidades de la hora, conjuntamente con su adversario de ayer. Felizmente, el primero posee demasiado "esprit" para decir al segundo: "La Francia está invadida y el enemigo marcha sobre París. No os sentís un poco cómplices? Habéis predicado el desarme, el arbitraje y el misticismo pacifista, como si la guerra no fuera una ley fatal a que está sujeto le género humano, como a la vejez y la muerte. Mientras la potencia enemiga armaba sus

legiones y educaba a sus hijos en el culto de la victoria, vosotros enervábais la opinión con vuestras discusiones demagógicas y mecíais el espíritu público en la quimera de una paz perpetua. Ilusos! Creíais en la rebelión del proletariado alemán contra el imperialismo militarista; y he aquí que el día en que el clarín del kaiser convocó a los pueblos a la guerra, el proletariado quemó su bandera roja al pie de la estatua de Bismarck!"

Jules Guesde y Delcassé son otras dos grandes figuras del nuevo gobierno. El primero es, quizá, el más eminente teórico del anarquismo. Se le llama "la encarnación francesa del marxismo". Usa lentes y melena y creía hasta ayer, como Vaillant y Jaurés, en la fraternidad universal y la abolición de las fronteras. Su decepción debe haber sido tan profunda como es sincera la cólera patriótica que agita su espíritu en estos momentos.

Es que esta guerra—como dice "Le Temps"—no mata únicamente hombres: mata ideas; y la primera que ha perecido es la del internacionalismo.

La vuelta de M. Delcassé al ministerio de negocios extranjeros es la revancha de la diplomacia fuerte, de los métodos claros y precisos, que afirmaron la alianza con Rusia, fundaron la entente con Inglaterra y desligaron a Italia de la triplice. Delcassé cayó -hace nueve años, envuelto en la ráfaga de pánico que sopló sobre Francia la víspera de Algeciras. Se le sacrificó miserablemente, a él, a su política y a sus ideas, y durante casi una década se siguió un sistema de complacencias y debilidades que provocó una crisis por año y una tensión tan violenta que hicieron maldecir de una paz mantenida a ese precio.

El tiempo ha dado razón al eminente canceller. En diplomacia como en estrategia, la mejor táctica es la que convierte a una nación en una plaza fuerte en movimiento.

La campaña rusa

París, 28 de agosto de 1914.

El redactor militar de “L’Echo de París” hace la siguiente exposición de las condiciones de la campaña rusa contra Alemania:

“Para penetrarse bien del interés de la ofensiva rusa en Alemania, es necesario tener presente lo que podría llamarse los elementos geográficos del problema.

1º—Forma de las fronteras.

2º—Distancias a franquear.

3º—Caminos.

4º—Obstáculos.

Vamos a ensayar de exponer un breve resumen.

Fronteras.—La penetración de los territorios alemán, ruso y austriaco, se parece a los bloques de granito entre dos casas contiguas: la Prusia oriental y la Galicia austriaca constituyen dos bloques entre los cuales se aloja la Polonia rusa. Resulta que, antes de franquear su frontera de Polonia, que penetra profundamente en territorio germánico, los rusos están obligados a “nivelar” su frente, atacando las dos posiciones avanzadas de Alemania y Austria: la Prusia oriental y la Galicia. Es lo que hacen actualmente.

Distancias.—A vuelo de pájaro, la frontera rusa está a 700 kilómetros de Berlín, a contar desde la extremidad del territorio alemán, es decir, desde el límite este de la Prusia oriental. Pero esa frontera no está sino a 300 kilómetros de Berlín, colocándose en el punto en que la Polonia rusa penetra como una esquina entre la Prusia y la Galicia austriaca.

Caminos.—Dos grandes vías férreas conducen de Rusia a Berlín: la primera, al norte, viene de Peters-

burgo y atraviesa la Prusia oriental por Koenisberg y Elbing; la segunda, al sud, viene de Varsovia, cruza la Polonia rusa y entra en Alemania por Thorn, sobre el Vístula. Ambas se reunen en Scheinedemuhl, a 280 kilómetros de Berlín. Otra vía férrea une las dos precedentes, en diagonal, de Thorn a Instenburg, que los rusos han ocupado ya en gran parte, así como la línea del norte, desde los alrededores de Koenigsberg y las vecindades del Vístula. Por fin, si se pasa la frontera de la Polonia rusa completamente al oeste, se encuentran vías férreas que conducen directamente a Berlín, vía Francfort sobre el Oder.

Obstáculos.—Como obstáculos naturales no se pueden citar en la Prusia oriental sino los lagos que el ejército ruso ha atravesado ya, y a la entrada de la Prusia occidental, el Vístula, que los rusos tendrán siempre el recurso de cruzar por su propio territorio.

En las proximidades de Berlín, el Oder.

Existen, por otra parte, numerosas plazas fuertes: Koenigsberg, Graudenz y Thorn, sobre le Vístula; Posen, Glogau, etc. Pero un ejército que fuera bastante numeroso para envolverlas, podría pasar entre ellas sin tropiezos.

Horas de duda

París, 29 de agosto de 1914.

Una flota inglesa de cruceros rápidos y torpederos acaba de realizar una maniobra hábil en la bahía de Heligoland, hundiendo cuatro buques de guerra alemanes.

Se sabe también que los rusos han sitiado Koenigsberg y que han empeñado una gran batalla en la Polonia austriaca, sobre un frente de 300 kilómetros.

Estas noticias, especialmente la última, contribuirán a entonar algo el espíritu de la capital, que se enerva rápidamente.

Qué pueblo sentimental e impresionable! Ayer París saludó la guerra como una promesa de revancha; hoy sufre una melancolía tan enervante como prematura; mañana, si los prusianos asoman en Saint Cloud o Montmorency, veremos a este pueblo empuñar las armas y escribir en las barricadas una nueva página de heroísmo!

Es que París posee alma de mujer, alma de mujer francesa. Tiene crisis nerviosa y abnegaciones sublimes. Si la invasión alemana le pone sitio, creo que el espectáculo que me tocará presenciar será grandioso.

Horas sombrías

París, 30 de agosto de 1914.

El día no ha podido ser más sombrío. Las noticias de origen oficial reconocen la presencia del enemigo en el departamento del Aisne, a 140 kilómetros de la capital. Ayer se combatió rudamente por impedir su avance y aunque la derecha francesa obtuvo el retroceso prusiano sobre Guise, el ala izquierda fué doblada y permitió la progresión del ejército alemán sobre La Fère.

El gobernador militar de París, general Gallieni, exige por vía de anuncios la demolición de todos los inmuebles y construcciones situados en la zona de las fortificaciones exteriores. Es la prueba de que la capital se prepara el asedio.

A la una de la tarde un avión planeó sobre París y lanzó tres bombas y un cartel conteniendo una frase sin "esprit".

Las estaciones de ferrocarril están invadidas por la gente que huye. Entre los extranjeros esto tiene aspecto de "sálvese quien pueda". Las mujeres y niños forman multitud. Juzgado en conjunto, este movimiento tendría carácter de pánico sino formara contraste con la actitud tranquila de los soldados y la confianza de las administraciones. La prensa, sin dejar de reconocer lo crítico de la hora, afirma las excelencias de la fuerza de que dispone la república y repite su fe inquebrantable en el triunfo definitivo. Insisto en que la causa principal de la huída no es tanto la aproximación del enemigo hacia la capital como la ignorancia de la táctica del estado mayor, que juzga la situación de los alemanes tanto más desfavorable cuant más lejos estén de sus centros de aprovisionamiento.

La retirada estratégica

París, 1º de septiembre de 1914.

Desde el comienzo de la guerra las autoridades militares establecieron una censura severa sobre las noticias periodísticas. Diariamente los comunicados oficiales, lacónicos al extremo, insinúan una información incompleta sobre el conjunto de las operaciones, declarando, por ejemplo, que el ala izquierda ha debido replegarse o que una garganta de los Vosgos ha sido conquistada.

No se sabe quienes mandan los cuerpos del ejército, ni en que punto del territorio operan tales unidades. El misterio es impenetrable. Todo aquello que puede constituir un elemento de información precisa, es inevitablemente ocultado. El objeto es no proporcionar datos al enemigo, que dispone de toda una organización de espías dentro de Francia.

De ahí que ignoremos las operaciones posteriores a la batalla de Charleroi. De una manera general sólo sabemos que los ejércitos aliados iniciaron el 26 de agosto una retirada estratégica, combatiendo a diario, disputando paso a paso el territorio, en una actitud terriblemente defensiva pero sin comprometer una batalla en regla. La finalidad que se persigue es gastar al enemigo, disminuir sus efectivos y obligarle a agotar sus municiones en choques largos pero no decisivos, en la seguridad de que su avance hacia el sud debilita sus masas, las aleja de su base estratégica y las atrae así a la región propicia a la batalla decisiva, que el estado mayor francés escogerá en la hora favorable.

Los ejércitos alemanes, a su vez, convergen hacia París. Son tres, hasta este momento, y están bajo las órdenes del general von Klück, general von Bulow y príncipe de Wurtemberg. Sus efectivos se elevan a un millón de hombres, y combinan sus operaciones con los ejércitos que la Alemania ha establecido en Lorena y los Vosgos, al mando del kronprinz y del príncipe heredero de Baviera. La marcha se ejecuta sobre un frente inmenso, en forma de abanico, y las masas profundas de la infantería prusiana, apoyadas por una gruesa y numerosa artillería, vienen precedidas por una nube de caballería, compuesta en su mayoría de hulanos.

He dicho que los combates son diarios. En realidad, desde el choque de Charleroi, el 23 de agosto, hasta la fecha, la batalla no ha cesado.

El 26 se libró con encarnizamiento en Cambrai, el 29 en Guise, donde los alemanes debieron replegarse, y ayer en Compiègne. Sin embargo, el método adoptado no deja a los cuerpos de ejército franceses comprometer una acción decisiva.

El generalísimo Joffre exige por ahora mantener la retirada estratégica.

El ala izquierda francesa ha efectuado así un repliegue continuo y ha ido cediendo voluntariamente ante el avance enemigo, sin perder un ápice de su solidez y poder militar. Los claros que los combates producen en sus filas, se llenan con los refuerzos que reciben a diario. Así se ha llegado hasta 100 kilómetros de París, defendido por un nuevo ejército de 300.000 hombres, a las órdenes del general Gallieni, que ha enviado sus avanzadas, en conexión con los ejércitos del norte y del Mosa, a tomar contacto con el enemigo.

En estas operaciones no sé que admirar más: si la violencia organizada de los alemanes, que conducen la guerra penetrados de la seguridad de vencer; o la calma admirable del ejército inglés, que viene soportando combates y marchas ininterrumpidas desde hace nue-

ve días; o el coraje y la resolución de los franceses, seguros de sí mismos, que saben retroceder enteros, casi intactos, cientos de kilómetros, estudiando el instante de transformar su retirada en una ofensiva fulminante.

Las bajas de los beligerantes son inmensas. Los alemanes deben haber perdido 250.000 hombres desde el comienzo de las operaciones. En los hospitales franceses hay 150.000 heridos.

La guerra en los aires

París, 2 de septiembre de 1914.

A las seis de la tarde descendía yo por la avenida de Wagram, hacia el barrio de Ternes, cuando fui detenido por una explosión súbita.

Involuntariamente, como los otros cien o quinientos transeuntes, alcé la vista. Un avión cruzaba soberbiamente el cielo de París. Era un "taube" prusiano. Su forma no dejaba lugar a dudas. Venía del norte y se deslizaba con una rapidez sorprendente hacia los barrios de la ribera izquierda del Sena.

Una serie de detonaciones que se sucedieron con un ruido seco, rápido, ininterrumpido, hizo comprender que las ametralladoras instaladas en la torre Eiffel y el Trocadero, funcionaban contra el pájaro audaz que cortaba las nubes con su vuelo impávido... Cada dos o tres minutos una nueva explosión desgarraba la atmósfera, dominando el inmenso rumor de la ciudad, como un anuncio infernal de que el aeroplano proseguía su bombardeo.

En la avenida llena de plátanos y en las ventanas profusamente adornadas de banderas tricolores, las cabezas contemplaban curiosamente las evoluciones del avión enemigo. No percibí un gesto ni una palabra denunciadores de temor. Los parisienses, "badauds" por excelencia, encontraban un encanto nuevo en ese episodio de la guerra. Comentarios burlones surgían de las bocas. Una muchacha, tipo acabado de foburgo, exclamó entre dos risas: "Voy hasta mi casa a buscar el paraguas!"

El aeroplano, a 2000 metros de altura, describió un ancho círculo y tomó la dirección del norte. Evidentemente regresaba al campamento de los suyos. Su vuelo no fué largo. Apenas había franqueado las barreras, otro avión, un biplano francés, se elevó de improviso hacia los cielos, que los fulgores del poniente teñían de reflejos aureolados, y ante los ojos de la muchedumbre abrió el fuego de su ametralladora sobre el invasor aéreo. La rapidez de éste se acentuó; se le vió huir como un pájaro hacia Chantilly; empuñarse en la latitud del firmamento hasta el punto de créerse salvado; pero antes de que su silueta se desvaneciera en la distancia, varias oscilaciones bruscas parecieron revelar que una ataxia súbita había agarrado sus alas, y el "taube" audaz se abatió en las lejanías del horizonte...

Esa noche París supo que los dos oficiales prusianos que lo montaban habían pagado su proeza con su vida.



El presidente de la república, acompañado de todos los miembros del gobierno, parte esta noche para Burdeos, que será la capital de Francia durante el resto de la guerra. Esa medida responde a la necesidad de dar un impulso nuevo a la defensa nacional y evitar la posibilidad de que la cabeza de la nación quede aislada, en caso de sitio, sin otro medio de comunicación que la radiotelegrafía de la torre Eiffel, fácil de destruir, por otra parte.

El éxodo de los parisienses se ha acentuado aún. Los bulevares y las calles solitarias denotan el abandono de lo que era hasta ayer una brillante y populosa metrópoli. París es ya solo una inmensa fortaleza que abraza en su recinto medio millón de soldados.

Los grandes almacenes y los hoteles-palacios han clausurado sus puertas. El personal superior adminis-

trativo parte igualmente para Burdeos. El cuerpo diplomático, invitado a acompañar al gobierno, sale en tren especial. A las 11 de la noche estábamos listos y la partida se efectuó en perfecto orden. A pesar de mi profunda fe en el porvenir, paso un momento amargo al alejarme... Son diez años de mi vida que quedan en París!

Una madrugada memorable

Burdeos, 3 de septiembre de 1914.

Seiscientos kilómetros separan París de Burdeos. El viaje fué largo, terriblemente largo, habiéndose detenido el tren repetidas veces durante la noche, en pleno campo, para facilitar el paso de otros trenes que, cargados de tropas, se dirigían hacia el norte, al encuentro del invasor... Al amanecer, un alto prolongado permitió a algunos viajeros un descenso al lado de la vía. Sentado en la hierba, en la alborada estival, oí poco a poco romperse el silencio profundo de aquella campiña que dormía, y avanzar un convoy interminable que acabó por llenar el espacio de cantos y rumores. En los vagones repletos apercibí oficiales y soldados, envueltos en capotes oscuros, que reían y lanzaban a plena voz estrofas belicosas, revelatrices del ánimo viril que los llevaba a la batalla. Eran cabezas jóvenes, conscientes de su deber y su fuerza, dispuestos al sacrificio por el ideal más grande y generoso que han perseguido los hijos de los hombres desde que la suerte los vinculó al fragmento de tierra en que debían crecer y multiplicarse. Era la esperanza suprema de la Francia que pasaba, armada y entera, resuelta a detener el nuevo avance germánico, realizado por cuarta vez en una centuria. Era la raza gala que renacía frente a la raza teutónica, que ha hollado veinte y ocho veces al suelo del Mosa, desde los tiempos de Clovis... Esta guerra no es más que un nuevo acto, un nuevo episodio de la lucha que las tribus germanas mantienen desde hace dos mil años contra

las tribus galo-romanas y francas. ¿Qué eran los soldados que pasaban cantando sus tradiciones, sino descendientes legítimos, de sangre y pensamiento, de los guerreros que en una larga sucesión de siglos han detenido con su esfuerzo la serie de las invasiones nórdicas? Al verlos y oírlos, se veía y oía el alma misma de la Francia, que afrontaba la guerra una vez más, resuelta a vivir y a eternizarse, en una tenaz aspiración de inmortalidad, como penetrada del rol glorioso que la historia le ha marcado en la evolución de la humanidad.

¡Podían acercarse ahora los doctrinarios de la disolución, que en los veinte últimos años habían pretendido minar la fe patriótica de Francia, clamando contra los armamentos que constituyen hoy su salvaguardia!

Los hombres de la clase territorial, todos mayores de 50 años, con la cabeza blanca, uniformados de brin, fusil al brazo, velaban por la conservación de las comunicaciones a lo largo de la vía férrea y de los puentes.

En las estaciones de tránsito había miles de heridos. El cansancio de los rostros y las desgarraduras de los uniformes evidenciaban la violencia de los choques sostenidos contra un enemigo formidable. Mujeres vestidas de blanco, luciendo en su pecho una cruz roja, rodeaban las camillas y prodigaban sus cuidados a los héroes caídos. Ni sombra de pánico. En todas partes se manifestaba sólo el deber, el cumplimiento del deber de unos y otros, de los que iban al combate y de los que venían de él, de los que empuñaban las armas, de los que conducían los trenes y de los que restañaban las heridas.

Llegué a la vieja ciudad girondina con la confirmación plena de la creencia que he tenido siempre: la Francia no será vencida. Sé que la ruda Germania conduce la guerra con la resolución inquebrantable de triunfar, y sé también que su preparación y ele-

mentos son formidables. Pero basta cruzar estos campos y ciudades para juzgar del hálito de heroísmo que anima a los millones de seres que se disputan el honor de marchar al frente y de sucumbir en el puesto. Sea cual fuere la potencia enemiga, el estoicismo de esta raza perdurará sobre sus duelos y desastres como si emanara del alma de la Roma antigua.

La víspera del Marne

Burdeos, 6 de septiembre de 1914.

Como he dicho, desde el principio de la guerra una censura severa se ha ejercido sobre las informaciones de la prensa. Diariamente el ministerio de la guerra trasmite a los diarios una nota breve, de tres o seis líneas, anunciando una operación parcial: esto es todo. De ahí la dificultad de poder fijar con frecuencia en estas notas las informaciones relativas a los hechos de guerra y a las marchas de los ejércitos. Voy a ensayar hoy de dar un resumen de las últimas.

Fracasada la ofensiva anglo-francesa en Charleroi, el generalísimo Joffre ordenó una retirada estratégica que se mantiene desde el 26 de agosto. Como creo haberlo dicho anteriormente, el ala derecha prusiana desbordó el flanco francés y la invasión al territorio se produjo desde el Mosa hasta el Somme. Las ciudades de Lille, Cambrai, Valenciennes y Amiens fueron ocupadas. Maubeuge, plaza fortificada, se vió envuelta en un círculo de fuego. Las batallas se sucedieron diariamente y en algunas prevaleció la victoria de las tropas aliadas, pero el plan del estado mayor francés no se modificó en una línea a pesar de los éxitos parciales. La orden era retroceder, y los cuerpos de ejército fueron efectuando la marcha hacia el sud, en un repliegue lento, dentro de una defensiva en regla sin perder un ápice de su solidez y poder militar.

Hoy el objetivo ha aparecido francamente. En su retirada, enormes contingentes de hombres han ido engrosando las filas francesas. Además, el ejército de

París, fuerte de 300.000 hombres, tomó contacto con el enemigo, el día 3, en la región de Compiègne a Senlis. Y lo que robustece la resistencia de los aliados, debilita a la vez el vigor de los alemanes: su masa se alarga inconsideradamente desde Bélgica hasta el Marne, presentando un fondo de resistencia cada día menos eficaz.

Ayer la noticia nos fué comunicada: los ejércitos prusianos de los generales von Kluck y von Bulow habían abandonado bruscamente el objetivo de París y variado su marcha en dirección al sud-este. Sin entrar en conjeturas, puede presentirse que buscan contacto con el tercer ejército a órdenes del príncipe de Wurtemberg, que a su vez lo mantiene con el kronprinz, para tentar una maniobra decisiva contra el grupo de ejércitos franceses.

Este objetivo explica la evolución de los ejércitos alemanes desviando bruscamente su marcha hacia el este de París. Es de suponerse que la retirada anglo-francesa en Sambre y Mosa, y su repliegue incesante hacia el sud, hayan estimulado el avance alemán en la certeza de obligar a los aliados a una batalla decisiva y destruirlos antes de aproximarse a las defensas de París. Este plan no pudo ejecutarse debido a la táctica del generalísimo Joffre, a que he aludido en mis notas del día 5, y a la presencia del nuevo factor, que representado por el ejército de la capital, a órdenes del general Gallieni, llevó sus avanzadas hasta Compiègne.

La campaña actual no ofrece, en efecto, semejanza alguna con las tres guerras que en la última centuria permitieron a las invasiones alemanas penetrar triunfalmente en París.

En 1814 el emperador Napoleón no dispuso sino de 300.000 hombres para oponer a 1.400.000 aliados; y aunque vencedor en encuentros importantes, la necesidad de defender el territorio desde el Rhin hasta los Pirineos lo obligó a una dispersión de fuerzas

que aseguró la impunidad del avance enemigo hasta la capital.

En la guerra de los Cien Días, en 1815, existió un factor que inutilizó la resistencia, al día siguiente de Waterloo: la conspiración de elementos dirigentes de la política y del ejército, que impusieron desde París el advenimiento de la restauración en una forma casi tan decisiva como pudieron hacerlo las derrotas militares.

En la penúltima guerra, del 70 al 71, la capitulación del mariscal Bazaine, en Metz, y la derrota del mariscal Mac Mahon, en Sedán, dieron a los ejércitos de Moltke una absoluta libertad de acción, que se complicó con la posesión de la vía férrea de Estrasburgo a París, vale decir, de la llave de las comunicaciones con la base estratégica.

En la presente guerra las circunstancias son singularmente distintas. Los ejércitos no han sido batidos, en la acepción militar del término, pues el fracaso de la ofensiva anglo-francesa en Charleroi no significó en manera alguna la neutralización de sus fuerzas, que efectuaron un repliegue de ocho días, aumentando constantemente sus efectivos y buscando el terreno y la hora favorables al hincapié.

¿Interpretaron los alemanes esas marchas hacia el sud como un indicio de impotencia para darles frente? ¿Creyeron que esa retirada confirmaba sus datos sobre el ejército francés, y la opinión despreciativa que se habían formado de toda la organización militar de Francia? Es muy posible. El hecho es que esa marcha violenta de los prusianos hacia el centro del país enemigo constituye una operación arriesgadísima y audaz, que en los anales militares encuentra semejanza con la campaña de Napoleón contra Rusia, en 1812, sino en las distancias recorridas, en el alejamiento de los centros estratégicos y la interposición de un territorio enemigo representado en este caso por la Bélgica.

El redactor militar del "Times" de Londres, califica de insensato este avance alemán, flanqueado por

un enemigo intacto que se apoya en varias plazas fuertes. Sin compartir el término empleado, me permito opinar que los alemanes se encuentran hoy en el dilema terrible de vencer en la batalla gigantesca que se ha empeñado desde esta madrugada en las riberas del Marne o ver su potencia militar aniquilada antes de volver a entrar en su país.

Burdeos, 7 de septiembre de 1914.

El choque se ha producido. Desde la mañana de ayer el generalísimo Joffre ha tomado resueltamente la ofensiva, atacando con la totalidad de las fuerzas a sus órdenes, que suman un millón de hombres, a los cuatro ejércitos alemanes que ocupan todo el territorio desde Meaux hasta el norte de Verdun.

Esta gran batalla durará varios días y de su resultado dependerá ciertamente la suerte de la guerra.

Los diarios contienen amplias informaciones sobre las victorias rusas en Galitzia (Polonia austriaca) y de los serbios en Bosnia-Herzegovina.

A estar a ellas, la potencia austriaca se desploma como un castillo de naipes. No lo dudo: El poder militar de la monarquía dualista carece del factor primordial de las organizaciones guerreras: la homogeneidad. No se fundan imperios duraderos ni se ganan batallas sobre la base de elementos dispersos, de fracciones de nacionalidades incorporadas por la fuerza a una corona senil. Donde falta un alma nacional la disolución hace su obra.

Tiempo habrá de desentrañar la filosofía de estos acontecimientos y fijar hondamente sus lecciones en el espíritu. Entre tanto las derrotas austriacas no pueden dejar de proyectar consecuencias gravísimas sobre las operaciones alemanas.

El comunicado del Marne

Burdeos, 11 de septiembre de 1914.

La comunicación hecha hoy a la prensa por el ministerio de la guerra es, a la vez, amplia y precisa. Contiene el anuncio de la victoria del Marne. He la aquí:

“Como se había anunciado, una batalla estaba empeñada desde el día 6 de septiembre sobre el frente que se extiende de una manera general de París a Verdun.

Desde el comienzo de la acción, el ala derecha alemana, que había llegado el 6 a la región situada al norte de Provins (ejército del general von Kluck) se vió forzado a replegarse ante la amenaza envolvente de que era objeto.

Gracias a una serie de movimientos hábiles y rápidos, ese ejército logró escapar al estrujón que lo amenazaba, y arrojó la mayor parte de sus fuerzas contra nuestra ala envolvente, al norte del Marne y al oeste del Ourcq; pero las tropas francesas que operaban en esta región, poderosamente secundadas por nuestros aliados ingleses, infligieron al enemigo pérdidas considerables y se mantuvieron el tiempo necesario para permitir a nuestra ofensiva de progresar en los demás puntos.

Actualmente y de ese lado, el enemigo está en retirada hacia el Aisne y el Oise. Ha retrocedido, por consiguiente, de 60 a 75 kilómetros en cuatro días. Entre tanto las fuerzas anglo-francesas que operaban al sud del Marne, no han cesado de proseguir su ofensiva.

Partidas unas de la región situada al sud de la selva de Crecy, y otras de la región al norte de Provins y al sud de Esternay, desembocaron todas en el Marne, al norte de Chateau-Thierry, habiéndose empuñado violentos combates desde el principio, en la comarca de La Ferté-Gaucher, de Esternay y de Montmirail.

La izquierda del ejército del general von Kluck, así como el general von Bulow, se replegaron ante nuestras tropas.

En la región situada entre las mesetas al norte de Sezanne y Vitry-le-François, es donde se han librado los combates más encarnizados. Ahí operaban, además del ala izquierda del general von Bulow, el ejército sajón y una parte del ejército mandado por el príncipe de Wurtemberg.

Por medio de violentos y repetidos ataques, los alemanes trataron de romper nuestro centro, sin lograrlo. A nuestra vez, los éxitos que obtuvimos en las mesetas al norte de Sezanne nos permitieron tomar la ofensiva, y durante la noche de ayer el enemigo rompió el combate sobre el frente situado entre Saint-Gond y la región de Sommesons para replegarse hacia el oeste de Vitry-le-François.

Sobre el Onzain, así como entre Argona y el Mosa, donde operan los ejércitos del príncipe de Wurtemberg y del kronprinz, la batalla dura todavía, con alternativas de avance y retroceso, pero sin cambio importante en su conjunto.

Así la primera faz de la batalla del Marne se decide en favor de los aliados, pues el ala derecha y el centro alemanes están actualmente en retirada.

A nuestra derecha la situación permanece sin variación, como en los Vosgos y ante Nancy, que algunas piezas de artillería alemana, de largo alcance, han tratado de bombardear.

La situación general se ha transformado, pues,

completamente, desde el punto de vista estratégico como desde el punto de vista táctico. No solamente nuestras tropas han detenido la marcha de los alemanes, que estos juzgaban victoriosa, sino que el enemigo retrocede ante nosotros en casi todos los puntos''.

La filosofía del Marne

Burdeos, 13 de septiembre de 1914.

Confirmación de la victoria.

Desde hace cuarenta y ocho horas Francia está llena de los rumores del triunfo. El parte del generalísimo, las felicitaciones de los pueblos y gobiernos aliados, los episodios del inmenso choque, son reproducidos y analizados por los diarios entre manifestaciones de entusiasmo patriótico. Convengamos en que si las proyecciones militares de la batalla justifican el regocijo público, su significado moral tiene un carácter más amplio y decisivo que las ventajas materiales obtenidas.

Creo, en efecto, que la victoria del Marne aporta la liberación moral de la Francia y su justificación militar ante la opinión del mundo.

La liberación moral, porque hace cuarenta y cuatro años que la nación vivía bajo la opresión de la derrota y la amenaza de una nueva "débâcle". Las generaciones actuales han crecido viendo desarrollarse cada año más la potencia germánica y escuchando los laudos que todos los pueblos de la tierra tributaban a la gloria científica, industrial y militar de Alemania. En la última década, las intervenciones repetidas de la cancillería imperial en la política francesa de expansión—especialmente en Algeciras y Agadir—tomaron relieve de imposiciones hirientes para el patriotismo. Se negoció siempre, se cedió muchas veces, bajo la presión angustiosa de los recuerdos del 70; y digámoslo francamente, hasta la aspiración de reconquistar las

provincias arrancadas por el tratado de Francfort, había sido reemplazada en el alma de la masa por la aspiración de la paz, quimera generosa a la que se habían asido los genios directores de la opinión, desde Waldeck-Rousseau hasta Jaurés. Existía en Francia una vacilación evidente, una duda atroz en los resultados de una guerra contra la poderosa confederación germánica. Las circunstancias la decidieron, sin permitir que el país pensara en su declaración, tan brusco y rápido fueron su estallido y su propagación. Y he aquí que, respondiendo como un solo hombre al llamado de movilización, el pueblo francés se informa con angustia del fracaso de su primera operación militar en Charleroi; sigue con profunda tristeza la retirada de sus fuerzas hacia el centro del territorio, y confirma sus augurios con la partida de los poderes públicos a Burdeos. Pero, de improviso, en las llanuras de Champagne, testigos de viejas glorias, la retirada se detiene; una batalla gigantesca pone frente a frente las dos razas rivales; veinte y tres cuerpos de ejército alemanes miden su esfuerzo con veinte y tres cuerpos de ejército franceses y anglofranceses; y ante los ojos del mundo, en igualdad numérica y en igualdad de elementos bélicos, la potencia germánica es vencida, su frente de batalla dislocado, sus alas forzadas al repliegue, cientos de piezas de artillería y miles de prisiones internados bajo custodia; cien kilómetros de terreno ganados en seis días y París libertado de la amenaza del asedio.

¿Cómo no ha de significar una verdadera liberación moral esta convicción basada en la prueba ruda y sangrienta de un duelo de seis días, de que la organización militar francesa puede medirse victoriosamente con la potencia rival? No queda ninguna duda de que este nuevo factor entra a formar parte de las fuerzas de la nación invadida, y de que los regimientos franceses abordarán las batallas de mañana con la confianza inquebrantable de que su empuje es ya capaz de doblar al adversario.

He dicho que esta victoria entraña también una justificación. He aquí por qué.

Existían en la opinión mundial dudas graves sobre el fundamento de la política internacional francesa. La prensa y las cancillerías de algunos países emitían a menudo juicios reveladores de la creencia de que no había relación entre las pretensiones de expansión colonial y de influencia exterior, y la realidad del poder militar y naval de la nación. Se dudaba, en una palabra, de que Francia estuviera en condiciones de pensar y obrar como potencia de primer orden, y sus transacciones políticas con Alemania eran recibidas como un resultado lógico de su debilidad. Dada la unión estrecha que existe entre la acción diplomática y el valer militar, — pues la primera está enteramente supeditada al segundo—una irritación mal disimulada acompañaba en el extranjero los éxitos de la diplomacia francesa. En España, por ejemplo, la discusión de las zonas de protectorado sobre Marruecos dió lugar a apreciaciones tan largas como hirientes. En la América del sud no hubo nunca, naturalmente, oportunidad de hacer paralelos públicos y establecer relaciones entre los intereses de determinadas potencias y sus medios de realización; pero conozco centenares de opiniones individuales, y muchas de militares distinguidos; por regla general, una sonrisa escéptica acogía mis afirmaciones sobre la preparación militar del pueblo francés, la ciencia de sus generales, la superioridad de su artillería, y sobre todo, sobre las cualidades de disciplina y estoicismo de esta raza, superficialmente floja, aparentemente decadente, a quién ha bastado un grito de verdadera alarma para alzarse compacta y firme en su puesto de combate.

La guerra, para un francés, significa el renunciamiento a una vida desahogada, a muchas cosas amables de que carecen los hombres de otros países, aún en períodos de prosperidad. El ambiente general, en Francia, ofrece ventajas desconocidas en otras par-

tes, y son testigos de ello los millares de compatriotas que han tenido oportunidad de visitarlo. De ahí que el sacrificio resulte mayor aquí, al cargar el fusil y batirse en el fango, y la intensidad del esfuerzo sea más apreciable que en los países de refinamiento más dudoso.

La operación estratégica del Marne y el éxito que la acompañó, vienen, pues, a destruir el prejuicio de la inferioridad militar de Francia. Lo registro en esta nota no solo con satisfacción, sino también como la confirmación de una verdad que debe permanecer siempre más alta que las simpatía que pueden sentirse en materia de política internacional.

La repetición del Marne

Burdeos, 14 de septiembre de 1914.

Las condiciones en que se ha llevado a cabo la batalla del Marne han traído a mi memoria la doctrina establecida por Draper en su eminente "Historia del desarrollo intelectual en Europa". Según ella, la evolución de las naciones está regida por leyes inmutables, como el crecimiento de los hombres; y el estudio de los anales particulares de cada pueblo nos induce a creer que su historia, como la historia de los hombres, no es otra cosa que una perpetua repetición de hechos.

Esta concepción ha tenido una confirmación sorprendente en la última faz de la campaña militar franco-alemana. La lucha secular de las dos razas que, como lo he recordado anteriormente, ha arrojado veinte y ocho invasiones germánicas sobre el suelo de Francia, contiene episodios de importancia decisiva, sobre cuya analogía no es posible desinteresarse. Esta analogía ha sido ya puesta de relieve por los escritores de todas las lenguas, en lo que se refiere a los hechos actuales y a los que tuvieron lugar hace precisamente un siglo. La agonía política de Napoleón I tuvo por teatro las mismas llanuras rientes de la Champaña, y los nombres de Meaux, Sézanne, Vitry-le-François y Chateau-Thierry, se hallan en cada página de la campaña militar de 1814. Las condiciones de la lucha eran entonces distintas a las de hoy, pero fueron también las aguas del Marne que se enrojecieron con la sangre vertida por los soldados de Blucher y del primer Bonaparte.

Esa semejanza es mínima, sin embargo, si se la

compara con la que surge entre la guerra actual y la guerra gigantesca que en el siglo V de nuestra era conmovió al mundo occidental. Conducidos por el genio y la ambición de Atila, los hunos cruzaron el Rhin y desbordaron las márgenes del Mosa, forzando el repliegue de las legiones galo-romanas, como los germanos de nuestros días, en número de dos millones, han invadido las comarcas del norte y del este de la Francia. Como los primeros, las falanges prusianas vencieron la resistencia de los dueños del suelo y marcharon a paso de vencedor hasta colocarse bajo los muros de París. La misma conversión hacia el sudeste libró la capital del asalto de los hunos, como de los invasores de 1914. En la misma situación estratégica tuvo lugar el año 451 la gran batalla de Chalons, que puso frente a frente las masas nórdicas y las legiones meridionales. Y el mismo testigo, el viejo Marne, presencié la derrota de Atila y su retirada de los campos cataláunicos, como acaba de contemplar la dislocación del más grande ejército de los tiempos modernos.

Nuestra civilización ha transformado los elementos de la guerra, como los procederes hacia los caídos, y a pesar de las violentas acusaciones que se formulan sobre los actos de los alemanes, todavía me resisto a creer en su veracidad, atribuyéndolos a la acción aislada de algunos desalmados. Pero lo que predomina en los paralelos de la historia son la analogía del número, la forma de invasión, su despliegue bajo los mismos horizontes, las marchas y evoluciones, y el resultado del formidable choque que, a quince siglos de distancia, precipita unos contra otros a los descendientes de ambas razas, continuadores de una rivalidad sin tregua que solo se extinguirá cuando las aguas rojas del Marne cambien su cauce.

El principio de las nacionalidades

Burdeos, 28 de septiembre de 1914.

Los directores de la opinión pública en Inglaterra vibran de actividad. Mientras los hombres de acción, como lord Kitchener, preparan los elementos que han de batirse en el contiente, los hombres de pensamiento, como sir Edward Grey, afirman en la conciencia nacional la resolución de luchar sin tregua hasta aniquilar al enemigo. La elocuencia británica es unánime en sus declaraciones; y si hay un dato que deja prever la solución de la guerra, es precisamente el tenaz propósito inglés de continuarla hasta obtener una victoria total y definitiva. La prensa alemana ha interrogado burlescamente: “Entonces van ustedes a pelear veinte años?”—“Perfectamente — han contestado los ingleses — veinte años si es necesario!”

En mis notas de mediados de agosto, al comentar brevemente la proclamación del zar Nicolás II reconstituyendo la Polonia, creo haber manifestado que en esta formidable conflagración domina un principio esencial, cuya primera manifestación fué el citado úkase imperial: el principio de las nacionalidades, a cuyo amparo las razas fragmentadas por la violencia de guerras anteriores y por la injusticia de tratados que fueron su consecuencia, volverán al seno primitivo, incorporándose de nuevo a sus hermanos de fe y de sangre y colocando los jalones fronterizos en el lugar en que termina el tipo de su estirpe.

Acabo de leer un discurso pronunciado en Londres por sir Grey, en el que el eminente director de la política exterior de la Gran Bretaña promete solemne-

mente que solo se firmará la paz cuando la triple entente haya impuesto aquel principio por la fuerza de las armas; que la guerra solo se lleva a cabo en defensa del derecho que tiene cada hombre y cada pueblo de vivir en comunión con los hombres y pueblos de su raza; y que en el mapa de la Europa nueva, las fronteras señalarán los límites de cada nacionalidad, reemplazando así los jalones que la arbitrariedad del Austria y de Alemania había impuesto a las razas vencidas por ellas en el último siglo.

Si la victoria viniera a consagrar el vasto plan político que revelan las declaraciones del estadista inglés, la Alsacia y la Lorena volverían al seno de la Francia; Bosnia al de Serbia y Herzegovina al de Montenegro, y la Polonia resucitaría como nación. Es muy de lamentarse que la inacción de Italia sea la causa de que en el futuro tratado de paz, se vea rehusar la posesión de Trento y Trieste, que no ha sabido reincorporar a su territorio en esta oportunidad. No parecen recordar los italianos las palabras que les dirigió Bismarck hace cincuenta años, cuando ellos reclamaban la Albania: "Para hablar de derechos es necesario primero vencer en las batallas!" A los pacifistas y cantores de la fraternidad universal que se horroricen al leer esa frase lapidaria, les recordaré a mi vez que el canciller de hierro no salió jamás del terreno de las realidades.

En los Cárpatos

Burdeos, 5 de octubre de 1914.

Las noticias que llegan del teatro de la guerra austro-germano-ruso revelan la amplitud de las operaciones militares. Hasta hoy mi opinión se hallaba un tanto desconcertada por el giro y las contradicciones que se producían a diario en aquella escena. Después de anunciarnos la victoria de Gumbinnen, a que se refieren mis notas de la segunda quincena de agosto, las informaciones rusas habían rodeado de un silencio profundo la marcha de sus operaciones en la Prusia oriental. A principios de septiembre supimos extra-oficialmente que el general Rennenkampf había sufrido un serio revés y que las tropas alemanas habían franqueado la frontera rusa. Por otra parte, el estado mayor del gran duque Nicolás nos anunciaba victorias decisivas sobre los ejércitos austriacos, que pasaban los montes Cárpatos en desórden, abriendo la ruta de Viena a la marcha moscovita. Pero ese avance victorioso estaba contrabalanceado por la ofensiva germánica en la Polonia rusa, donde sus fuerzas amenazaban las líneas de Lodz y Varsovia.

Semejantes noticias, reveladoras de un éxito diverso y al mismo tiempo de una veracidad dudosa, imposibilitaban la formación de un criterio aproximado sobre los acontecimientos en aquel extremo de la guerra. El tiempo ha aclarado bastante aquella situación contradictoria, y las revelaciones que acaba de hacer en un diario el general Gatti, dan nueva luz sobre esos hechos.

La victoria rusa de Gumbinenn no tuvo proyecciones, o mejor dicho, las tuvo en el sentido de precipitar sobre el general Rennenkampf nuevos efectivos

alemanes, que lo rechazaron e invadieron a su vez el territorio ruso, a lo largo del Báltico. Esta invasión fué simultánea a la efectuada en la Polonia rusa. Sin embargo, la derrota austriaca en Lemberg y el avance moscovita en Galicia obligaron al estado mayor prusiano a retirar seis cuerpos de ejército de Bélgica y el sud de Alemania, y dirigirlos sobre el terreno oriental de las operaciones. Es de suponer que ese refuerzo resolvió decididamente la ofensiva en favor de los alemanes, pues las autoridades militares rusas hicieron silencio de ese lado y continuaron llamando la atención sobre su avance victorioso en Galitzia y las derrotas austro-húngaras, hechos fáciles de aceptar.

El triunfo anglo-francés en el Marne y la situación difícil de los alemanes atrincherados a lo largo del río Aisne, obligaron el regreso de los cuerpos de ejército que se habían enviado del lado ruso. Su nueva presencia en el territorio francés es lo que ha robustecido posiblemente la resistencia alemana, hasta el punto que, después de veinte días de batalla desde el Mosa hasta el Somme, el esfuerzo de los aliados no ha conseguido el desalojo del enemigo. Pero, al mismo tiempo, el debilitamiento de los efectivos prusianos frente a la masa moscovita, ha hecho sentir sus consecuencias en la derrota que el emperador Guillermo acababa de experimentar en Augustow, y que ha forzado a su ejército a levantar el sitio de Osswetz y abandonar el territorio ruso.

Este éxito del ala derecha rusa proyectará ciertamente sus consecuencias sobre todo el inmenso frente de batalla que se extiende desde el Vístula hasta la plaza fuerte de Cracovia, donde los aliados imperiales han concentrado más de un millón de hombres, frente al generalísimo Nicolás. De este choque inminente surgirá la solución definitiva de la primera parte de la campaña militar de Rusia, y su influencia afectará una vastísima zona de territorio.

Un patricio

Burdeos, 6 de octubre de 1914.

El conde Alberto de Mun ha fallecido esta noche en Burdeos, donde se había trasladado desde hacía un mes a fin de continuar sus colaboraciones cotidianas en la edición del "ECHO de París", que aparece en esta ciudad.

La muerte del conde de Mun ha causado una emoción muy justificada. Con él se extingue una de las personalidades más elevadas y puras de Francia.

Soldado de Africa en los días de su juventud y prisionero de los prusianos en 1870, después de haber ganado la cruz de la Legión de Honor en los campos de batalla, el conde de Mun se había retirado de las filas del ejército para poner la elocuencia de su palabra y de su pluma al servicio de sus convicciones religiosas y monárquicas. Durante varios lustros vivió empeñado en atender las necesidades de la clase obrera, demostrando así que la pretensión socialista de monopolizar las aspiraciones de mejora del proletariado es una mistificación absurda. Diputado durante treinta años, fué uno de los dominadores de la tribuna parlamentaria, distinguiéndose especialmente en las cuestiones relativas a la instrucción pública y al ejército. Miembro de la academia francesa y presidente del grupo político de la acción liberal, su propaganda se ejercía principalmente en las columnas de "L'ECHO de París", dirigiendo una oposición razonada y ardiente contra las corrientes demagógicas de los últimos tres lustros. Una dolencia grave al corazón había sellado su boca, que solo se abrió una vez,

de doce años acá, para sostener en la cámara la necesidad de votar la ley del servicio militar de tres años y vigorizar la defensa nacional ante la amenaza de una invasión cierta.

Los socialistas y radicales que tronaron contra él en esa ocasión, deberán descubrirse hoy ante la clarividencia de su patriotismo.

Ha sido en estos meses de guerra, bajo la angustia de la patria invadida, que el carácter del conde de Mun revelaba sus excepcionales virtudes. A los 73 años de edad, con tres hijos en la línea de fuego, gravemente enfermo, escribía diariamente el editorial de su diario, sosteniendo con viril energía la confianza pública, manifestando en cada artículo el optimismo y la inquebrantable fe que animaban su alma de creyente en la victoria definitiva.

Soldado, orador, hombre de letras, filántropo, el conde Alberto de Mun era la encarnación de la vieja aristocracia francesa. El patriciado de su vida ha justificado plenamente la nobleza de su título.

La carrera hacia el mar

Burdeos, 8 de octubre de 1914.

Un acontecimiento importante se ha producido en la batalla que se libra desde hace veinticuatro días: el ala izquierda francesa, cuyo extremo se apoyaba en la confluencia de los ríos Aisne y Oise, se ha prolongado en dirección al norte, formando un ángulo con el frente de batalla del ejército aliado. La extensión de esta nueva línea es considerable: desde la unión de los citados ríos sube hasta Roye, cruza el Somme y se prolonga al norte de la región de Arras. Este movimiento no ha podido efectuarse sin la intervención de nuevos y numerosos contingentes de tropas. Su objeto inmediato salta a la vista: consiste en tratar de envolver el ejército del general von Kluck, que constituye el ala derecha alemana. Este eminente jefe debe haberlo previsto, pues ha tendido fuerzas a lo largo de las formaciones aliadas, aunque para hacerlo se ha visto obligado a retirarlas del centro, lo que ha disminuído los efectivos de ese lado hasta el punto de señalarse una calma completa en las regiones de Reims y del Argona.

He dicho el objeto inmediato, porque hay datos que permiten suponer una operación ulterior más importante. Ella debe consistir en llevar el teatro de la acción hasta Bélgica. Tiene que haber conexión entre ese avance francés y el bombardeo de la ciudad de Amberes, en que está vivamente empeñado el estado mayor alemán. Ha llegado, además, la noticia de la evacuación de 10.000 heridos de Bruselas, que han sido enviados a Alemania. Por último, se anuncia que

las cabezas de columna han entablado con la caballería francesa una acción que se desarrolla hasta las proximidades del mar del Norte.

Nos encontramos, pues, en presencia de una nueva faz de la campaña. Después de haber sostenido una batalla de trincheras durante más de tres semanas, el movimiento actual viene a variar el frente del choque, y lo transporta desde el Oise hasta el nordeste de Lille. La línea precedente, que se extendía desde el Aisne hasta el Mosa, cubría 200 kilómetros; ella permanece tendida y en un reposo momentáneo, pero se completa formando ángulo en un nuevo frente de 120 kilómetros. Es de este lado que la acción es violentísima. La combinación estratégica tiende su extrema izquierda hacia el litoral del mar del Norte, en momentos en que se produce el ataque prusiano contra Amberes. Una hipótesis fundada deja ver que el avance puede responder al plan de buscar contacto con el ejército del rey Alberto, que mantiene sus posiciones en la zona fortificada del Escalda, y ofrecerle la cooperación del esfuerzo anglo-francés para obligar al enemigo a evacuar el territorio de Bélgica al mismo tiempo que el de Francia.

La ejecución de este plan encontraría, por parte del adversario germánico, una violenta resistencia. La llegada del invierno dificultará seguramente las operaciones, que los directores prusianos de la guerra tienen un interés muy explicable en mantener fuera de su territorio. Por otra parte, la resistencia de Amberes no podrá prolongarse indefinidamente.

La tentativa envolvente del general Joffre ha sido inmediatamente seguida de un movimiento paralelo por parte del ejército alemán. He dicho que esta operación ha cambiado el frente de la batalla, del sud al norte; pero la medida del general von Klück no se limitó a oponer fuerzas a lo largo de la línea francesa. Juzgando que esa extensión considerable no había podido efectuarse sin "adelgazar" la formación, llevó un ataque recio sobre la región de Roye,

buscando romper en dos la línea francesa. Fué rechazada. Tomó nuevas fuerzas del centro de la línea primitiva, es decir, del norte de Reims, y atacó con ellas a las fuerzas francesas en los alrededores de Arras, con la misma intención: fué nuevamente rechazado. De ahí que, si el movimiento envolvente de los franceses no ha alcanzado precisamente su objeto, ha puesto, sin embargo, al enemigo en una situación precaria, rompiendo la conexión del ejército de von Klück y del príncipe de Wurtemberg, y encerrándolo dentro de un ángulo, cuya abertura mira hacia Alemania, como indicando la única ruta que queda abierta al invasor...

Si en el centro de la línea precedente reina calma—debido al debilitamiento forzoso de las tropas después de veinte y cuatro días de batalla—no pasa lo mismo en el ala izquierda, donde el ejército al mando del kronprinz lleva la peor parte. Forzado a replegarse después de la batalla del Marne, sus fuerzas ocuparon posiciones entre Argona y Woevre, encontrando en las márgenes del Mosa, que divide ambas regiones, la resistencia de los fuertes que extienden su línea inexpugnable al sud de Verdún. Los ataques que los prusianos han tentado contra esas obras de defensa, no han tenido resultado alguno, y el ministro de la guerra anuncia hoy que las tropas francesas realizan progresos sensibles de ese lado.

El ejemplo de Bélgica y las doctrinas pacifistas

Burdeos, 12 de octubre de 1914.

Amberes ha sucumbido.

Estamos asistiendo a la agonía del pueblo belga. No concibo espectáculo más trágico; y sean cuales fueren las simpatías que se profesen en esta guerra, la opinión universal tiene que sentirse conmovida ante el dolor y la desgracia de la nación vencida.

Bélgica no hacía política internacional; no ambicionaba expansiones territoriales; no preparaba sus soldados en previsión de campañas exteriores. Vivía consagrada a laborar sus tierras, explotar sus grandes industrias y cultivar el espíritu de sus hijos. En los últimos treinta años había acrecido considerablemente su patrimonio con el aumento de la riqueza, el desarrollo de la instrucción y el progreso de las ciudades, puertos y centros manufactureros. Su civilización irradiaba ya hasta las comarcas ingratas del Congo africano. Millares de estudiantes extranjeros aprovechaban la hospitalidad de sus universidades y bibliotecas y la influencia de sus artistas y hombres de letras había salvado las fronteras, como si la expansión de su cultura, como la de sus máquinas y elementos de progreso, fuera la evidencia de su voluntad pacífica y civilizatriz.

Sobreviene la crisis europea. El 1.º de agosto, en respuesta a una interrogación de la cancillería inglesa, el gobierno del rey Alberto define su actitud frente a la guerra inevitable: Bélgica mantendrá una absoluta neutralidad, sus relaciones con las potencias

vecinas son excelentes, y nada le permite suponer que aquella neutralidad será violada.

Treinta y seis horas después, un ultimatum venido de Berlín exige el paso de las fuerzas alemanas por el territorio belga. El gobierno de Bruselas, sorprendido y ofendido, protesta y reclama el cumplimiento del tratado de Londres, suscripto por la Prusia, la Rusia, la Holanda, el Austria, la Inglaterra y la Francia, quienes garantizan su neutralidad y prometen sus auxilios en caso de agresión... Tiempo perdido! El canciller de Bethmann-Hollweg declara al embajador británico en Berlín que ese "pedazo de papel" carece de valor. Y el día 3 de agosto el suelo belga era invadido y las fortalezas de Lieja proclamaban como ese pueblo entendía salvaguardar su dignidad y su derecho.

Las legiones alemanas inundan en breves semanas ese territorio minúsculo. Caen Lieja y Namur. Las fuerzas franco-inglesas venidas en su auxilio, son rechazadas por las masas germánicas en Charleroi. Bruselas es evacuada. La corte, el gobierno, las administraciones, el tesoro, se refugian en Amberes y afirman ante el agresor la personalidad de la nación. Esta resistencia legítima irrita al enemigo, que decreta el incendio de Lovaina y sus tesoros artísticos, aprisiona las autoridades municipales, impone formidables contribuciones de guerra, fusila millares de habitantes, destruye sistemáticamente las usinas y fábricas y embiste a Amberes, bombardeándolo furiosamente. La resistencia se torna imposible, la metrópoli sucumbe y el gobierno se acoge a la hospitalidad francesa. Pero el rey no cede; al frente de sus tropas, que su energía ha salvado del desastre, repite al mundo su resolución inquebrantable de luchar sin tregua contra los ultrajes de la injusticia y de la fuerza.

Y el pueblo belga huye y se dispersa; huye del hambre, pues el invasor acapara todos los víveres; del incendio, que reduce a cenizas sus casas, útiles y

muebles; de las imposiciones de guerra, que se apoderan de los ahorros amasados por la labor de décadas; de la muerte, pues los hulanos fusilan sin piedad a pretexto de espionaje y rebeldía. La población indefensa se precipita hacia Holanda y Francia. Léanse los diarios de Amsterdam, La Haya, Rotterdam, Lille, Dunkerque, Le Havre y otros centros próximos al territorio belga: hay datos precisos, pruebas irrefutables, nombres, detalles horribles. Una impresión de espanto se desprende de esas crónicas. Las fotografías muestran esa fuga colectiva. Entre las campañas devastadas y a través de las ruinas humeantes, marcha la caravana trágica hacia lugares de destierro, sin más fortuna que el montón de trapos y herramientas hacinado sobre vehículos tirados por perros, sin más porvenir que la miseria, sin más esperanza que la limosna del extranjero.

No exagero ni un ápice. Mis informes son fidedignos y exactos. A lo largo de las carreteras, los viejos de 70 y 80 años se dejan caer, rendidos de fatiga; los niños lloran el dolor de sus pies hechos llagas y las madres estrechan contra contra el seno exhausto "el cadáver de los pequeños muertos de hambre". Y no son 500, ni 1000, ni 20.000. En Holanda se han refugiado 300.000; otros tantos en Francia; la mitad en Inglaterra. No cuento los que vagan por los bosques. Es un pueblo entero que agoniza, un pueblo que hace apenas dos meses vivía feliz al amparo de sus propiedades florecientes.

Cuál es su falta?

Haber prestado fe a los tratados internacionales y no haber estado preparado para repeler por la fuerza la agresión extranjera.



No me detengo a exponer las consecuencias dolorosas e inevitables de la guerra, movido por un sentimentalismo

mo platónico y estéril. Estimo más útil sacar algunas enseñanzas. He dicho ya que estoy persuadido de la admirable solidaridad que une a los hombres de una misma raza, a causa de los vínculos físicos y morales que los identifican; pero no creo en la fraternidad humana. Sé que cuando frente a un pueblo se levanta otro, los hombres se vuelven fieras. Desde el alba de la historia hasta nuestros días, a través de todas las barbaries y de todas las civilizaciones, la lucha ha sido la condición esencial de la existencia, y las migraciones armadas se han repetido y afirmado como una ley fatal e ineludible. Los principios de derecho y de justicia, por enaltecedores que sean, no han prevalecido jamás sin el apoyo de la fuerza. Pretender establecer derechos sin poseer fuerza para defenderlos o creer en la eficacia de la justicia por sí sola, significa, para el individuo, prepararse crueles decepciones que solo conducen a un escepticismo crónico, y para un pueblo, abrir las fronteras a la conquista y condenarse al vasallaje. El idealismo de mis compatriotas no admite estas doctrinas, y yo les felicito íntimamente, porque ello revela su robusta fé en las grandes concepciones morales. A su vez, si la opinión belga hubiera escuchado la voz de sus escritores, cuyas ideas comparto, y que predicaban el armamento "à outrance", la catástrofe actual no la hubiera alcanzado. Voy a ensayar de probarlo.

Bélgica poseía siete millones de habitantes y un ejército nominal de 300.000 hombres, cuya bravura ha sido puesta de manifiesto, pero sin arraigadas cualidades militares. Aquella cifra de población y sus finanzas prósperas le hubieran permitido disponer de 700.000 hombres y cubrir sus líneas fronterizas con un trazado de fortificaciones que el apoyo de varias plazas fuertes y de las defensas habría hecho invulnerable. No le faltaron tampoco estrategias geniales, desde Brialmont hasta Guise. El período de preparación a la conflagración actual fué de 40 años, es decir, suficiente para dotar a sus elementos de una potencia militar insuperable; y el período de crisis que precedió a las declaraciones

de guerra fué de 11 días, también bastante largo para realizar su movilización y concentración en la frontera amenazada, gracias a su sistema de vías férreas. La conclusión irrefutable es que el estado mayor prusiano habría buscado otra ruta a la invasión a Francia y evitado el choque con elementos capaces de detenerlo tres meses en la frontera y aniquilarle diez cuerpos de ejército!

Hace algunos días, un distinguido hombre de estado inglés, dijo en un discurso que el error de Alemania había sido el concentrar su fé en su potencia material y militar, sin apercibirse de que había fuerzas morales en Europa. Es posible. Pero confesemos que esas fuerzas morales, para ser eficaces, tienen actualmente a su servicio nueve millones de hombres armados.

La lección de Bélgica debería ser utilizada por todas las naciones pequeñas, cuyos peores consejeros son los damagogos del desarme y los poetas del arbitraje. El derecho y la fuerza tienen que ser dos entidades inseparables en todo pueblo que aspire a vivir, a durar y a llenar su rol en armonía con las leyes eternas que rigen el mundo sin consultarlo.

Derecho internacional y estrategia

Burdeos, 14 de octubre de 1924.

La toma de Amberes por los alemanes plantea dos problemas importantes: el primero de carácter internacional y jurídico; el segundo de orden estratégico.

El primero atañe directamente la neutralidad de Holanda; el segundo interesa la seguridad de Inglaterra.

Amberes tiene salida al mar gracias al Escalda. Río civilizado, dragado, se convierte en puerto en su acceso a la metrópoli y en estuario al desembocar en el mar del Norte. Pero el Escalda no es un río puramente belga; su curso penetra en Holanda, que posee derechos soberanos y ejerce un control legal sobre su tránsito. Por otra parte, su desembocadura, situada a un paso de las costas inglesas, constituye una terrible amenaza para la seguridad de esta nación, si una escuadra lograra establecer su apostadero estratégico en Amberes.

El asunto no es nuevo. Hace más de un siglo, el más genial enemigo de Inglaterra, Napoleón Bonaparte, escribía que la posesión de Amberes “equivaldría a colocar una pistola amartillada sobre el pecho de la Gran Bretaña”.

Recuerdo que hace tres años tuvo lugar un debate entre varios tratadistas de derecho internacional respecto de ese punto, y especialmente en sus relaciones con la utilización del Escalda como vía de aprovisionamiento de Amberes y el conflicto que ello suscitaría con la neutralidad de Holanda. La oportunidad del

debate se produjo con motivo de la construcción de la fortaleza de Flessingue, decretada por las autoridades militares de los Países Bajos, en la desembocadura occidental del río. Un eminente jurisconsulto belga, el profesor Ernesto Nys, sostuvo la doctrina de "que si Holanda posee, en virtud de su neutralidad, derechos correspondientes a sus deberes, estos derechos no pueden dominar y aniquilar los derechos de la Bélgica, por el hecho de que entran en conflicto con ellos".

Otra teoría, desarrollada por el barón Guillaume en su obra "L'Escaut depuis 1830", atiende a probar que la Holanda no puede no solamente cerrar el paso a los navíos portadores de socorros para Amberes en la eventualidad de un sitio, sino que sus deberes la obligan a facilitar su paso.

El barón Guillaume, escritor y diplomático distinguido, ha representado a la Bélgica ante el gobierno de La Haya, y desempeña actualmente su plenipotencia ante la cancillería francesa. Su autoridad en materia de derecho público no es discutible. Tampoco lo es, a mi juicio, el argumento fundamental que expone en la obra precitada. La Bélgica, en efecto, ha visto su neutralidad consagrada por el tratado de 1839, y al pie de ese contrato internacional figura la firma de la Holanda, que asegura su protección en unión de las demás potencias signatarias, en el caso que se atentara contra la independencia de ese estado. De ahí la tesis del barón Guillaume, que no admite la neutralidad de los Países Bajos frente a un ataque hipotético—que la invasión alemana se ha encargado de realizar—sin faltar a las obligaciones contraídas por el tratado de Londres.

La toma de Amberes complica el problema, agravándolo singularmente para Holanda e Inglaterra. Si los alemanes han perseguido vivamente la posesión del Escalda, es con el propósito evidente de llevar un ataque contra las costas y las escuadras británicas. Ese propósito acaba de ser puesto de manifiesto por el almi-

rante von Tirpitz, ministro de la marina alemana, quien declaró que la guerra contra Inglaterra recién comenzaría a fines de octubre, después de la toma de la metrópoli comercial de los belgas.

Ese ataque no puede realizarse sin violar el territorio de Holanda. Esta complicación significaría la entrada de dicho país en la conflagración europea.

El error de la neutralidad

Burdeos, 17 de octubre de 1914.

La intervención de Holanda en la conflagración europea no es la única complicación que se prevé. Si la violación de su territorio obligara al gobierno de la reina Guillermina a unirse a las potencias que hacen la guerra a la Alemania, razones de otro orden militan para que las cancillerías de Roma y Bucarest abandonen en cualquier momento su actitud neutral. (1)

La política absorbente del Austria ha venido haciendo tabla rasa del principio de las nacionalidades, al proceder sistemáticamente a la anexión de territorios pertenecientes a razas originarias de naciones vecinas. Así las provincias de Transilvania y Bukovina, pobladas por tres millones y medio de rumanos, las de Trento y Trieste, de origen italiano, y las de Bosnia y Herzegovina, habitadas por serbios, se han visto sucesivamente incorporadas a la doble monarquía, que no ha logrado imponerles sino una dominación puramente política, sin lograr jamás la fusión de sus elementos con los propios.

Parece que la diplomacia austriaca se hubiera dejado cegar por la ilusión de que, al dilatar su territorio, agrandaba y fortalecía la nación, negándose a observar que cuanto más abarcaban sus fronteras, tanto más considerable eran el número y la fuerza de los que conspiraban contra la seguridad del dominador.

Ese sistema político produjo, entre otras, dos

(1) Parece ocioso señalar que estas opiniones, expresadas mucho tiempo antes de la intervención de Italia y Rumania, tuvieron su confirmación plena en los acontecimientos de 1915 y 1916.

consecuencias lógicas: la una, obstaculizar la formación de un alma homogénea y nacional, base indispensable de toda civilización propia y baluarte de la existencia de un país; y la otra, crear una resistencia latente contra los elementos de penetración austriacos. No pudiendo defender su soberanía, los anexados defendían sus creencias, hábitos e idioma.

La primera ha sido la causa principal de la inferioridad demostrada por los ejércitos austro-húngaros en la campaña actual: les ha faltado la cohesión moral y la fuerte disciplina que sólo dan la homogeneidad de los elementos militares. Y la segunda, ha ido formando una liga tácita de los vecinos despojados, en favor de sus hermanos irredentos.

El último acto de anexión violenta, que había de tener proyecciones desastrosas, fué llevado a cabo por el Austria en octubre de 1908, declarando unidas a la monarquía dualista las provincias de Bosnia y Herzegovina, que el tratado de Berlín había colocado bajo su simple protectorado.

El barón de Aehrenthal, entonces director de la política exterior de Viena, obedeció probablemente a la inspiración del príncipe Francisco Ferdinando, que pagó con su vida el triunfo de su influencia. La acción de Rusia, que hubo de ejercerse por las armas, fué detenida por la intervención de media Europa, ávida de prolongar la paz; pero la Serbia guardó la huella del ultraje. Desde esa hora la conspiración se exacerbó y las victorias balcánicas de 1912 y 1913 fortificaron el sentimiento de la revancha. De ahí que el crimen de Sarajevo fuera el estallido de una venganza nacional.

Italia, por su parte, se ha visto desligada del compromiso de hacer efectiva su alianza con los imperios germánicos. Las derrotas austriacas han avivado el sentimiento irredentista. Los partidos políticos en caran, es cierto, con criterio distinto, la intervención de su país en la contienda actual; pero no dejan de

percibir, a la vez, esta clara verdad; cuando llegue el día de las liquidaciones y los diplomáticos discutan las fronteras de la Europa nueva, los pueblos que han permanecido cruzados de brazos no podrán aspirar a que sus reivindicaciones sean tomadas en cuenta.

Dos factores han ejercido influencia en el sentido del mantenimiento de la paz italiana con el Austria: el uno, el partido socialista avanzado; el otro, el marqués de San Giuliano, ministro de negocios extranjeros, cuyo fallecimiento acaba de anunciarnos el telégrafo.

El partido socialista revolucionario se conduce exactamente en Italia como lo hizo en Francia y Bélgica, esto es, exigiendo la paz, siempre la paz; oponiéndose a que el estado se arme y se prepare a todas las eventualidades; resistiendo a las tentativas de expansión colonial, aunque se le demuestre la necesidad de abrir por ese medio mercados a la producción económica; y especialmente, negándose a cooperar a la defensa nacional, hasta que el día en que en aquellos dos países conocieron los horrores de la invasión. Entonces, en presencia de los millares de muertos, de las usinas destruidas y las ciudades encendidas, los socialistas belgas y franceses comprendieron que los pueblos han menester de vivir con el arma al brazo sino quieren ser víctimas de un vecino más fuerte. Aunque tarde, la experiencia se hizo, y ya no hay en Francia ni en Bélgica quien crea en la eficacia de las conferencias de la Haya. En Italia, la demagogía socialista no se ha convencido aún de estas verdades; sigue creyendo que cuando se discuta la paz, bastará probar los derechos históricos de la península sobre Trento y Trieste para que los representantes de los pueblos que se han desangrado por obtener el reconocimiento de derechos idénticos, les acuerden satisfacción. Si esta creencia perdura y el ejército italiano no pasara la frontera, la opinión no tardaría en experimentar una triste decepción.

El marqués de San Giuliano, por su parte, era el triplicista más eminente de su país. Sin embargo, en su carrera diplomática, un criterio superior había orientado sus decisiones en el sentido de contrabalancear la política germánica, cada vez que esta adoptó actitudes amenazantes. Así, en 1905, siendo ministro de negocios extranjeros, designó con el carácter de delegado de Italia a la conferencia de Algeciras al marqués Visconti-Venosta, que no acompañó a sus colegas de Alemania y Austria en los debates a que dió lugar la expansión francesa en Marruecos. Y hace tres meses, al producirse la conflagración, su energía mantuvo la prescindencia de Italia, encastillándose dentro de la letra del tratado de alianza, a pesar de la presión de Berlín y Viena. Si se esforzó siempre en mantener la triple alianza, fué porque veía en ese pacto la garantía de la paz europea. Se equivocó como todos, y quizás esa desilusión acabó de abatir su físico minado por la dolencia; pero hasta su última hora persistió en su propósito de no acceder a las manifestaciones belicosas del irredentismo.

Casi en el mismo instante deja de existir el rey Carlos de Rumania. Era un Hohenzollern que no desmitió en el transcurso de su largo y próspero reinado los vínculos y simpatías naturales que lo unían a la estirpe de Guillermo II. La nación rumana que le debía su personalidad independiente y que había visto a su monarca presidir su sorprendente evolución en los últimos 48 años, vé desaparecer con él una poderosa razón moral de abstención, y el ardiente deseo de reconquistar la Transilvania y la Bukovina, se afirma en el espíritu del pueblo con las relieves de un postulado nacional.

La muerte de esos dos hombres públicos pone término a toda una política. Limitémonos a constatarlo, a la espera de los resultados de una intervención que decidirá de su clarividencia o de su error.

La batalla del Iser

Burdeos, 24 de octubre de 1914.

Desde la iniciación de la batalla del Aisne las operaciones militares habían tomado un curso lento y prudente, desarrollándose al abrigo de trincheras interminables que convertían la acción en una guerra de fortaleza. El combate, o mejor dicho, la serie ininterrumpida de combates, se había ido prolongando en dirección al norte, a causa de los escalones ofensivos con que los adversarios trataban de envolver su extremo oeste. Esos movimientos alcanzaron la plaza de Lille y la frontera de Bélgica el 12 del corriente, produciéndose entonces una intervención de nuevos factores que ha dado lugar a una violenta batalla independiente de las anteriores, y cuyas características le dan un relieve decisivo por las proyecciones que su resultado tendrá que reflejar inevitablemente sobre todas las operaciones ulteriores en el teatro occidental de la guerra europea.

Una masa de caballería alemana, evaluada en 50.000 jinetes, viniendo de Bélgica, hizo irrupción en la comarca comprendida entre Lille y Bethune, con el propósito de tomar esta ciudad al sudoeste y cortar las comunicaciones ferrocarrileras destinadas a aprovisionar el ala izquierda del general Joffre. Los dragones y coraceros franceses salieron a su encuentro, produciéndose un combate de caballería en los días 13 y 14, a la antigua escuela, en el que la superioridad de las lanzas francesas impuso la retirada del enemigo.

Sin embargo, este avance de los húsares y hulanos era una operación preparatoria. Un cuerpo de

ejército que seguía a la caballería, tomó posesión de la ciudad de Lille, constituyendo la extrema derecha para la verdadera operación en vista.

Este plan tenía por objetivo la ocupación de la zona noroeste de Francia, cuyo litoral abriga los puertos de Dunkerque, Calais y Boulogne. Para el estado mayor prusiano, su realización implicaba un doble resultado: tomar por la espalda las líneas francesas tendidas sobre el río Somme, Albert y Arras, frente al ejército del general von Klück, y colocar ante las costas de Inglaterra la amenaza de una gigantesca masa de soldados.

La toma de Amberes favoreció este plan en su comienzo, poniendo en disponibilidad las tropas empleadas hasta entonces en su asedio. Estas fuerzas se corrieron hacia el sudoeste del territorio belga, ocuparon Gand, Brujas y Ostende, y establecieron su contacto con la derecha posesionada de Lille.

Estos contingentes se vieron reforzados por los cuerpos de ejército que formaban el centro alemán en la batalla del Marne. La línea, tendida desde el litoral belga, al sur de Lille, se componía de tres ejércitos: el primero, ala derecha, mandado por el general von Bülow; el segundo, centro, por el príncipe heredero de Baviera; y el tercero, ala izquierda, por el duque Albrecht de Wurtemberg.

El total de estas fuerzas se elevaba a medio millón de hombres, cifra equivalente a los efectivos anglo-belgas, distribuidos en un frente de 120 kilómetros, con sus masas de reserva y retaguardia.

Para contrarrestar el plan prusiano, los aliados ejecutaron la concentración de sus elementos e impulsieron la batalla inmediatamente. El ejército belga, bajo las órdenes del rey Alberto, que había evacuado Amberes el 9 de octubre, tomó posiciones en las márgenes del Yser, entre las ciudades de Nieuport y Dixmude; un ejército inglés, recién desembarcado en Dukerque y Calais, estableció sus lí-

neas en contacto con el anterior y al norte de Ypres; y varios cuerpos franceses, en la región comprendida entre Ypres y Roulers, prolongaron sus columnas hacia el sud, llenando la zona entre Armentières y Lille, el canal de la Bassée y la ciudad de Lens.

Tal es la disposición de los factores que intervienen en este nuevo y gigantesco choque comenzado hace seis días, sin que a la hora actual pueda preverse su resultado. El imperio germánico parece haber acumulado ahí sus reservas en hombres y elementos. Fracasado su primer plan de ocupar París y detenida en el teatro oriental de la guerra su ofensiva sobre Varsovia, el estado mayor prusiano denota su resolución de abrirse paso hasta el canal de la Mancha. Por su parte, los jefes militares franceses creen que el rechazo de esta operación implicará la evacuación del territorio. Júzquese el interés de la batalla y la violencia que se despliega para conseguir la victoria.

Burdeos, 29 de octubre de 1914.

«Hay que pasar el Yser a cualquier precio». Es la orden formal impartida por el general von Bülow a sus hombres. La respuesta ha sido terrible. Afianzando sus dos extremos en Nieuport y Dixmude, el ejército belga ha disputado con un encarnizamiento salvaje el paso del río. Los regimientos alemanes no han cejado tampoco en sus ataques tenaces; y después de veinte tentativas infructuosas, el Yser fué vadeado. Heroísmo inútil. Los refuerzos ingleses llegados a tiempo en auxilio de los soldados del rey Alberto, impidieron el adelanto prusiano. Los corresponsales de guerra afirman que las aguas de aquel río ya histórico, arrastraban en la sola mañana del 26, más de cinco mil cadáveres alemanes.

Forzada la marcha sobre la costa belga, la extrema derecha del general von Büluw se vió expuesta desde el primer momento a los fuegos de la flota aliada. Cinco contratorpederos franceses y tres monitores ingleses han cooperado a la defensa de Nieuport que, bombardeada a su vez por la gruesa artillería del enemigo, ha sido uno de los puntos más disputados de la batalla.

Otro tanto puede decirse de Roulers: estación ferrocarrilera de importancia, en la línea que va de Lille a Ostende, fué tomada por los alemanes, reconquistada por los franceses, vuelta a tomar por los primeros y retomada por los últimos. Sin embargo, el ataque más furioso del ejército alemán se produjo contra Ypres, el verdadero centro de la acción. Doscientos cincuenta mil hombres se concentraron en un momento dado, y los gruesos obuses de la artillería llovieron sobre las líneas inglesas que, rechazadas hasta sus reservas, lograron operar después un movimiento que produjo la retirada de los alemanes hasta veinte kilómetros del campo de batalla.

Entre Lens y Lille, las tropas llegadas últimamente de la India recibieron su bautismo de fuego. En el choque con los terribles cipayos y la persecución que le siguió, los alemanes sufrieron pérdidas enormes. Estas han sido igualmente desastrosas en todos los puntos en que convergieron sus ataques. La artillería francesa ha segado materialmente las columnas enemigas, y a la hora en que escribo estas líneas, las cifras establecidas por el cuartel general son tan considerables que me resisto a fijarlas en mis notas.

La batalla no ha cesado aún; pero los datos que llegan confirman el debilitamiento de la ofensiva prusiana y el progreso incesante de los aliados. Alemania retrocede obligada por una horrible hemorragia.

La intervención otomana y el perfil de Enver pachá

París, noviembre de 1914.

En las esferas diplomáticas de la triple entente, la intervención del factor turco no ha sorprendido a nadie; era un caso previsto que debía producirse fatalmente. El diario "Le Temps" consagró al asunto, dos meses antes de la intervención, una serie de artículos que tituló «El suicidio de Turquía».

La orden de obrar emanó del estado mayor prusiano, que la transmitió al general alemán von Sanders, comandante en jefe de los ejércitos otomanos. Su oportunidad coincidió con la retirada germánica del Vístula y el fracaso de su ofensiva en la región de Flandes. Alemania ha juzgado necesario distraer en oriente la atención de Rusia e Inglaterra.

Un breve examen de la situación bastará para determinar los antecedentes de esta intervención.

Política y militarmente, las condiciones de Turquía son desfavorables. El arribo al poder del partido joven turco, que fué saludado por la Europa liberal como una promesa de la regeneración de aquel país, se encargó, por el contrario, de precipitar los efectos de una anarquía que hasta entonces había sido contenida con una habilidad incontestable, por el puño de hierro del sultán Abdul Hamid. Nunca he creído que la grandeza o la decadencia de un pueblo dependan exclusivamente de la obra de un hombre o un círculo. Hay causas profundas que trabajan invisiblemente y conmueven las

bases morales de una sociedad sin que la gestión de sus directores detenga su marcha. Pero en el caso actual, la acción del comité Unión y Progreso se ha ejercido en tal sentido, que los efectos de la descomposición turca se han manifestado abiertamente y con una virulencia sorprendente. Me bastaría señalar que, en el orden económico, la bancarrota tuvo su iniciación en el primer año del gobierno de ese partido, caracterizado por un déficit de 300 millones. En la política exterior, por la pérdida, en 1908, de las provincias de Bosnia y Herzegovina; en 1911, por la de Libia, y en 1913, de los territorios cedidos a Bulgaria, Grecia y Serbia. En el terreno militar, por las derrotas balcánicas, que pusieron de manifiesto la desorganización de los ejércitos, fruto de sus deplorables intervenciones en la política interna y las intrigas palaciegas.

Alejado un instante de la dirección de los negocios públicos por sus errores manifiestos, el partido joven turco recobró el poder en enero de 1913 gracias a una sublevación militar. Desde esa hora la política gubernamental se orientó decididamente en favor de Alemania, bajo la influencia de un caudillo cuyos perfiles vigorosos lo señalaron a la atención mundial.

El general Enver pachá tiene 34 años de edad. Oficial formado en las escuelas alemanas, abandonó su puesto de agregado militar a la embajada otomana en Berlín para coadyuvar a la caída del viejo régimen y entrar a Constantinopla a la cabeza de las fuerzas revolucionarias. Producida la guerra con Italia, atravesó disfrazado el Egipto y entró en Tripolitania, donde mantuvo durante dos años la resistencia árabe. El avance de los búlgaros lo llevó a las llanuras de Tracia, aprovechando la contienda de estos con los griegos y serbios, y al liquidarse la cuestión balcánica enarboló nuevamente en Andrinópolis la media luna musulmana. De re-

greso a Constantinopla y al frente de un grupo de partidarios, amotinó el ejército contra el gobierno de Kiamil pachá, mató con su propio revólver al general Nazim, ministro de guerra, y obligó al sultán a legalizar con su firma la posesión de sus funciones. Desde entonces su autoridad se ejerce sin contralor en el imperio. Hace pocos meses obtuvo la mano de una sobrina de Mahomed V.

A estas condiciones de hombre de garra, Enver pachá une la amplitud de sus concepciones políticas. Sea cual fuere el juicio que merezcan sus violencias y despotismo, es incontestable que no se empequeñece en las querellas de la política de campanario, ni revela formas inferiores de persecución contra sus adversarios de ayer. Busca el restablecimiento de la antigua grandeza musulmana, y es indudable que emplea su prestigio en la realización de ese ideal tan gigantesco como indeseable.

Posee un mérito más: la unidad de su vida y la fidelidad a sus tradiciones militares. Formado en la escuela alemana, su primer acto en el gobierno fué confiar la reorganización del ejército turco a una misión de jefes de esa nacionalidad. El emperador Guillermo designó al general Liman von Sanders, que con un grupo de eminentes oficiales, no solamente llevó a cabo su cometido de instruir los efectivos, sino que secundó admirablemente los planes de la cancillería y del estado mayor prusianos. En previsión de la guerra actual, Alemania supo buscar y obtener la cooperación de Turquía. Esta, vencida por los rusos en 1876 y por los serbios y búlgaros en 1912, mantiene latente la aspiración de una revancha sobre esas razas eslavas; busca recuperar los territorios perdidos en el Cáucaso y los Balkanes. La conflagración actual señala la oportunidad de tentarlo; y el general Liman von Sanders, al proponer la colaboración militar y naval germánica contra los enemi-

gos de la media luna, encontró en el gobierno y la opinión de Constantinopla la adhesión unánime y sin reservas que cabía esperar.

De ahí que la venta simulada de los cruceros «Goeben» y «Breslau» a Turquía; la incorporación de 600 oficiales alemanes a los regimientos del sultán; el comando supremo de sus fuerzas por el general von Sanders, y el avance de 200 millones de marcos a las cajas del tesoro, hayan tenido como consecuencia lógica la intervención armada del factor otomano. Turquía entra en guerra, no para cumplir las cláusulas de un tratado de alianza que no existe, sino deslumbrada por el miraje seductor de una inmensa revancha que la diplomacia alemana ha sabido ofrecer a sus deseos.

La misión de M. Caillaux

En el Atlántico, a bordo del «Pérou»,

30 de noviembre de 1914.

Una resolución administrativa me ha obligado a embarcarme y regresar a mi país. He elegido un buque francés, a pesar de los riesgos que estos corren en la travesía, porque me ofrece la ilusión de prolongar mi permanencia en el seno de esa raza admirable con la cual he convivido casi once años. Este transatlántico es como un fragmento de la Francia, que se ha desprendido de sus riberas y que cruza gallardamente el océano, llevando a su bordo los elementos que nos hacen creer que continuamos existiendo en su país de origen: la mentalidad, los hábitos y hasta la cocina... Cuando fui a la agencia de la Compañía Transatlántica para retener mi camarote, interrogué al director sobre los peligros que podía ofrecer el viaje en un buque beligerante, dadas las noticias circulantes sobre las actividades de los corsarios alemanes. «Si es usted casado y tiene hijos—me respondió—no se embarque».

Como ese no es mi caso, me he embarcado. El «Pérou» lleva su capacidad completa: mil pasajeros de las tres clases. Partimos el 14 de Burdeos e hicimos escalas el 18 en Lisboa y el 26 en Dakar; ahora bogamos hacia Río de Janeiro, aunque afirmo que la dirección no es esta... El barco lleva a veces rumbo al sud y otras al oeste; evidentemente obedece a las instrucciones radiotelegráficas que le

transmiten los buques ingleses y franceses encargados de dar caza a los corsarios. Entretanto la vida a bordo es despreocupada y alegre.

M. Joseph Caillaux y su esposa se hallan entre los viajeros. No tardamos en hacer relación, pues sus «chaises-longues» están colocadas en el puente al lado de la mía y esta circunstancia favorece nuestras largas pláticas.

Desde el primer momento pude notar un sentimiento general de reserva hacia el ex-presidente del consejo y su mujer. La oficialidad y personal del "Pérou" se conduce cortemente con ellos, pero los pasajeros franceses los evitan, aunque los sucesos que han intervenido en la vida de ambos y que remataron en el célebre proceso, explican esa actitud. He oído comentar algunos incidentes que se produjeron en París al divisárseles en sitios públicos, pero sea cual fuere la opinión de sus compatriotas, ella no disminuye el interés que me inspira la pareja.

Naturalmente, en mis conversaciones me he abstenido de tocar ciertos temas y aludir a recuerdos penosos. La guerra y sus proyecciones bastan y sobran para dar trama a largas pláticas. M. Caillaux posee incontestablemente un brillante talento; se expresa con una facilidad y abundancia de ideas y conceptos que evidencian el hábito de la tribuna, y formula consideraciones y previsiones que traducen la fuerza de su lógica, hecha a la precisión de los debates. He podido darme cuenta de que en sus opiniones no interviene el elemento pasional, o sea el odio contra los alemanes, tan generalizado en la masa francesa; sus juicios son puramente intelectuales, en el sentido de que trata los problemas de la guerra como un hombre de estado o diplomático, que sabe que en política, y sobre todo en política internacional, los factores sentimentales deben contar infinitamente menos que las razones de orden superior,

el interés colectivo, por ejemplo. Bajo este aspecto, y quizá sin saberlo, su temperamento en apariencia tan nervioso, tan vehemente, tan francés, denota un fondo calculista y frío como el de los estadistas ingleses... Presume que Italia no tardará en intervenir en favor de la entente y concede al bloqueo económico de Alemania una importancia decisiva en los resultados de la guerra, que admite será larga, pero que terminará con la victoria de los aliados, si estos no tardan en convertir en superioridad real la superioridad virtual que tienen sobre los imperios centrales.

Respecto a su misión en América, M. Caillaux no ha sido expansivo, pero pude apercibirme desde los primeros días que se trata de algo concerniente a estudios de carácter económico, aunque en las frases cortadas que logré sacarle noté que concedía mayor importancia a la faz política de su viaje, es decir, al hecho de que una personalidad como la suya visitara en estos momentos algunas capitales sudamericanas. Como el punto me resultara importante por el interés que podía reportar su misión a mi país, me manejé de modo de obtener datos al respecto, insinuándole discretamente la conveniencia de utilizar la prensa en beneficio de los propósitos que llevaba y poniéndome con tal motivo a su disposición, siempre que me autorizara para ello en forma que no comprometiera mi posición diplomática ni la situación de neutralidad de mi país. El medio dió resultado, y de su puño y letra M. Caillaux escribió esta breve declaración que puso en mis manos y cuya traducción es la siguiente:

«Vengo a América encargado por el gobierno francés de una misión cuyo carácter no puedo revelar, naturalmente, ni en su fin ni en sus detalles. Lo que yo puedo decir, eso sí, es que esta misión tiende a estrechar los lazos que unen a Francia con las repúblicas latinas de América del Sur.

Me imagino que, designando para este objeto a un antiguo presidente del consejo, el gobierno de la nación francesa ha querido señalar una especial demostración de amistad hacia estas repúblicas hermanas, así como el vivo interés que tiene en asegurar con ellas nuevos lazos fraternales''. (1)

Madame Caillaux posée un tipo delicado de mujer, y al verla tan fina y discreta no se supondría que es capaz de actos de suprema energía. ¡Así son las francesas! Al charlar horas enteras con ella, ante los panoramas ilimitados del océano, recordaba yo las observaciones admirables que Hipólito Taine, tan eminente psicólogo como historiador, formula en sus «Notes sur Paris; opinions de Frédéric-Thomas Graindorge», sobre la profundidad y valores tantas veces insospechados del alma femenina francesa. Es evidente que M. Caillaux ama a su compañera muy de veras; al hablarle le dirige expresiones afectuosas con la más dulce de las inflexiones; y sin duda también ella le corresponde con un sentimiento próximo a la admiración; pero que esa mujer tiene un espíritu elevado y un perfecto dominio

(1) La guerra de 1914 a 1918, que hizo surgir del caos mundial tantas nuevas y vigorosas personalidades, se encargó de hundir a otras que habían cconducido pueblos hasta entonces. El formidable vendaval sepultó millones de hombres, borró viejas fronteras, aniquiló urbes, arrancó coronas reales, reveló héroes y abolió reputaciones militares y políticas. Joseph Caillaux, jefe del partido radical francés y ex-presidente del consejo de ministros, conoció la mazmorra y la degradación cívica; el senado que lo condenó, sabrá porque lo condenó; pero el autor de estas crónicas, al reunir las en un volumen nueve años después de escritas, no tiene nada que agregar ni suprimir en la nota precedente, redactada cuando aquel hombre público desempeñaba una misión confiada por su gobierno.

sobre sí misma, lo demostró en un incidente del que fuí testigo.

Una pasajera vieja, de voz melíflua y garras de arpía — de esas que encuentran en la vida los que viajan y los que no viajan — se había acercado varias veces a Madame Caillaux, impelida probablemente por la curiosidad, para murmurar después sus impresiones en los corrillos del buque. Una tarde se presentó en nuestro grupo con un paquete de tarjetas postales que ofreció negligentemente a su vecina «por si quería distraerse». Madame Caillaux agradeció la atención, tomó el paquete y se puso a ojear las postales; pero de improviso cambió de color y le temblaron las manos. Instantáneamente la vieja lanzó un grito de espanto, recobró con presteza su paquete y comenzó a balbucear excusas con voz sollozante. La explicación estaba en que, entre las postales, se había deslizado «por distracción» un “specimen” indecente, editado como tantos otros durante el proceso de madame Caillaux, y que aludía en forma procaz a su pasado.

La emoción de ésta duró un minuto. Pálida y serena se volvió hacia la arpía y consoló dulcemente sus hipócritas lamentaciones. «Señora—le dijo — la vida ha sido dura para mí; se me calumnia y se me odia, pero he aprendido a perdonar a los que me hieren». Pude aperciberme que durante la travesía continuó tratando a la intrigante como si nada hubiera sucedido.

Madame Caillaux acoge costesmente a todos los que se le acercan, pero no insinúa voluntariamente su presencia a los demás. Tengo para mí como cosa cierta que en los puntos a que se dirige no conocerá agasajos. En esas sociedades en formación no se admite todavía a las personalidades capaces de romper abiertamente con las vallas o los prejuicios establecidos, aún cuando su actitud derive de un vigoroso concepto de su independencia o de su honor.

En algún país que no quiero nombrar, el criterio estrecho, de sello colonial y lugareño, no podrá ver en esta mujer sino un brazo armado, y perdería su tiempo quien sostuviera que, en la vida mundana, el cambio de un saludo o una visita no hace cómplice a nadie de las creencias o los actos de sus interlocutores de ocasión... La mediocridad ambiente se refuerza allí con una disposición hostil hacia todos aquellos que no amoldan sus opiniones y conducta al criterio adoptado por los demás. En semejante medio la presencia de madame Caillaux solo dará motivo a la curiosidad y a los comentarios de «patota».

Un corsario en la noche

En el Atlántico, a bordo del «Pérou»,

5 de diciembre de 1914.

Hemos pasado horas agitadas. El 2, a las once de la noche, circuló a bordo el rumor de que un buque con las luces apagadas avanzaba sobre nuestro flanco. En esos instantes se bailaba en el salón de primera clase, y al darse la noticia los músicos quedaron solos, mientras el puente de estribor y la cubierta se llenaban de pasajeros interrogantes. A favor de la dudosa penumbra que una luna en cuarto menguante, velada por nubes, proyectaba sobre las aguas, pudo distinguirse una masa oscura hacia la derecha y a popa, que avanzaba en nuestra misma dirección; pero una observación sostenida durante diez minutos nos dió la certeza de que su marcha se modificaba, procurando acercarse cautelosamente. Ni una luz brillaba en su bordo, formando contraste con la iluminación profusa del «Pérou». ¿Qué buque era? ¿Por qué trataba de aproximarse? ¿Tendríamos encima alguno de los corsarios alemanes que desde el comienzo de la guerra recorrían los mares hundiendo buques aliados? Todas las preguntas y todas las hipótesis cabían en el caso. Una inquietud manifiesta se apoderó de una buena parte de los viajeros, y si en aquellos momentos hubiera resonado en el mar un estampido de cañón, creo que el pánico habría hecho presa de nuestro buque.

Con algunos amigos me dirigí a proximidad del puente de mando, cuyo acceso está siempre veda-

do al pasaje. Todo el estado mayor del transatlántico se encontraba allí, y pudimos distinguir al comandante, vestido de blanco, que asestaba su catalejo hacia el buque fantasma. La observación no debió ser satisfactoria, pues le oímos pronunciar distintamente estas palabras: «¡Eteignez les lumières!».

En breves instantes el barco quedó en tinieblas, pero la medida no se detuvo en la extinción de la luz eléctrica y los faros reglamentarios, pues dos oficiales recorrieron la cubierta y los puentes impartiendo la orden de arrojar los cigarrillos.

Producida la obscuridad contemplamos mejor la maniobra del buque sospechoso, que al advertirse denunciado y notando nuestras precauciones, abandonó sus movimientos cautelosos y puso francamente su proa hacia el flanco del «Pérou»; su marcha se acentuó, y la densa humareda enrojecida que empezó a perfilarse sobre sus chimeneas, reveló que violentaba la máquina empuñando una caza decisiva.

Entonces, en las soledades del mar y en el seno de aquella noche que pudo ser trágica, se entabló una lucha de velocidad entre los dos adversarios: el «Pérou» cambió de ruta, presentando su popa al perseguidor; un temblor que se fué acentuando cada vez más, y que venía de sus entrañas de acero para estremecerlo hasta los palos, indicó que redoblaba la rapidez, buscando la salvación en una huída ciega; y los bordes de sus chimeneas se colorearon como anillos de fuego, despidiendo una nube encendida que se extendió entre el cielo y las aguas como una cabellera infernal salpicada de chispas.

Nadie habló, como si la angustia de aquellos minutos inolvidables hubiera sellado las bocas y tendido los espíritus en una expectativa rígida.

A medida que los instantes transcurrían, la faja de agua que nos separaba del corsario se fué extendiendo paulatinamente y la mancha luminosa que se insinuaba sobre su masa negra empezó a alejar-

se y palidecer como un cometa que se hunde en la profundidad de los espacios. La partida estaba ganada. Entonces nuestro buque corrigió el rumbo y normalizó la marcha, mientras la ansiedad se disipaba como una pesadilla; y cuando la aurora de los trópicos dilató la visión hasta los horizontes de ópalo y rosa, pudimos contemplar un océano solitario y apacible que continuaba ignorando los odios de los hombres...

POLITICA INTERNACIONAL

Rusia en 1917

Berna, octubre de 1917.

I—La guerra y la revolución social

La revolución triunfante el 16 de marzo se halló frente a cuatro problemas fundamentales: la guerra contra los imperios centrales, las reivindicaciones nacionalistas, la organización de la libertad política y la cuestión agraria.

Tres gobiernos se han sucedido desde aquella fecha para coronar en una dictadura, y la anarquía social y política ha llegado a los límites del caos. De la complejidad de los motivos que han producido la crisis actual, dos causas se insinúan principalmente: la corrupción e incompetencia del antiguo régimen, que preparó la derrota, y la incompatibilidad que la demagogia triunfante hizo surgir entre la guerra nacional y la revolución social.

El despotismo de los zares fué un factor innegable de descomposición con sus trabas a la educación política y a las reformas económicas más justas; pero pudo creerse, en el primer momento, que los hombres de la revolución iban a corregir los males y vicios del sistema derrocado y dar otra impulsión a la guerra. Sin embargo, el doctrinarismo casi anárquico que caracterizó a los nuevos elementos, se encargó de disipar aquella creencia. La guerra exige una disciplina férrea y un sometimiento a

gerarquías que se juzgaron contrarias al espíritu democrático. El proletariado es antimilitarista en todo el mundo, y las masas agrarias y obreras de Rusia no se detuvieron a pensar que la consolidación de la fuerza armada era el único medio, momentáneamente al menos, de oponer una valla al imperialismo germánico.

En el orden interno, la revolución reivindicó conceptos perfectamente legítimos en un estado de paz, en que el ambiente y el momento hubieran sido propicios a la aplicación de ideales avanzados, pero que tenían que resultar contraproducentes en un período de guerra agravado por la derrota. La responsabilidad de los hombres de estado surgidos del seno revolucionario aparece indudablemente atenuada por la herencia funesta del viejo sistema, pues a pesar de la oposición de principios, hay una indestructible solidaridad histórica entre el presente y el pasado. El elemento atávico ha pesado fatalmente en la mentalidad del pueblo y en las orientaciones de los factores dirigentes, y de ahí la propensión acentuada a no ver sino los peligros de la tiranía interna, lo que explica la impaciencia por arribar a reformas radicales, juzgando secundarios los peligros de la guerra. Esa visión errónea ha tornado imposible la unión nacional frente al enemigo, y de la comprobación imparcial de los hechos aparece la conclusión inquietante de que la prolongación de esos errores compromete la estabilidad militar de Rusia y la solidaridad de los frentes aliados, disminuyendo al mismo tiempo la influencia que la nueva democracia hubiera ejercido en la evolución de Alemania y Austria—democracia que los pangermanistas se han apresurado a presentar como un sistema incapaz de afirmar la autoridad de los gobiernos libres y de realizar con eficacia la defensa del territorio.

II—La acción de la demagogia anárquica

Los imperios centrales han trabajado por todos los medios a su alcance para obtener la preponderancia de los elementos extremos de la revolución. En las primeras semanas del movimiento, mientras sus soldados fraternizaban en las trincheras con los soldados moscovitas, un tren cubierto transportó desde Suiza a Rusia, a través del territorio alemán, a un numeroso grupo de anarquistas eslavos que, bajo la dirección de Lenine, aceptó el encargo de aniquilar las fuerzas que pugnaban en su país por el mantenimiento de la alianza, la prosecución de la guerra y el establecimiento del orden en la democracia.

Lenine, hombre de acción, abogado de la Rusia central, fundador del grupo de los maximalistas, había sido desterrado por el zarismo, años atrás, como un elemento capaz de conspiraciones peligrosas. Las doctrinas de su partido se apartan de las tradiciones del marxismo para constituir un tipo de socialismo extremista, absolutamente utópico, que proclama la paz general a base de revoluciones en todos los países beligerantes, la constitución de la sociedad internacional y la guerra a los gobiernos capitalistas.

El retorno de Lenine y sus amigos coincidió con la hora de mayor peligro para Rusia. Alemania lo sabía y no solamente condujo a su país al grupo desterrado, sino que le facilitó indirectamente sumas fabulosas destinadas a servir su propaganda. El maximalismo fundó la «Prawda» (La Verdad), órgano que alcanzó un tiraje de 700.000 ejemplares diarios. Los soldados eran incitados a abandonar el frente y volver a sus aldeas para despojar a los propietarios de sus tierras; los obreros, compelidos a apoderarse de las fábricas y explotarlas por su cuenta; los empleados, inducidos a arrojar a la calle a los patrones. El momento y el medio fueron

cómplices del antipatriotismo. El doctrinarismo de la revolución, deformado por las masas analfabetas, se convirtió en factor de disolución y rebeldía. Dueños de la calle, los desertores, los descontentos los anarquistas, empujados por los agentes alemanes, exigieron, con la paz a cualquier precio, el reparto de la fortuna y de la tierra.

Así se formaron los «soviets», o sean los consejos de obreros y soldados, autoridad revolucionaria y omnímoda. La duma, institución legal que cooperó al derrocamiento de Nicolás II, estorbaba su acción y fué disuelta; la pena de muerte fué abolida hasta para los traidores; y por medio de proclamas se suprimió la disciplina, acordándose a los soldados el derecho de intervenir directamente en los asuntos políticos y militares.

Para dar una idea de la mentalidad ambiente, reproduzco algunos párrafos de esas proclamas y de otros documentos que definen las tendencias en auge.

El 26 de marzo, el soviet de Petrogrado declaraba: «Cada soldado tiene el derecho de expresar libre y abiertamente por la palabra, la pluma y la prensa, sus ideas políticas, religiosas, sociales, etc. Queda suprimido todo signo exterior de respeto hacia los jefes y oficiales... Los soldados tienen el derecho de intervenir en la organización interior».

Algunos días más tarde, el ministro de la guerra, Goutchkof, decía en su renuncia:

«Lo que me obliga a dimisionar es la imposibilidad de cumplir mi deber. No puedo subscribir medidas que descomponen la organización del ejército».

El 21 de julio el estado mayor ruso anunciaba en su comunicación oficial:

«Nuestra derrota se explica por la circunstancia de que, bajo la influencia de los maximalistas, varias unidades que habían recibido la orden de sostener las unidades atacadas, organizaron meetings para discutir si debían obedecer, a lo que se negaron algunos

regimientos. Los esfuerzos de los jefes resultaron infructuosos».

III—La lucha por el poder

Fué en esta hora crítica que Kerensky asumió la jefatura del gobierno provisorio. La primera autoridad revolucionaria se había constituido el 16 de marzo con el comité ejecutivo de la дума, bajo la dirección de Rodzansko, presidente de ese alto cuerpo. Fué un gobierno de coalición nacional que reunió a Kerensky, a Milioukuf y a Tcheidze, que debía presidir el soviet. Desde entonces tres ministerios se sucedieron y cayeron; el soviet derrocó la дума; Kerensky favoreció la caída de Milioukof; el partido de este último conspiró contra el primero; el príncipe Lvof, que personificó en el poder las tendencias renovadoras moderadas, se vió obligado a renunciar y Kerensky lo reemplazó con el apoyo, aparentemente unánime, de los elementos revolucionarios.

La energía personal del nuevo presidente del consejo y sus eminentes dotes de estadista, hacían esperar una acción fecunda.. Kerensky debutó rechazando la paz por separado que le ofrecían Alemania y Austria; puso fin a la camaradería de rusos y germanos en las trincheras; luchó por levantar la moral del ejército y logró dominar las deserciones; triunfó de la insurrección maximalista de julio; ensayó todos los medios para realizar la unión sagrada frente al enemigo; y en vez de usar de represalias contra sus detractores, que no vacilaban en recurrir al motín para eliminarlo, llevó su clemencia hasta el olvido. La anarquía no le ha permitido, sin embargo, concluir con la crisis y dominar la situación militar y política. Al día siguiente de la ocupación de Riga por las tropas del príncipe Leopoldo de Baviera, el generalísimo Kornilof intimió a Kerensky la entrega del poder. Este mo-

tín, que provocó una emoción profunda en la opinión mundial favorable a la entente, fué dominado sin efusión de sangre; pero forzó al jefe del gobierno a buscar el apoyo de los maximalistas, cuyas exigencias se acrecieron hasta reclamar el poder para aplicar el programa integral del socialismo internacionalista.

Tchernof, ex ministro de agricultura, encabezó entonces la oposición contra Kerensky y sus propósitos coalicionistas, sosteniendo que el gobierno debía pasar a las manos exclusivas del proletariado. La animosidad personal de Tchernof contra Kerensky no se detuvo ante el peligro mortal que amenazaba a la patria. De más edad que su adversario, Tchernof aportó a la revolución una reputación antigua, basada en sus sufrimientos de desterrado y sus obras de intelectual. Habiendo elaborado en las bibliotecas un programa de socialismo agrario, esperaba personificar en Rusia la gran fuerza de la democracia rural, que había entrevisto en sus sueños de teórico, y convertirse en director de la tendencia nueva y en jefe del gobierno.

IV—El socialismo y sus fracciones

El socialismo ruso realizó la revolución y es dueño del poder. Comprende dos grandes grupos: el socialismo demócrata y el revolucionario.

El primero reúne entre sus adeptos a los obreros, o sea el proletariado industrial; el segundo a los «mujiks», o sea el proletariado agrario.

Ambos están divididos en diversas fracciones: moderados, progresistas y extremistas. Estas designaciones definen sus respectivas tendencias.

Los extremistas o maximalistas, cuyo jefe es Lenine, se caracterizan por sus teorías internacionalistas, antimilitaristas y sus medios de acción francamente violentos y anárquicos. Dentro de las mismas esferas revolucionarias, se ha operado una reacción contra ese grupo, autor de los sangrientos desórdenes de julio.

Máximo Gorki dirige otra tendencia desde su diario «Novoia Jins» (Vida Nueva), pugnando por soluciones democráticas moderadas.

El grupo central de los socialistas demócratas cuenta con mayoría en el consejo de obreros y soldados de Petrogrado; entre sus jefes se halla Tseretelli, hombre de estado de positiva influencia. Aunque esta fracción se caracteriza por su programa radical, sus directores han dado una prueba de tacto político al comprender que todo doctrinario, al llegar al poder, debe atenuar necesariamente sus teorías.

El ala derecha del partido socialista demócrata está constituido por la fracción que dirige Plekhanof, encarnación rusa del marxismo, autor de obras que se impusieron desde el destierro y uno de los maestros del socialismo en Europa. Su influencia es también considerable; desde su regreso a Petrogrado, en abril último, preconizó la continuación enérgica de la guerra, haciendo de su diario «Edinstvo» una de las tribunas de la causa aliada.

El socialismo revolucionario cuenta, a su vez, tres fracciones, una de las cuales obedece las inspiraciones de la escritora Brenchkowska, denominada la «abuela de la revolución». Sus sufrimientos en Siberia contribuyeron a rodearla de una aureola, y desde su tribuna sostiene el deber de la Rusia libre de proseguir la guerra contra la Alemania imperialista.

La extrema izquierda del partido se confunde con el maximalismo de Lenine, y responde a las aspiraciones de Tchernof, a quien he nombrado antes.

Mientras los grupos citados eran implacablemente perseguidos bajo el gobierno de Nicolás II, la fracción denominada «laborista» (troudoviks), logró desempeñar en las esferas legislativas un rol eficaz. Su jefe fué Kerensky, en cuyas manos reside hoy la suma del poder público.

V—La cuestión agraria

Aunque las reformas de carácter político constituyen la etiqueta o faz aparente de la revolución rusa, su causa generatriz y profunda reside en angustiosos problemas de orden económico. El curso de los últimos acontecimientos ha demostrado que el prestigio de su bandera radica en su programa agrario. Es, pues, a una revolución social a que asistimos, cuyo principio central consiste en la abolición del latifundio.

La propiedad territorial extensa se estableció en Rusia en la edad media. Los zares moscovitas no fueron, en sus orígenes, sino nobles propietarios que formaron latifundios gracias a las guerras, esclavizando a los productores y obligándolos a trabajar en provecho de sus amos. En aquella época se establecieron dos tipos de propiedad territorial: 1º Las que pertenecían a los señores y a los monasterios, y que eran laboradas por siervos; 2º Las que pertenecían a los paisanos, agricultores libres. El despotismo zarista se inició con el despojo de estos últimos, en beneficio de los soldados, que recibieron, en premio de sus campañas militares, fracciones de tierra con sus habitantes convertidos en esclavos. En retribución, los legionarios se obligaban a servir a los zares y equiparse por su cuenta para la guerra.

Este procedimiento duró hasta el advenimiento de Catalina II, que cesó de regalar tierras a los soldados, pero que ejerció esa explotación en beneficio de sus cortesanos y de sus innumerables amantes. De 1763 a 1769, la zarina distribuyó 850.000 siervos con sus correspondientes parcelas de tierra.

Durante el siglo XIX, la explotación llevada a cabo por los grandes propietarios, con la complicidad de los zares, tomó caracteres de saqueo. Invulnerables a los ejemplos de las democracias de occidente, que en el transcurso de esa centuria consolidaron la

libertad y la igualdad, los señores esclavos encontraron una nueva fórmula para mantener la esclavitud del proletariado agrario. Ella consistió en la abolición teórica de la servitud y la cesión a los paisanos de las tierras más estériles, mediante precios exorbitantes, dejando en poder de los amos las extensiones laborables y fértiles. Los latifundistas se reservaron 85 millones de hectáreas, y recibieron del tesoro ruso 900 millones de rublos, cuyo monto se convirtió en deuda para los paisanos, quienes pagaron desde 1861 hasta 1906, por concepto de amortización e interés, 1600 millones de rublos...

Reducido el hambre por los impuestos, torturado físicamente por sus amos, despotizado moralmente por una legislación medioeval, el proletariado ruso fué incubando una cólera mortal contra sus opresores. De generación en generación creció el propósito de adueñarse de un suelo al que no solo estaba vinculado por mil años de una labor cruel, sino que había sido pagado con creces a sus pseudo propietarios.

El proletariado agrario forma el 86 o/o de la población rusa; y esa clase que ha soportado hambres generales desde 1891 hasta la fecha, ha sido precisamente la creadora de la capacidad económica del imperio.

La posesión de la tierra constituye una aspiración tan desarrollada y ardiente que, mientras los obreros levantaban barricadas en San Petersburgo, en 1905, se produjeron sublevaciones agrarias en 405 distritos rurales, o sea en el 47 o/o del total de los distritos de la Rusia europea, y en 1906, en 478, a sea el 52 o/o. La nacionalización del suelo que es, en otros países, objeto de debates doctrinarios o de estudios relacionados con las condiciones peculiares a cada medio, ha sido definida en Rusia como necesidad imprescindible y solución legítima, por tres de los más eminentes economistas modernos: Wallace, Henry George y Leroy Beaulieu.

VI—Las reivindicaciones nacionalistas

a) UKRANIA:

El territorio de Ucrania se extiende desde el río Gorlice, en la Galitzia occidental, hasta el río Don; al norte está limitado por una línea que pasa cerca de Briansk, a 400 kilómetros de Moscú, y al sur por el mar Negro y el delta del Danubio, hasta el pie del Cáucaso, excepción hecha de una región de Crimea poblada por turcos. En total, su superficie comprende 850.000 kilómetros cuadrados y 35 millones de habitantes.

Es la región más fértil de Rusia. Posee la tercera parte del ganado que existe en ese país y la misma proporción de cereales, pero su movimiento de exportación es superior al de toda la Rusia, con relación a su riqueza. La producción del tabaco se eleva a cuatro millones de «pounds»; la remolacha, a 50 millones de quintales; el hierro, a 80 millones de toneladas; el carbón, a 20 millones, y las minas de sal y fuentes de aceites minerales aprovisionan el resto del país.

La Ucrania posee idioma y costumbres propias, y sus aspiraciones a la independencia se hicieron públicas desde el año 1905, fecha de la creación de la дума rusa. El movimiento separatista se propagó por medio de la prensa, los libros, las escuelas y las sociedades cooperativas; en cuatro años surgieron cinco diarios, redactados en lengua ucraniana; en 1909 se vendieron 191.000 ejemplares de obras escritas en ese idioma, y en 1911, 600.000 ejemplares.

Aunque la propaganda separatista solo cuenta tres lustros, el proyecto de formar un estado libre viene siendo tema de estudios desde hace largas décadas. En una obra que acaba de publicar en Berlín, M. Dmytro Donzow aporta datos interesantes. Ya en 1854, el barón de Bunsen, diplomático prusiano, preconizaba

las ventajas de la Ucrania independiente; en 1888 Bismarck apoyó el proyecto, haciéndolo exponer por Hartmann; y en 1913, la juventud universitaria ucraniana, en un congreso celebrado en Lemberg, desarrolló el programa separatista y la organización de la nacionalidad.

El gobierno de Nicolás II impidió su realización y la guerra cambió el rumbo de las actividades; pero en el primer mes de la revolución, el pueblo de Ucrania, convocado a elecciones por sus «leaders», eligió su primera asamblea, a base de sufragio universal. Esta institución, denominada Rada, se compuso al principio de 200 miembros, pero habiéndose luego concedido una representación parlamentaria de 30 por ciento a las “minorías nacionales” (judíos, moscovitas y polacos), aquel número fué elevado al doble. Su primer presidente fué el historiador Hrouchevsky, profesor de la universidad de Lvov. La «Rada» eligió un comité gubernamental de 57 miembros, de los cuales 17 pertenecían a las minorías; organizó catorce secretarías generales: interior, finanzas, milicias, aprovisionamientos, agricultura, justicia, instrucción pública, comercio, industria, nacionalidades, correos, telégrafos, trabajo y comunicaciones. Creó, además, dos altas funciones: la de jefe de la cancillería y la de contralor general, y designó una comisión especial compuesta de 100 miembros, encargada de preparar la carta fundamental del nuevo estado.

La respuesta dada por el gobierno provisional de Petrogrado a la reivindicaciones de la presentación ucraniana, ha sido negativa, y Kerensky ha hecho conocer su resolución de someter las aspiraciones separatistas a la asamblea constituyente de Rusia.

b) FILANDIA:

Geográficamente, la península de Finlandia se extiende entre el golfo de su nombre, el de Bothnia

y el acéano glacial ártico, cubriendo una superficie de 374.000 kilómetros cuadrados. Históricamente, su posesión se mantuvo entre suecos y rusos desde mediados del siglo XIV hasta los comienzos del último, en que el zar Alejandro logró ser proclamado gran duque de Finlandia, bajo la promesa formal de respetar instituciones, religión, idioma y administración autónoma del país.

La promesa se violó sin reparos, y el despotismo zarista abatió las libertades finlandesas, como había reducido la Polonia a la condición de servitud, haciendo odioso el nombre ruso. La huelga general de 1905 acompañó la insurrección obrera y agraria de este país, pero el triunfo de la reacción produjo represalias feroces, que buscaron anular la personalidad de Finlandia, persiguiendo hasta el uso del idioma y dictando cursos de historia que negaban las tradiciones del pueblo.

El derrocamiento de Nicolás II provocó un resurgimiento de las aspiraciones nativas. El senado finlandés se constituyó en poder ejecutivo, substituyó los funcionarios rusos por hijos del país, y elaboró un proyecto de constitución republicana, que parece aceptarse como la fórmula definitiva del régimen nacional.

Finlandia es uno de los centros de la civilización nórdica. La cultura sueca ha dado frutos fecundos al adaptarse a la península; la medicina, las ciencias naturales y matemáticas. han sido muy cultivadas; la reforma protestante ha dotado a ese pueblo de un espíritu libre y crítico, que ha producido, entre otras, una espléndida floración literaria. Los grandes nombres de los poetas y romanceros finlandeses nada dicen, infelizmente, a la cultura latina, harto alejada de aquel centro; pero las obras de arte dramático, historia, filosofía y filología, revelan el genio de la raza y exponen la certeza de que, bajo

el régimen de la libertad, la cooperación del nuevo estado a la civilización humana, será considerable.

Es evidente que el fraccionamiento de Rusia, en la hipótesis de realizarse, constituiría una ventaja invaluable para Alemania y Austria-Hungría, sobre cuyo porvenir no gravitaría el contralor de una gran potencia vecina. De ahí los estímulos que la prensa germánica prodiga a las reivindicaciones separatistas, y las tentativas de los imperios centrales por erigir en reino a la Polonia rusa. La faz contradictoria del problema, desde el punto de vista de la política de la entente, consiste en que ésta sostiene el principio de las nacionalidades y el derecho que las asiste de disponer de sus destinos. Como se ve, esta doctrina es difícilmente conciliable con la unidad y la potencia militar de Rusia.

VII—La situación financiera

Los enormes recursos económicos de Rusia le hubieran permitido hacer frente a los gastos de la guerra, sin temer el peligro de la bancarrota; pero dos factores han contribuido a amenazar su estabilidad en este terreno: el primero, fruto del viejo régimen, fué la incompetencia, desorden y falta de honestidad de la burocracia zarista, que trastornó la capacidad financiera del imperio; y el segundo, las exigencias perentorias de las clases proletarias, cuyos representantes, al asumir el poder público, decretaron el aumento de los gastos en proporciones exorbitantes. Las declaraciones hechas por M. Nekrasof, ministro de finanzas ante el congreso de Moscú, el 24 de agosto último, demuestran que el nuevo régimen cuesta al país mucho más oro que el precedente; algunas ramas de la administración absorben sumas enormes; los sa-

larios de los obreros han sido triplicados; así, por ejemplo, las exigencias de los que trabajan en las usinas de guerra de Poutilof, se traducen por un aumento de 90 millones de rublos.

Durante los meses de guerra, correspondientes al año 1914, las emisiones en moneda fiduciaria fueron de 219 millones de rublos mensuales; las emisiones de 1915, de 223 millones; las de 1916, de 290 millones, y las de 1917, de 423 millones, también mensuales.

El ministro de finanzas expresó la imposibilidad de continuar haciendo frente a las obligaciones del tesoro con los recursos actuales; anunció medidas excepcionales, entre otras la extensión de los monopolios a ciertos artículos como el té, el azúcar, los fósforos, etc.

Los Estados Unidos han aportado una ayuda considerable a las finanzas rusas y el Japón acaba de autorizarles un empréstito de 105 millones de yens. Debo comprobar, sin embargo, la depreciación continua del rublo, cuyo valor equivalía a pesos 0.45 oro al empezar la guerra, y que hoy descendido a pesos 0.15.

El presente estudio fué elevado al ministerio de relaciones exteriores del Uruguay, acompañado de la siguiente nota:

“Legación de la República Oriental del Uruguay en Austria Hungría y Suiza. — N.º. 89. — Berna, a 15 de octubre de 1917.—A S. E. el señor ministro de relaciones exteriores, Dr. D. Baltasar Brum. —Montevideo.—Señor ministro: Me complazco en elevar a la consideración de V. E. el trabajo de carácter político, social y económico sobre la situación actual de Rusia, obra del señor Luis Enrique Azarola Gil

Se trata de un informe atento y meditado, al que sirven de fundamento las acciones y reacciones del último lustro en el que fué vasto imperio, con acopio de citas históricas oportunas y poco común conocimiento de hombres y sucesos, a la vez que en él se ponen de relieve, con espíritu sagaz, los beneficios y las desventajas del cambio violento de instituciones, así como las tendencias en cierto modo contradictorias entre algunos de los ideales que sustentan las naciones sus aliadas, sobre las nuevas nacionalidades a proteger en su libertad y en su desarrollo, y la necesidad imperiosa de parte de Rusia de no desintegrarse y empequeñecerse en horas angustiosas para su independencia y soberanía nacional.

Excuso llamar la atención de V. E. sobre las aptitudes propias que este informe revela en el joven secretario, cuyos dotes de inteligencia, cultura y laboriosidad le son bien conocidas.

Me es grato saludar a V. E. con mis más alta consideración.—**Eduardo Acevedo Díaz.**

Ministerio de relaciones exteriores. — Montevideo 30 de noviembre de 1917.—PUBLÍQUESE en el boletín del ministerio y avísese.—**Brum.**

La evolución política en Alemania

Berna, 14 de noviembre de 1917.

La designación del Dr. Michaelis para el alto cargo de canciller imperial, efectuada el 14 de julio último, se debió, según opiniones fundadas, a una exigencia más o menos velada del supremo comando alemán. No es un misterio, en efecto, que entre el gran estado mayor y los partidos populares representados en el Reichstag, se viene definiendo una lucha que, más que conflicto de instituciones, es una oposición de planes y tendencias políticas. El cuartel general encarna la predominancia del espíritu absolutista, las ambiciones de conquista, el anexionismo y la perpetuación de la autocracia que caracteriza el régimen prusiano. El Reichstag, excepción hecha de los elementos pangermanistas, viene vinculando su acción a la obra de los factores evolutivos de Alemania; sus grupos difieren en el carácter o las modalidades de las reformas a efectuarse, pero la orientación general de esa asamblea tiende a la modificación del anacronismo institucional que separa abiertamente a la confederación germánica de las democracias de nuestro tiempo.

En esas condiciones era humanamente imposible que la gran fuerza que representa en esta hora el militarismo alemán, se mantuviera ajena a la política de su país, y de ahí que buscara colocar en la dirección de los negocios públicos a una personalidad que le respondiera y que fuera capaz, al mismo tiempo, de resolver las dificultades internas del imperio, que contribuyen a acrecentar las exigencias de reforma que se acentúan en la masa de la opinión.

El Dr. Michaelis no ha podido llenar esa misión por dos motivos: el uno, porque la solución de las dificultades de Alemania no depende hoy de las fuerzas de un hombre; y el otro, porque el alto cargo de canciller imperial, creado por Bismarck, ha menester de titulares de la talla del «canciller de hierro», y el Dr. Michaelis solo posee las aptitudes de un excelente funcionario.

En el caso actual, la substitución del titular no significa únicamente una substitución de nombres.

El cambio operado en el gobierno evidencia que la contextura absolutista del régimen se ha resentido profundamente en el curso de la guerra. El bloqueo, a la vez que ha aislado a Alemania, ha conmovido al imperio, pero ese aislamiento no ha logrado, felizmente, impedir la penetración de los principios de libertad y de justicia.

La opinión germánica pudo protestar, como lo hizo, contra la respuesta del presidente Wilson al papa Benedicto XV, que afirmaba la resolución del gobierno americano de no tratar sino con una Alemania democratizada. Esas protestas no han impedido que las aspiraciones democráticas ganaran terreno e hicieran prosélitos; por la primera vez en la vida del imperio el monarca accedió a la gestión de los partidos representados en el Reichstag, solicitando el reemplazo del canciller Michaelis; y también por primera vez el sucesor del dimitente antes de aceptar el cargo, se vió obligado a obtener el apoyo previo de los jefes de grupos parlamentarios.

La caída del Dr. Michaelis no pudo ser la consecuencia de un voto constitucional, de un voto del Reichstag; y sin embargo el emperador se inclinó ante la voluntad de la representación nacional. La designación del sucesor dependía exclusivamente de la elección imperial, pero el conde de Hertling ha sentido que ésta ya no bastaba a su gestión en el gobierno y ha buscado el asentimiento de los grupos par-

lamentarios. La constitución autocrática rige todavía, pero la práctica se adelanta a sus preceptos y la reforma democrática se inicia en los hechos antes de fijarse en las leyes. Estas circunstancias, que ocurren casi inmediatamente después de las declaraciones del presidente Wilson, prueban que aún en las altas esferas del imperio existe un reconocimiento tácito de la justicia que inspira las reivindicaciones de sus adversarios, aunque se pretenda desconocerla con declamaciones o violencias de lenguaje.

El nuevo canciller ha obtenido la cooperación de la mayoría parlamentaria a base de un acuerdo sobre los cuatro puntos esenciales siguientes:

I.—La política exterior de Alemania se inspirará en el espíritu que dictó la respuesta al papa Benedicto XV y la resolución del Reichstag del 19 de julio: paz de conciliación, arbitraje internacional, desarme.

II.—La reforma electoral de Prusia será rápidamente realizada.

III.—La censura política será suprimida y los derechos de las autoridades militares, en materia política, serán delimitados de una manera concreta.

IV.—Se procederá a la creación de las cámaras de trabajo, suprimiéndose el precepto vigente sobre organización del trabajo que crea para los obreros un régimen de excepción.

Parece excusado manifestar, a título de comentario, que la celebración de este acuerdo no implica en el país que me ocupa, su cumplimiento escrupuloso. En el fondo, este programa puede muy bien ser una maniobra política; y aunque el amor a la paz y a los progresos democráticos hagan deseable su realización amplia, conviene recordar que la solución definitiva de todos los problemas actuales depende especialmente del giro de las operaciones militares y de la suerte de las batallas.

Al designar al conde de Hertling, Guillermo II ha dado una nueva prueba de la flexibilidad de su carácter. Rígido en apariencia, sabe inclinarse cuando las circunstancias lo exigen. Si esta es una muestra de habilidad política, es también un exponente de la índole germánica: orgullosa y despótica en el éxito, se torna cómoda y humilde ante el obstáculo recio. Hace cinco años, en las maniobras de los lagos Mazurianos, el general Hindenburg se permitió encerrar al cuerpo de ejército mandado por el kaiser en persona; semejante osadía mereció la situación de reemplazo para el jefe que probaba así la superioridad de su talento militar; pero en agosto de 1914, cuando el general Rennenkampf, al frente de 100.000 cosacos invadió la Prusia oriental, el monarca supo domar su orgullo y dió el mando de su ejército al estratega que había de convertirse más tarde en el director supremo de la guerra.

Esta duplicidad de carácter aplicada a la política produce soluciones inesperadas. La guerra submarina sin restricciones pareció ser una decisión implacable y absoluta, que llevó a Alemania a la lucha armada con Estados Unidos antes que conceder una excepción; y sin embargo, cuando la cancillería argentina exigió esa excepción, el gobierno imperial prometió realizarla. Poco interesa saber, en este caso, por qué se procedió así con la Argentina y no con los Estados Unidos: lo esencial es constatar las contradicciones flagrantes en que la diplomacia alemana sabe incurrir cuando le conviene.

Guillermo II encarna bien su raza y las modalidades de su raza. El nombramiento del nuevo canciller es otra manifestación de esa flexibilidad. El conde de Hertling no es prusiano, pero Berlín acepta la presidencia de un bávaro; es católico, pero esta vez el protestantismo no protesta; es conservador, pero las tendencias liberales se acallan; mientras presidió el gobierno de Munich, disputó a la Prusia la

posesión de Alsacia-Lorena, exigiendo su reparto con Baviera y contrariando la hegemonía de aquella, pero un olvido benévolo convierte en persona grata al adversario ungido por el éxito..

Toda la filosofía de esta política permite afirmar que el águila germánica doblará el pico y las garras ante la amenaza del desplume. Bajo una apariencia intransigente, su duplicidad le permitirá hacer concesiones sorprendentes en la hora de la paz. (1)

(1) Parece innecesario consignar que estas afirmaciones, transmitidas a la cancillería uruguaya en noviembre de 1917, tuvieron su confirmación plena exactamente un año después.

La resurrección de Mahoma

Lausanne, junio de 1920.

La preocupación de los estadistas europeos, concentrada casi exclusivamente, hasta ayer, en el reglamento de la paz y la reconstrucción del continente, acaba de tornarse hacia el oriente, solicitada por un vasto movimiento político que ha salvado ya las fronteras de Asia para extender sus proyecciones hasta las sociedades occidentales. Espectro sumiso, encorvado por dominaciones seculares, el Islam se yergue ahora como si el derroche de las fuerzas de Europa hubiera servido para vigorizar sus miembros exangües, y reclama su puesto bajo el sol, como un ser viviente y soberano. En principio, nada más justo; pero lo que provoca la represión de ese aparente derecho es que la resurrección asiática se efectúa a base de una xenofobia ardiente, de un despertar de instintos primitivos y de atavismos bárbaros, en que aparecen mezclados el fanatismo religioso, el odio al extranjero y las ansias de un oscuro imperialismo.

Lo que constituye el fundamento y la fuerza de la reivindicación armada de los pueblos de Asia, no es pues, un deseo legítimo de independencia política, propio de sociedades capaces de disponer de sí mismas y de colaborar por sus medios a la civilización mundial; es un retroceso a los sentimientos y las prácticas que llevaron a aquellas muchedumbres, quince siglos atrás, a desencadenar sus violencias contra el occidente, e imponer su teocracia, sus califatos y sus dinastías militares desde la India hasta el Mediterráneo. Es la guerra santa, predicada por sacerdo-

tes de melena enmarañada, a turbas sumidas en una ignorancia milenaria, creyentes ciegos del Profeta, rebeldes a toda influencia civilizatriz, y cuya alma de penumbra no ha percibido siquiera la marcha de la historia.

En su idealismo generoso, Jean Jaurés se oponía al propósito de alejar a los turcos de Europa y recuperar Constantinopla, arguyendo que se les quitaba una probabilidad de civilizarse... Y bien: el contacto estrecho mantenido a través de la edad moderna con las sociedades europeas, no ha modificado la mentalidad y costumbres del mundo musulmán. Hace apenas diez años fuímos sorprendidos con el establecimiento de una monarquía constitucional en Turquía; y como si hubiera sido la férrea armadura absolutista la que mantenía la integridad del imperio, este conoció de inmediato la coalición balcánica, las derrotas militares, la pérdida de sus mejores provincias, y vió a una sucesión de políticos rapaces desfilár por los sitios del poder público y conducirlo a una alianza y una guerra que debía originar su desmembramiento definitivo.

«Con el Corán en la cabeza—decía Emilio Castelar,—se lleva al déspota en las espaldas». Las prácticas de la libertad son incompatibles, no solo con el absolutismo islámico, sino con todos los fanatismos mentales. A pesar de las líneas ferrocarrileras, las misiones diplomáticas, las obras religiosas, la migración ininterrumpida de viajeros, los grandes hoteles modernos y la difusión de la prensa venida del exterior, el mahometanismo ha permanecido inaccesible a la penetración occidental. Un pueblo cristiano, el armenio, que se hallaban enclavado dentro de las fronteras musulmanas, ha sido sistemáticamente aniquilado. El comercio de los productos logró penetrar al interior: el de las ideas se detuvo en los puertos. Derivadas directamente del alma del Islam, la legislación, las instituciones y las costumbres de esas

razas estacionarias se alzan como una enorme y vetusta muralla, oponiendo al progreso su fuerza silenciosa y hostil.

El espectáculo de esa gran fuerza, visible desde las puertas de Europa, tenía que sugerir propósitos de utilización en favor de planes imperialistas. Guillermo II, fuerte en la materia, trabajó quince años para conseguir su alianza. De ahí los esfuerzos de su diplomacia, sus visitas a Constantinopla y Marruecos y el proyecto monumental de ferrocarril de Hamburgo a Bagdad. A su vez, el imperialismo moscovita, desde los tiempos de Nicolás I, intentó colocar la India y la Persia bajo la influencia de los zares. El fracaso de ambas tentativas—fracaso en el sentido de una insurrección panislámica contra las democracias occidentales—no ha obstado a una nueva entidad política el renovarlas, y gracias a una serie de circunstancias, provocar una conjuración formidable de fanatismos religiosos y políticos que amenazan librar batalla contra todos los valores morales adquiridos por la civilización europea.

Esta conjuración es la obra del bolchevikismo ruso. Es un aspecto nuevo de su lucha contra los pueblos vencedores en la gran guerra. Al constatar la resistencia del orden social establecido y la imposibilidad de dar en tierra con la Europa burguesa mediante el contagio maximalista, los soviets buscan en una contramarcha hacia el nacionalismo el aprovechamiento de las fuerzas xenófobas latentes en las razas orientales para lanzarlas contra sus adversarios. Hemos visto que el medio no es inédito; pero evidentemente más capaces, más audaces, más estadistas, más dotados de penetración psicológica y política—apesar de sus monstruosas concepciones gubernamentales y sociales—los hombres del soviet central tocan hoy otros resortes que los gastados e infecundos que emplearon las nulidades dirigentes de Berlín y Petersburgo: se dirigen al alma de las multitudes musulmanas esfor-

zándose en despertar el nacionalismo fanático que ha sido en la historia de esas razas el sentimiento inseparable de su religiosidad.

El tratado firmado en Teherán el 9 de agosto de 1919, que coloca prácticamente a la Persia bajo el protectorado británico, ha sido hábilmente explotado por la política soviética y ha producido, en el orden religioso, el curioso fenómeno de la cesación de la vieja rivalidad doctrinaria que, a semejanza de ortodoxos y católicos, separa desde hace siglos a los chiitas y sunnitas, las dos fracciones musulmanas que se funden hoy en una masa amenazante contra el occidente.

Moscú se ha convertido en el centro del movimiento panislámico. Ocho sociedades revolucionarias han sido instituidas últimamente bajo las designaciones siguientes: 1ª Nación egipcia; 2ª Sociedad turca; 3ª Unión y Progreso; 4ª Nacionalistas hindúes; 5ª Patriotas afganes; 6ª Unión musulmana del Cáucaso; 7ª Congreso musulmán ruso y 8ª Congreso musulmán persa. Estos centros forman la federación central musulmana de Moscú, y la organización de su propaganda está a cargo de dos comités: uno para el Asia central, que comprende Persia, Cáucaso, Anatolia, Turquestán, Afganistán e India; y otro para Europa y Africa, que abrazan la Turquía europea, Tripolitania, Egipto, Argelia y Marruecos. Este comité cuenta con la cooperación de otro similar establecido en Berlín. La alianza esta concluida con las fuerzas nacionalistas turcas de Mustafá Khemal y con los rebeldes de Mesopotamia. Además, el bolchevikismo se jacta de haber contribuido a la proclamación del emir Faical como rey de Siria y de contar con la solidaridad del rey de Hedjaz en la guerra del Afganistán contra la Gran Bretaña. En cuanto a la India, merece consignarse el dato de falsificación de cincuenta millones de libras esterlinas en papel, efectuada por la casa de moneda de Moscú, y que han si-

do lanzados a la circulación con fines de propaganda.

Pero la resurrección de Mahoma se realiza demasiado tarde. Esta explotación de fanatismos incompatibles con la época, que se traduce en un vasto movimiento político, costará quizá una nueva guerra en oriente; pero más que la vitalidad de Europa y su poderío militar, serán las conquistas morales de la humanidad las que se encargarán de enterrar definitivamente a los imperios fósiles y los milagros de los dioses muertos.

El caos sovietista

Lausanne, agosto de 1920.

La marcha victoriosa de los ejércitos rojos sobre Varsovia ha conmovido la opinión europea y provocado un cambio de actitud de las cancillerías aliadas. Desde hace un mes los gobiernos deliberan, los parlamentos se agitan y los consejos militares adoptan medidas de carácter bélico. Las informaciones y comentarios de la prensa no dejan lugar a dudas: Europa está abocada a una nueva conflagración porque Rusia, bajo la dictadura bolcheviki y al amparo de las lanzas cosacas, ha reabierto todos los debates de la guerra, amenazando el equilibrio creado por el tratado de Versalles.

Como primer resultado, el triunfo sovietista, si llegara a efectuarse, concluiría con la independencia de Polonia, instituyendo en su territorio los consejos de obreros y soldados bajo la subordinación directa de Moscú; y como proyección inmediata la alianza germano-rusa se encargaría de notificar a las democracias occidentales la caducidad del tratado de Versalles. Esta es la perspectiva próxima, sin contar con las posibilidades más lejanas de revolución mundial provocada por el contagio del éxito político en masas cuya irritación parece predisponer cada día más a las soluciones de violencia.

El problema bolcheviki presenta dos fases esenciales: la que se refiere a la revolución operada en Rusia y la que esta busca realizar al exterior de sus fronteras.

Aquí aparece un fenómeno, que consiste en que la

política internacional del sovietismo se lleva a cabo sacrificando el éxito de su revolución interna.

Los triunfos militares obtenidos en Polonia y sus consecuencias políticas y diplomáticas, han sido una resultante del fracaso interno del bolchevikismo, y la aplicación de esta aparente paradoja radica en que el gobierno de hecho que surgió del sindicalismo anárquico, ha debido abdicar de su doctrinarismo inicial para lograr la organización de una fuerza militar capaz de imponer al enemigo exterior la paz por la victoria.

Ese doctrinarismo inicial consistía, hacia el interior, en realizar la producción en común y el reparto igualitario entre los consumidores; y hacia el exterior, en la substitución universal de la representación de las capacidades, basada sobre el individualismo, por la representación de clase nacida de las corporaciones. En otros términos, la política económica anulaba la propiedad y procedía al despojo para realizar el comunismo integral, mientras sus ejércitos conducían la dictadura del proletariado, la exclusión absoluta de todos los órganos de representación nacional y la implantación del régimen sovietista, en lugar de los sistemas adoptados hoy por las soberanías.

En Rusia, esa dictadura sovietista ha calzado las botas del zarismo al no permitir la existencia de un solo órgano representativo. Es la confirmación experimental de la teoría de Le Bon, de que el alma y los procedimientos de una raza no se modifican con el cambio de sus instituciones. La revolución ejecutó al zar, barrió el feudalismo económico e impuso nuevas leyes; pero sobre las ruinas mismas de la monarquía absoluta se ha alzado el absolutismo demagógico del soviet; los comisarios del pueblo dictan úkases, ejecutan y deportan; un grupo de diez y nueve dictadores ha substituído a la dictadura de un hombre; el contralor constitucional y la oposición no se permitían antes ni se permiten ahora; el zarismo ti-

ranizó la Rusia en nombre del derecho divino: el maximalismo la des gobierna en nombre del proletariado; la aristocracia moscovita constituía una minoría entronizada por la violencia y la violencia es el exclusivo medio de que se vale la minoría bolcheviki. No hay elecciones, ni partidos, ni prensa independiente; toda idea o aspiración que tienda a la modificación del sistema se traduce en mazmorra o cadalso para quienes se atreven a expresarlas. Este es el despotismo asiático que en andas de una multitud harapienta precipita su agresividad armada contra las democracias occidentales, para reemplazar las conquistas de la libertad y de la ciencia política por un materialismo marxista cuya aplicación experimental ha producido la misma Rusia resultados de desastre. Es la estepa queriendo desalojar a la academia.

Un conocimiento incompleto del problema bolcheviki ha atribuído a la ofensiva polaca de mayo y junio la reacción nacionalista operada en las masas esclavas, reacción que se afirmó lógicamente con las noticias de los triunfos; pero si bien el error polaco de invadir la Rusia contribuyó poderosamente a despertar el sentimiento patriótico de la raza atacada dentro de sus fronteras, ya en esa hora el sovietismo había evolucionado hacia las viejas formas y procedimientos de la odiada burguesía... No hay que olvidar que las fórmulas políticas solo constituyeron la etiqueta de la revolución y que sus causas profundas fueron económicas. Los paisanos representan el 90 o/o de la población rusa, que vivía inclinada sobre los surcos desde hacía mil años, trabajando para provecho exclusivo de amos incapaces e ignorantes que la explotaban sin recompensa. Para esa masa el comunismo representó la posesión inmediata de la tierra, y no otra cosa, puesto que al día siguiente de desalojar a los señores feudales aquella se sintió tan dueña del suelo como sus amos de la víspera. Conservadora, mística, medioeval, el alma del paisano ruso está tan lejos

de la demagogia bolcheviki como lo estaban sus viejas instituciones religiosas y políticas del principismo revolucionario que las reemplazara en la apariencia y en la forma.

En la apariencia y en la forma, porque la estructura soviética no ha podido impedir el resurgimiento de la influencia clerical ortodoxa, ni se ha opuesto a la abolición de la jornada de ocho horas; ha organizado, en cambio, el «ejército del trabajo», obligándolo a una labor diaria de 12 a 16 horas, bajo la disciplina del knut, como en los mejores tiempos del zarismo; ha aceptado la invalidez del matrimonio civil si no está acompañado de la consagración religiosa, y ha concluido por desdeñar la orientación extremista impuesta a la educación pública en los programas de 1918, para sustituirla por la enseñanza de doctrinas a lo Tolstoi. En resumen, por el fracaso experimental acaecido gracias a la violencia de sus aplicaciones durante los dos primeros años, el maximalismo ha perdido su fuerza, como un veneno inoculado a toda una generación pierde su eficacia al transmitirse a las siguientes.

La reacción burguesa estaba ya iniciada cuando los soviets se resolvieron a crear, frente al avance polaco, una fuerza contra-invasora capaz de ganar batallas y marchar contra capitales enemigas. El llamado a la gloria militar despertó a su vez el viejo nacionalismo ruso, aletargado por la anarquía; la revancha electrizó las masas, que corrieron a alistarse bajo las banderas de Renennkamf, Ivanof y Brusiloff, los generales del zarismo vueltos a la actividad al sonar la hora de la guerra; la disciplina férrea y la pena de muerte resucitaron al constituirse los ejércitos; y como una consecuencia lógica de los primeros éxitos guerreros, el resurgimiento de un imperialismo atávico se encargó de desvanecer los conceptos ilusorios de la demagogia bolcheviki. Así se explica como el soldado que partió de Moscú siguiendo la

bandera roja, haya llegado a las márgenes del Vístula persiguiendo la idea de la reconstrucción de la grande Rusia, y falseando por su base el propósito con que sus dirigentes lo empujaron a la batalla. Que el arcópagó teorizante de Moscú se sirva de su fuerza para establecer el sovietismo en Europa, no cabe la menor duda, como no la hay tampoco de que su triunfo eventual amenazaría de muerte las libertades de occidente; pero la tiranía que conducen las lanzas cosacas no es tanto la del comunismo revolucionario que agoniza en la marcha, como la de un obscuro imperialismo que busca su revancha.

Es ante la perspectiva de esa amenaza que Alemania se estremece de inquietud y esperanza al anuncio del avance ruso que, al suprimir la Polonia re-sucitada por la entente, eliminaría el obstáculo material de la venganza. La revisión del tratado de Versalles es el objetivo francamente confesado de los hombres de gobierno germánicos, como la revancha militar es el sentimiento contenido de la masa. La desaparición de la independencia polaca permitiría la conjunción de dos odios latentes y sellaría la alianza de dos imperialismos; la revisión del tratado de Versalles suprimiría las garantías aliadas sobre el Rhin y abriría la puerta a una nueva agresión contra la Francia. Ahí radica la gravedad de una situación que va a decidirse en la batalla de Varsovia. Confiamos en que el heroísmo polaco convierta el Vístula en un Marne, para que el sovietismo y las esperanzas teutónicas queden librados en sus límites etnográficos a la descomposición definitiva que merecen.

La bancarrota revolucionaria

Ginebra, octubre de 1920.

La profunda escisión que acaba de producirse en el mundo socialista, pone término a la más grave consecuencia de la guerra. Una amenaza trágica desaparece del horizonte europeo. Es un cisma salvador que en Francia, Italia, Inglaterra y Alemania reincorpora a la obra de reconstrucción económica y renovación social a una enorme masa que la demagogia revolucionaria pretendía conducir al asalto de las instituciones tradicionales de Europa.

Un conjunto de causas había favorecido la formación de una poderosa fuerza disolvente en el seno de las sociedades quebrantadas por la guerra. El problema económico, desdeñado en la fiebre de las batallas, presentó una faz cruel al día siguiente del armisticio; las esperanzas de un porvenir mejor, estimuladas durante cuatro años de duras privaciones, sufrieron la decepción consiguiente a los agotamientos colectivos; las soluciones precarias de la conferencia de la paz, forzada a conciliar los intereses opuestos de veinte pueblos, provocaron la crítica acerba de los vencedores y las intrigas sordas de los vencidos; la amenaza de nuevas conflagraciones excitó el espíritu de revuelta; y lo que es peor, el elemento psicológico constituido por los instintos bárbaros despertados y azuzados por la violencia de una lucha a muerte, abrieron de par en par las puertas al soplo revolucionario que la Rusia bolcheviki impelía sobre el occidente, volcando sobre el terreno de los antagonismos sociales la zaña empleada hasta la víspera

en el ataque y la defensa de las fronteras políticas y étnicas.

Fué una obra fácil para los dirigentes del extremismo el influenciar las masas proletarias, orientándolas hacia un vasto movimiento internacionalista que se les señalaba como el término definitivo de los conflictos nacionales y del azote de la miseria, productos exclusivos de las instituciones burguesas...

El contagio fué rápido, y durante dos años los fundamentos del orden se conmovieron ante la inminencia de un peligro destinado a aniquilar todos los valores morales acumulados por el genio, el trabajo y el sacrificio de cien generaciones.

Tan clara y cierta resultaba la amenaza, que hubo eminentes estadistas conservadores que evolucionaron hacia fórmulas transaccionales con los elementos anárquicos. Lloyd George y Giolitti, dos viejos pilotos habituados a afrontar los peores vendabales de la política y la guerra, creyeron hallarse ante una transformación brusca y profunda de la sociedad y consintieron en negociar con los presuntos vencedores de mañana, acaso con el propósito de desviar o aminorar las proyecciones de una catástrofe inevitable. El primero recibió a los enviados del soviét ruso y discutió con ellos las bases de una conciliación política y una colaboración comercial... No en vano los ejércitos rojos estaban encima de Varsovia y se aprestaban a tender la mano a la Alemania temblorosa de emoción y esperanza. Giolitti, por su parte, viendo las fábricas y manufacturas ocupadas por las masas proletarias, impuso a la industria italiana el contralor de los obreros y declaró que era estar ciego al no hacerlo. Y bien, en esa situación vecina del desastre y en marcha ya hacia la abdicación total, hubo un país que se puso resueltamente «a la cabeza del orden», repudió toda transacción con el maximalismo disolvente y envió sus generales a buscar la decisión en las llanuras de Polonia. La de-

cisión se obtuvo y la ola de pánico se volvió contra los déspotas que la engendraron en la estepa.

Una vez más Francia ha salvado los grandes principios de nuestra civilización moral y política, oponiendo a las tendencias destructoras su vitalidad de todos los tiempos y dando a los débiles y a los escépticos el ejemplo de su robusto equilibrio y de su conciencia clara y enérgica. Cuando en mayo último la confederación general del trabajo decretó una serie de huelgas destinadas a paralizar la vida económica de la nación, todas las fuerzas vivas ocuparon su puesto de trabajo, resueltas a consolidar la supremacía del orden: en las usinas, las fábricas y los transportes el movimiento no cesó ni una hora; los ingenieros, los estudiantes de las grandes escuelas y los voluntarios de todas las clases afluyeron a los centros de labor y reemplazaron en las tareas más subalternas a los elementos ausentes; la prensa fué unánime en la condenación de un designio que sorprendía al país en el instante sagrado de su reconstrucción; la nación señaló de un modo elocuente a su gobierno la política de firmeza que era necesario proseguir; la huelga fué quebrada; el espíritu de entereza se comunicó a los débiles y una nueva fe sacudió a los incrédulos; y cuando meses más tarde el congreso de Orleans reunió a los representantes de los sindicatos obreros, los apóstoles del sovietismo sufrieron el más ruidoso fracaso: por una mayoría de dos tercios el proletariado francés negó su adhesión a la tercera internacional y rechazó la alianza con el comunismo asiático de Lenine.

Merrheim, una de las cabezas del socialismo, se encargó de definir las razones del repudio: «No acompañaremos a una dictadura que reposa sobre la fuerza armada, que ahoga el derecho de pensar y estrangula el derecho de hablar... Si el socialismo se pone a las órdenes de Moscú, verá alzarse contra él a toda la clase obrera y desencadenarse todos

los odios, de los cuales el más temible es el que inspira el trabajo. ¡Bello resultado ha producido el odio al trabajo engendrado en el pueblo ruso! Se ha debido militarizar a los trabajadores para obtener el rendimiento necesario a la vida de la nación. ¿Y es ese el sistema que se quiere instalar entre nosotros? ¡No, todo menos eso!».

El cisma socialista se generaliza en toda Europa, y la reacción contra la tiranía de Moscú se produce simultáneamente fuera y dentro de Rusia. Todos los síntomas concurren a demostrar que el bolchevikismo ha entrado en un período de liquidación definitiva. Impotente para conducir al pueblo ruso hacia la audaz evolución preconizada en sus programas; absurdo en sus principios fundamentales; monstruoso en sus procedimientos de realización, el régimen maximalista ha podido surgir y mantenerse casi tres años merced al caos en que la derrota y la miseria sumieron al alma eslava, y proyectar una grave extensión gracias a la perturbación y el desequilibrio engendrados por un lustro de violencias físicas y morales; hubo de convertir en resultado su empresa invasora, haciendo desandar a la humanidad quince siglos de marcha, si la multitud harapienta y armada que lanzara contra Europa hubiera alcanzado la frontera de las tribus germánicas; pero el vuelco singular de los acontecimientos en solo seis semanas, ha transformado su posible éxito en una triple derrota. Vencido en los frentes militares, por la acción de Weigand en Polonia; dominado en las negociaciones diplomáticas de Riga, y defraudado en sus esperanzas de cooperación revolucionaria en la Europa central y occidental, el sovietismo queda acorralado en su tierra de origen, donde la decepción profunda de todo un pueblo abocado a la muerte por el hambre y el frío, no tardará en provocar la desaparición de un régimen que contará en la historia como una negra pesadilla.

La asamblea de las naciones

Ginebra, diciembre de 1920.

Si el presidente Wilson hubiera querido fundar una institución filantrópica internacional destinada a aliviar los sufrimientos producidos por las guerras entre los hombres, se le habría observado que esa institución existe bajo la denominación de Cruz Roja; y sin embargo, las determinaciones de la asamblea que acaba de tener lugar en Ginebra, están ahí para demostrar que hubieran podido ser inspiradas y discutidas en un congreso de la Cruz Roja que, al ocuparse de organizar la lucha contra el tifus en Polonia y los socorros a los niños víctimas de la guerra, habría llenado seguramente los propósitos de caridad y solidaridad humanas de su benemérito programa. Tal ha sido la acción exclusivamente eficaz de la liga de las naciones, durante un mes de discursos y banquetes. En cuanto a lo demás — es decir, respecto del objetivo fundamental que motivó la celebración de la conferencia, la paz entre los hombres — puede afirmarse que el más franco fracaso ha sido el corolario de sus treinta sesiones; fracaso producido por el miedo cerval a las soluciones de principios, y por la prevalencia de los intereses particulares sobre las grandes aspiraciones humanas.

El propósito del estadista americano fué mucho más vasto y radical que el que hemos visto predominar en la asamblea: buscó realizar una liga de pueblos que, aleccionados por la experiencia de los desastres pasados, conviniera en suprimir sus causas, celebrando una gran alianza de paz, reduciendo los

armamentos al mínimun compatible con el orden interno, sometiendo sus conflictos al arbitraje y solidarizándose con aquel de sus miembros que fuera amenazado en su territorio y su soberanía. Ese y no otro fué el propósito wilsoniano, y los términos del pacto que sirve de prefacio a los diversos tratados de paz celebrados entre los ex-beligerantes, afirman en términos categóricos la cooperación a efectuarse entre las partes contratantes, los medios a emplearse para conseguir la finalidad deseada, y la organización de las instituciones destinadas a ser los instrumentos de la alianza.

Para obtener la realización de semejante postulado era menester una base moral indiscutible: el renunciamiento, por parte de los estados miembros de la liga, a buscar la prevalencia de sus intereses particulares; el sometimiento de sus pleitos o derechos eventuales a fallo de una justicia arbitral y la abdicación razonada y sincera a toda política que pudiera lesionar a los demás.

Esa base moral existe en el pacto, como una proyección del espíritu generoso que animara a su autor; pero entre el documento y sus aplicaciones se ha abierto el abismo que separa generalmente a los ideales de la práctica, cuando los hombres encargados de interpretarlo o realizarlo están influenciados por principios o intereses contradictorios, y se esfuerzan entonces por conciliar los unos y los otros, consiguiendo solo arribar a resultados de sofisma.

Se eligió el peor momento para convocar a la primera asamblea de las naciones, y para que esta hubiera llegado a realizaciones dignas del programa teórico que la reunía, hubiera sido indispensable transformar profundamente la mentalidad de la vieja Europa, o reemplazar las generaciones actuales por otras que aún no han nacido, y que no aportaran a los debates entre pueblos el fardo de prejuicios, de temores, de intereses y de odios, quizás justificados,

que llevan sobre sus espaldas las generaciones que han actuado en las trágicas emergencias de los últimos años.

El pacto que aparentemente intentó aplicar o interpretar la primera asamblea de las naciones, hubiera podido ser el código de una humanidad regenerada, o la carta de un mundo exento de pasiones, venido a una era de fraternidad por la gracia de un bautismo milagroso; pero solo se ha conseguido sentar el precedente de un fracaso total al encararlo en el instante de las rendiciones de cuentas y las liquidaciones de un choque atroz que, detenido apenas en su faz bélica, parece perpetuarse en las repercusiones morales, políticas, sociales y económicas que mantienen a los pueblos con el arma al brazo y la garra tendida, penetrados de un escepticismo huraño, y prestos a poner un gesto de impaciencia o de desdén a los que proclaman el arbitraje obligatorio y el desarme universal como medios posibles de solucionar en esta hora sus problemas angustiosos.

Puedo afirmar que el gesto de la delegación argentina, retirándose de la asamblea, no fué comprendido por los representantes de las naciones europeas, y causó, en cambio, una emoción simpática entre los americanos. Los primeros atribuyeron la retirada a un exceso de susceptibilidad incompatible con los procedimientos parlamentarios y las reglas protocolares; los segundos la interpretaron como una enérgica afirmación de principios inconciliables con las tendencias actuales de la liga... Lo que los unos y los otros no dijeron—pero que no hay porque ocultarlo en la autopsia de la asamblea—es que la delegación argentina encarnó la ideología de los pueblos libres de América, hecha de generosidad y valentía, en un ambiente contrario al desarrollo de los grandes postulados humanos.

Los representantes de los grandes países salidos de la guerra están en una situación evidentemente

inferior para encarar los problemas políticos y sociales; el fardo a que me he referido obstaculiza la visión elevada y amplia de un devenir mejor; los odios fermentados en la larga contienda constituyen un elemento psicológico incontrarrestable; los ex-beligerantes se aferran a un nacionalismo estrecho y concurren a los debates dispuestos a defender a garra limpia las ventajas conquistadas en las batallas. Frente a esa mentalidad especial, toda tendencia orientada a libertar a la humanidad de los imperialismos presentes, a asegurar la soberanía del derecho, a afirmar la solidaridad práctica y la igualdad efectiva entre los estados, está irremisiblemente destinada a caer en el vacío. La delegación argentina asistió a la asamblea animada por el ideal de perfeccionar el pacto, en cuya redacción no había participado; sus proposiciones consistieron en la admisión de todos los pueblos soberanos; la constitución del consejo por elección democrática y la adopción de la corte de arbitraje y justicia obligatoria. La asamblea desechó toda enmienda a un pacto cuyas imperfecciones habían provocado ya su rechazo por los Estados Unidos, y no solo desechó las tentativas más justas y legítimas para mejorarlo, sino que estableció una doctrina inadmisibles y denigrante para los pueblos americanos.

Esa doctrina no se proclamó en las sesiones, pero se sostuvo en la práctica, se manifestó en las intrigas de bastidores y se encargó a un gran órgano de hacerla pública. Así «Le Temps», en su número del 6 de diciembre, dice textualmente en su editorial: «La igualdad consiste en no encargar a cada uno sino de una responsabilidad proporcionada a sus medios... No hay ninguna comparación posible entre los pequeños estados en la vida internacional, y el rol de las masas populares en la vida de una nación... Un estado de población poco densa puede vivir bajo un régimen casi dictatorial, mientras que Francia,

Inglaterra e Italia, serán siempre países de libertad”.

El criterio que inspira esas declaraciones es el que predominó en la asamblea; la igualdad de los estados es, pues, puramente teórica, y las grandes potencias no están dispuestas a acordar a los pueblos «de población poco densa» sino una responsabilidad «proporcionada a sus medios»... Que Francia, Inglaterra e Italia sean modelos de libertad e institutrices del mundo, no seremos nosotros quienes se atreven a negarlo; pero de ahí a considerar a las sociedades americanas, que se inspiran en sus ejemplos, como aptas vivir bajo el régimen de la dictadura, es una afirmación gratuita que nos permitimos creer que no es compartida por los eminentes estadistas aliados que han visitado nuestros países y apreciado nuestras costumbres institucionales.

El caso de Armenia revela la impotencia de la sociedad de las naciones para llevar a cabo la obra que la opinión mundial esperaba de ella. Cuando lord Robert Cecil propuso la intervención de la liga para impedir el aniquilamiento de aquel pueblo, la asamblea se apresuró a adoptar una moción inocua: “Que se invite al consejo a entenderse con los gobiernos para que una potencia sea encargada de realizar las medidas destinadas a poner término a las hostilidades entre Alemania y los kemalistas”. La liga delegaba en los gobiernos una responsabilidad con la cual no podía cargar por falta de medios, y tan poca influencia tuvo su invitación, hecha a cuarenta y dos gobiernos, que solo tres respondieron a ella. La respuesta más categórica, que lleva la firma de Wilson, ofrecía “la mediación personal del presidente por el órgano de un representante del mismo”. Así, toda la intervención de la asamblea en favor del pueblo mártir, sólo consiguió movilizar a un representante “personal” de Wilson, cuyo mandato está virtualmente terminado. Entretanto los sucesos se precipitan en oriente, y el gobierno kemalista declara

“que su conflicto con Armenia será solucionado por un acuerdo entre ambas partes”. A su vez, los gobiernos inglés, francés e italiano, decididos a tratar con los turcos, opusieron el 2 de diciembre un veto formal al ingreso de Armenia en la liga de las naciones, después de haberla reconocido “como estado libre e independiente”, en el tratado de Sévres firmado por ellos mismos el 10 de agosto último! Así, mientras los delegados aconsejaban la admisión de la joven y heroica nacionalidad, sus mandatarios decretaban lo contrario; a la confesión de impotencia de la liga para intervenir en un conflicto que caía directamente bajo la acción de su programa, vino a agregarse la desautorización de sus gobiernos... No era necesario nada más para que la opinión europea se desinteresara de la continuación de sus sesiones.

Hace trece años que asistí a uno de los debates más interesantes de la cámara francesa. Jean Jaurés insinuaba o Clemenceau las bondades de su programa socialista, desplegando las magnificencias de aquella oratoria que hacía del ilustre tribuno la personificación de la elocuencia parlamentaria; y ante la generosidad de los principios y la ideología de las soluciones que exponía su adversario, Clemenceau tuvo una respuesta concluyente como un pistoletazo: “Yo legislo para la sociedad de mi tiempo; yo gobierno una sociedad que ha menester de cárceles, de hospitales y de ejércitos; M. Jaurés se refiere seguramente a la humanidad que existirá dentro de quinientos o mil años”... Y bien, el pacto que crea la liga de las naciones será una realidad cuando el planeta haya cruzado vastas etapas del espacio, y la nueva Jerusalén de la escritura descienda de los cielos, ataviada como una esposa, para recibir en sus doce puertas de oro a los representantes de los pueblos unidos para siempre por un vínculo de amor y fraternal ventura...

INDICE

INTRODUCCION

El alto	3
---------------	---

VIAJES

En Berlín. — Cabeza de imperio	7
En Londres. — A través de la Mancha..	15
En Bélgica.—Los espectros de Waterloo	25
En Lausanne. — La ciudad idílica	35
En Berna.— Paisajes y costumbres.....	40

PROBLEMAS SOCIALES

La protección de la infancia	47
La lucha contra el alcohol	53
El estado y la iglesia	60
Las teorías igualitarias y el gobierno de las turbas	67
El culto del árbol	73

LITERATURA Y CRITICA

Los viejos ciclos de la literatura francesa	81
El decadentismo en América	96
La estatua de Coligny	103
El homenaje de América a los escritores europeos	106
El silencio	111
Un cantor del heroísmo	114
La amante amarga	116

CRONICAS DE LA GUERRA

Lo inevitable	121
De pie y en silencio	125

La conversión de Hervé	128
La resurrección de Polonia	131
Velada de armas	134
La marcha de la guerra	137
La batalla de Charleroi	142
La unión sagrada	145
La campaña rusa	147
Horas de duda	149
Horas sombrías	150
La retirada estratégica	151
La guerra en los aires	154
Una madrugada memorable	157
La víspera del Marne	160
El comunicado del Marne	164
La filosofía del Marne	167
La repetición del Marne	171
El principio de las nacionalidades	173
En los Cárpatos	175
Un patricio	177
La carrera hacia el mar	179
El ejemplo de Bélgica y las doctrinas pa- cifistas	182
Derecho internacional y estrategia	187
El error de la neutralidad	190
La batalla del Yser	194
La intervención otomana y el perfil de Enver pachá	198
La misión de M. Caillaux	202
Un corsario en la noche	208

POLITICA INTERNACIONAL

Rusia en 1917	213
La evolución política en Alemania.....	228
La resurrección de Mahoma	233
El caos soviético	238
La bancarrota revolucionaria	243
La asamblea de las naciones	247



00000341909

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL